



*enamoramiento
y amor*

Francesco Alberoni

Francesco Alberoni



ENAMORAMIENTO Y AMOR

COLECCION LIBERTAD Y CAMBIO

**OBRAS DE F. ALBERONI PUBLICADAS
EN CASTELLANO POR EDITORIAL GEDISA**

Enamoramiento y amor, 1ª edición, Barcelona, 1980
y México, 1984.

Las razones del bien y del mal, 1ª edición,
Barcelona, 1983 y México, 1988.

El árbol de la vida, 1ª edición, Barcelona, 1985 y
México, 1988.

El erotismo, 1ª edición, Barcelona y México, 1986.

La amistad, 1ª edición, Barcelona, 1985 y México,
1986.

ENAMORAMIENTO Y AMOR

Nacimiento y desarrollo de una impetuosa
y creativa fuerza revolucionaria

por

FRANCESCO ALBERONI

gedisa
editorial

Titulo del original en italiano:
Innamoramento e amore
© Garzanti Editor s.p.a., 1979

Traducción: Juana Bignozzi
Diseño de cubierta: Julio Vivas

Primera edición: mayo de 1988, Barcelona
Segunda edición: marzo de 1990, Barcelona
Tercera edición: mayo de 1993, Barcelona
Cuarta edición: marzo de 1994, Barcelona
Quinta edición: septiembre de 1994, Barcelona
Sexta edición: julio de 1996, Barcelona

Derechos para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa S.A.
Muntaner 460, Entlo. 1ª
08006 BARCELONA, España
ISBN: 84-7432-310-X
Depósito legal: B. 29.397 - 1996

Impreso en España
Printed in Spain

**Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión,
en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.**

INDICE

Capítulo uno	9
Capítulo dos	15
Capítulo tres	21
Capítulo cuatro	29
Capítulo cinco	37
Capítulo seis	45
Capítulo siete	51
Capítulo ocho	59
Capítulo nueve	67
Capítulo diez	73
Capítulo once	79
Capítulo doce	83
Capítulo trece	91
Capítulo catorce	101
Capítulo quince	109
Capítulo dieciséis	115
Capítulo diecisiete	123
Capítulo dieciocho	131
Capítulo diecinueve	137
Capítulo veinte	145
Capítulo veintiuno	153
Capítulo veintidós	161

CAPÍTULO UNO

¿Qué es el enamoramiento? *Es el estado naciente de un movimiento colectivo de dos.* Esta definición podría colocarse como conclusión de un largo examen de hechos y de interpretaciones. He preferido escribirla al comienzo de manera que nos sirva de guía en este breve viaje a un territorio por todos conocido, ya que todos lo hemos vivido por experiencia directa e igualmente nos resulta enigmático y huidizo. Esta definición plantea el problema del enamoramiento de manera nueva, según una óptica diferente de la transmitida por la psicología, la sociología y el arte mismo. El enamoramiento no es un fenómeno cotidiano, una sublimación de la sexualidad o un capricho de la imaginación. Tampoco es un fenómeno *sui generis* inefable, divino o diabólico. Es un fenómeno que puede colocarse en una clase ya conocida, la de los fenómenos colectivos. Entre éstos, por cierto, tiene su innegable individualidad y no puede ser confundido con otro tipo de movimientos colectivos como la reforma protestante, el movimiento estudiantil, el feminista, el movimiento de David Lazzaretti o el islámico de Jomeini.¹

1. Sobre el problema teórico general véase Francesco Alberoni, *Movimento e istituzione*, Il Mulino, Bologna, 1977.

Está claro que esta confusión no es posible. Pero pertenece al mismo género, es un caso especial de movimiento colectivo. Entre los grandes movimientos colectivos de la historia y el enamoramiento hay un parentesco bastante estrecho, el tipo de fuerzas que se liberan y actúan son de la misma clase, muchas de las experiencias de solidaridad, alegría de vivir, renovación, son análogas. La diferencia fundamental reside en el hecho que los grandes movimientos colectivos están constituidos por muchísimas personas y se abren al ingreso de otras personas. El enamoramiento, en cambio, aun siendo un movimiento colectivo, se constituye entre dos personas solas; su horizonte de pertenencia, con cualquier valor universal que pueda aprehender, está vinculado al hecho de completarse con sólo dos personas. Este es el motivo de su especificidad, de su singularidad, lo que le confiere algunos caracteres inconfundibles.

Muchos sociólogos ya se han ocupado de los movimientos colectivos y han descrito el tipo particular de experiencia que se produce en ellos. Por ejemplo, Durkheim, al hablar de los estados de efervescencia colectiva escribe: «El hombre tiene la impresión de estar dominado por fuerzas que no reconoce como suyas, que lo arrastran y que no domina... se siente transportado a un mundo diferente de aquel en el que se desarrolla su existencia privada. La vida en él no es sólo intensa, sino que es cualitativamente diferente... se desinteresa de sí mismo, se olvida de sí mismo, se entrega enteramente a los fines comunes... (Las fuerzas) sienten la necesidad de expandirse por juego, sin un fin... En tales momentos, esta vida superior se vive con una intensidad tal y de una manera tan exclusiva que ocupa casi por completo la conciencia, de la que expulsa más o menos por completo las preocupaciones

egoístas y vulgares.»² Durkheim no se refería al enamoramiento, tenía *in mente* la Revolución Francesa y otros grandes episodios revolucionarios. En realidad, la experiencia que describe está bastante más difundida. Se la reencuentra en los grandes procesos históricos como la Revolución Francesa, el desarrollo del cristianismo o del Islam, pero también en otros movimientos de menor alcance. Todos los movimientos colectivos en su fase inicial, que luego definiremos como estado naciente, tienen estas características. Lo curioso es que las palabras de Durkheim pueden aplicarse también al enamoramiento. Un segundo ejemplo nos lo ofrece Max Weber en su estudio de los fenómenos en que se manifiestan plenamente la creatividad, el entusiasmo y la fe. Weber los considera como forma de poder, es decir, como algo que depende de la aparición de un jefe carismático³ que aparece rompiendo con la tradición, arrastra a sus seguidores hacia una aventura heroica, y produce en ellos la experiencia de un renacimiento interior, una «metanoia» en el sentido de San Pablo.

Bajo la conducción del jefe carismático las preocupaciones económicas dejan paso al libre despliegue de la fe y el ideal; a una vida de entusiasmo y pasión. Weber atribuye todas estas cosas al jefe, a sus virtudes. En suma, comete un error semejante al que cometemos nosotros en el enamoramiento: atribuir la experiencia extraordinaria que estamos viviendo a las virtudes de la persona amada. En cambio, la persona amada no es diferente de las demás, al igual que nosotros no somos diferentes de los demás. Es el tipo de relación establecido entre nosotros y los que amamos, el tipo de experiencia extraordinaria que estamos vi-

2. E. Durkheim, «Giudizi di valore e giudizi di realta», en *Sociologia e Filosofia*, Comunità, Milán, 1963, pp. 216-217.

3. Max Weber, *Economía y sociedad*.

viendo lo que hace diferente y extraordinaria a la persona amada, y más profundamente, lo que hace diferentes y extraordinarios a ambos.

Este es, pues, nuestro punto de partida. En la historia, en la vida social, existen fenómenos particulares —los movimientos colectivos— en los que las relaciones entre los hombres cambian sustancial, radicalmente, y se transfigura la calidad de la vida y la experiencia. Son los nacimientos de las religiones —el Islam, el cristianismo, la Reforma—, pero también de las sectas, las herejías, los movimientos sindicales o estudiantiles. En una palabra, unos movimientos que dan origen a un nuevo «nosotros» colectivo hecho por sólo dos personas, como en el enamoramiento. En una estructura social existente el movimiento divide lo que estaba unido y une lo que estaba dividido para formar un sujeto colectivo nuevo, un «nosotros» que, en el caso del enamoramiento, está formado por la pareja amante-amado. El tipo de fuerzas que actúa en ambos casos tiene la misma violencia y determinación.

Hasta ahora los sociólogos, los psicólogos y filósofos han manifestado una especie de repugnancia o de vergüenza y se han resistido a admitir que haya algo de común, más bien de idéntico, entre grandes procesos históricos tales como el Islam, la Revolución Francesa y la rusa y los fenómenos triviales, particulares, como el enamoramiento. Hay en ellos un orgullo de la grandeza, como si quisieran ocuparse de cosas importantes, significativas, de las cosas centrales en la vida social. Y el enamoramiento entre dos burgueses o dos muchachitos, la pasión entre una maestra y un jardinero, entre un señor de mediana edad y su secretaria les parecen totalmente míseras, tan despreciables y carentes de valor como para que ni siquiera se les ocurra que las fuerzas en movimiento son las mismas. Lo mismo ha sucedido con la vieja biología. Por un lado tenemos al hombre, señor de la creación hecho a se-

mejanza de Dios, luego los animales superiores, el hermosísimo caballo, el león y luego, muy en el fondo, los gusanos, las hormigas, los moluscos. Pero en la actualidad sabemos que la estructura de las células es la misma en todos los animales, iguales son las proteínas que las componen, igual el DNA, igual la sinapsis de las células nerviosas. Es cierto que el hombre y los animales superiores son diferentes; sabemos muy bien distinguir un caballo de un gusano. Pero la diversidad procede del hecho de que, en los primeros, los mecanismos biológicos, bioquímicos y genéticos básicos están integrados en sistemas mucho más complejos. Para comprenderlo hay que estudiar unos y otros, los mecanismos comunes y los diferentes. El enamoramiento es la forma más simple de movimiento colectivo, no puede ser confundido con la Revolución Francesa y el entusiasmo de los primeros protestantes. Y tampoco es verdad que una revolución se haga por la suma de muchos enamoramientos, al igual que un caballo no está hecho por la suma de gusanos, ni es un gusano muy grande. Son cosas diferentes, pero todas pertenecen al mismo reino animal, sustentadas por los mismos procesos de base.

La definición —el enamoramiento es el estado naciente de un movimiento colectivo de dos— nos ha proporcionado un lugar teórico (un género) en el cual colocar el misterioso fenómeno del enamoramiento: el campo de los movimientos colectivos. Pero el descubrimiento de que el enamoramiento es un movimiento colectivo nos ofrece a su vez un instrumento formidable de indagación de los movimientos. En efecto, éstos aparecen de tanto en tanto. Bien puede ocurrir que un hombre no conozca nada parecido en toda su vida, o quizá sí, tan sólo una vez. Además cuando hay en juego millares o millones de personas, con todos los intereses económicos o de clase, con todas las elaboraciones ideológicas posibles, la dificultad de estu-

dio de los mecanismos elementales se vuelve difícilísima. Pero el enamoramiento es una experiencia que todos hemos pasado, y cada quien es buen testigo de lo que ha vivido y puede contarlo. De esta manera el estudio del enamoramiento se convierte en la llave para abrir la puerta a fenómenos mucho más complejos e inaprehensibles para la experiencia de una sola persona.

Pero todo esto carece de importancia para nuestra argumentación, más bien interesa a los sociólogos, los filósofos y los historiadores. Ahora nos corresponde ocuparnos de este particular tipo de fenómeno colectivo, del enamoramiento. Para hacerlo hemos de profundizar en su experiencia, identificar al menos uno de sus caracteres distintivos. Esto significa sustraerse también al modo de pensar corriente que no reconoce en el enamoramiento un *status* diferente del de la vida cotidiana y la sexualidad. Para romper con este modo de pensar que oculta el problema, partiremos justamente de la sexualidad, pero descubriendo que aun en ella hay una diferencia, algo ordinario y algo extraordinario. El enamoramiento —como todos los movimientos colectivos— se coloca en el plano de lo extraordinario.

CAPÍTULO DOS

Según una idea muy difundida, la diferencia entre la sexualidad humana y la animal reside en que la animal es cíclica, aparece de manera explosiva en la estación de los amores y luego desaparece. En el hombre, en cambio, suele decirse, el deseo sexual es algo continuo, siempre presente y si no se manifiesta con intensidad es porque se halla reprimido. La sexualidad se coloca al mismo nivel que otras «necesidades», tales como el sueño o la comida, algo siempre presente en cantidades casi constantes, día tras día. Esta concepción se ha difundido con la vulgarización del psicoanálisis. En efecto, Freud, que buscaba una energía vital originaria, la identificó en un primer momento con la sexualidad. Ahora bien, la energía vital, ya que estamos vivos, debe ejercerse de manera continua. Sobre este postulado se basan en la actualidad todos los discursos sobre la miseria sexual, fruto de la represión y del dominio que, de acuerdo con las oscuras reflexiones de Reich y Marcuse, nutren los comentarios de tantas indagaciones demoscópicas.⁴

4. Giampaolo Fabris y Rowena Davies, *Il mito del sesso*, Mondadori, Milán, 1978, pp. 367.

¿Qué se descubre continuamente en estas investigaciones? Que los hombres y las mujeres tienen un número limitado de relaciones sexuales a la semana, más bien breves y casi siempre con el mismo compañero/a. La sexualidad es así continua, escasa y poco intensa; casi tanto como el comer y el beber. A pesar de ello nos queda la impresión de que no debería ser así y, más aún, de que puede ser totalmente diferente. ¿De qué deriva esta certeza?

Esta me parece la respuesta: todos los hombres y mujeres tienen períodos de su vida en los que la experiencia sexual es frecuente, intensa, extraordinaria y exultante y desearían que siempre fuera así. Estos períodos extraordinarios se toman como patrón de la sexualidad cotidiana, ordinaria, que se mide en las investigaciones demoscópicas y que es la que vivimos casi habitualmente.

Si reflexionamos sobre el hecho de que todos hemos experimentado breves períodos de sexualidad extraordinaria y largos períodos de sexualidad ordinaria deberíamos concluir que, en realidad, también en el hombre la sexualidad no es algo continuado como comer y beber. Es más bien algo que existe siempre, como las otras «necesidades», en su forma ordinaria, y que asume una forma y una intensidad totalmente diferente, *extraordinaria*, en ciertos períodos: los del amor.

En el hombre no existe un ciclo biológico de la sexualidad. En él, como en los animales, la sexualidad es discontinua y se presenta en toda su magnificencia sólo en los períodos del amor. En estos períodos la sexualidad es algo inagotable y, sin embargo, llega a extinguirse por completo. En esos períodos vivimos días y días abrazados permanentemente a la persona amada y no sólo no tenemos en cuenta las «relaciones sexuales» y su duración, sino que cada mirada, cada contacto, cada pensamiento dirigido al amado tiene

una intensidad erótica cien, mil veces superior a la de una «relación sexual» común.

En esos momentos toda nuestra vida física y sensorial se dilata, se hace más intensa; sentimos olores que no sentíamos, percibimos colores, luces que no veíamos habitualmente, y también se amplía nuestra vida intelectual porque descubrimos relaciones que antes creíamos opacas. Un gesto, una mirada, un movimiento de la persona amada nos habla en profundidad, nos habla de ella, de su pasado, de cuando era un niño o niña; comprendemos sus sentimientos, comprendemos los nuestros. En los otros y en nosotros mismos intuimos de pronto lo sincero y lo que no lo es y sólo porque nos hemos vuelto sinceros. Pero sabemos crear un universo de fantasía en el que nunca nos cansamos de reencontrar a nuestro ser amado. Y la sexualidad que irrumpe, el deseo de placer y de dar placer invade todo lo que proviene del amado, del que amamos todo, hasta el interior de su cuerpo, sus órganos, sus entrañas.

La relación sexual se convierte entonces en un deseo de estar en el cuerpo del otro, un vivirse y un ser vivido por él en una fusión corpórea pero que se prolonga como ternura por las debilidades del amado, sus ingenuidades, sus defectos, sus imperfecciones. Entonces logramos amar hasta una herida de él transfigurada por la dulzura.

Pero todo esto se dirige a una persona sola y sólo a ella. En el fondo no importa quién sea, sino que con el enamoramiento nace una fuerza terrible que tiende a nuestra fusión y hace a cada uno de nosotros insustituible, único para el otro. El otro, el amado, se convierte en aquel que no puede ser sino él, el absolutamente especial. Y esto ocurre aun contra nuestra voluntad y no obstante durante mucho tiempo seguimos creyendo que podemos pasar sin él y encontrar esa misma felicidad con una persona diferente.

Pero no es así, basta una breve separación para volvernos a confirmar que él es portador de algo inconfundible, algo que siempre nos faltó y que se ha revelado a través de él y que sin él no podremos volver a encontrar. Y a menudo hasta podemos identificar un detalle: las manos, la forma del seno, un pliegue del cuerpo, la voz, cualquier cosa, que representa, simboliza su diversidad y su unicidad. Es el «signo», el «carisma». El eros, la sexualidad extraordinaria, es monógamo.

Los hechos, por lo mismo, nos demuestran que nuestra sexualidad se manifiesta de manera común, cotidiana y de manera extraordinaria, discontinua. Y esto ocurre en momentos particulares, que son los del enamoramiento y del amor apasionado, total. La *sexualidad ordinaria*, como el comer y el beber, nos acompaña cuando nuestra vida actúa de manera homogénea, como el tiempo lineal del reloj. La *sexualidad extraordinaria* aparece, en cambio, en los momentos en que el impulso vital busca nuevos y diferentes caminos; entonces la sexualidad se convierte en el medio con el que la vida explora las fronteras de lo posible, los horizontes de lo imaginario y la naturaleza: el estado naciente.

Esta sexualidad está vinculada a la inteligencia y la fantasía, el entusiasmo, la pasión, fundida con ellos. Pero su naturaleza es la de subvertir, transformar, romper los lazos precedentes. El eros es una fuerza revolucionaria aunque limitada a dos personas; y en la vida, se llevan a cabo pocas revoluciones. Por esto mismo la sexualidad extraordinaria no puede manejarse según nuestro gusto, sino que marca nuestros giros vitales o las tentativas de cambio y es por ello riesgosa. Para nosotros es una continua aspiración y una fuente de permanente nostalgia pero la tememos. Para defendernos de ella usamos la misma palabra para indicar el eros y la sexualidad cotidiana, o

sea el comer y el beber del sexo, sobre lo que hacemos indagaciones demoscópicas para volver a descubrir siempre las mismas cosas, cosas que ya sabemos pero que nos tranquilizan porque nos dicen que también los otros viven la misma «miseria sexual», es decir, nuestra misma cotidianeidad.

Pero las indagaciones también sirven para engañarnos. Y lo hacen indicándonos la posibilidad de aumentar nuestra felicidad pasando, por ejemplo, de cuatro a diez relaciones sexuales, tal vez más largas y —esto es lo excitante— con personas diferentes. Engañarnos porque, cuando nos movemos dentro de la sexualidad ordinaria, tener relaciones con la misma persona o con noventa y ocho personas diferentes no cambia nada. Quien lo ha probado lo sabe, porque en general lo ha probado justamente cuando quería reemplazar a la única persona que, por sí sola, hubiera podido ofrecerle la totalidad y la paz para esos momentos de tiempo que, subjetivamente, son momentos de eternidad.

Acostumbrados como estamos a medir cada cosa con el patrón del tiempo físico del reloj, olvidamos que en la sexualidad extraordinaria del amor el tiempo es diferente. En el budismo japonés, para indicar las dos formas de vida feliz se usan las expresiones *nin* y *ten*. El *nin* es el mundo de la paz y la tranquilidad cotidiana, el *ten* el momento extraordinario de la emoción y el amor. Por lo tanto el *nin* es alegría, y un día de *nin* corresponde a un año de un mundo sin tranquilidad. Pero un día de *ten* corresponde a mil o diez mil años de tiempo. En el estado naciente directamente se tiene la eternización del presente. Y cuando perdemos nuestro amor la espera de una hora se convierte en una espera de años o de siglos, y la nostalgia del instante de eternidad nos acompaña siempre.

CAPÍTULO TRES

En el enamoramiento, la persona más simple y desposeída para expresarse se ve obligada a usar el lenguaje de la poesía, la sacralización y el mito. Esto puede parecerse risible, pero es así, porque la sacralización y el mito esconden también ellos la experiencia extraordinaria que es común a los diferentes movimientos, el *estado naciente*. Los salmos de David, la poesía mística de Rumi o Dante, la poesía de Neruda o Quasimodo, tienen diferentes objetos de amor. En Rumi es Dios, en Dante una transfiguración mística de la mujer, en Neruda y Quasimodo la patria, los compañeros, los amigos. Pero el tono, la esperanza, el sentido del destino, el *ethos*, son los mismos. Hay algo más: la declaración de los derechos del hombre de los Levellers * puede ponerse en boca de las personas que se aman y que están impedidas de hacerlo. Lo que volvemos a encontrar, pues, es el lenguaje universal del deseo por una cosa que se anhela por encima de

* Movimiento republicano y democrático radical que tuvo una importante participación en las guerras civiles de la Inglaterra del siglo xvi. (N. del E.)

cualquier otra; el lenguaje universal de la liberación y el derecho; el lenguaje de la vida triunfante que se hace ética. Lo que se crea, en todos los movimientos y por lo tanto también en el enamoramiento, se da en contraposición a la costumbre de los intereses y las instituciones y para hacerlo, para tener el «derecho» a hacerlo, se debe acceder a una región de los valores que es del mismo rango que aquéllas. El enamoramiento desafía las instituciones en el plano de sus fundamentos de valor. Su naturaleza reside justamente en esto, en no ser un deseo, un capricho personal, sino un movimiento portador de proyecto y creador de instituciones.

Todos los procesos colectivos separan algo que estaba unido y unen algo que estaba dividido (siempre por la tradición, la costumbre, las instituciones). El cristianismo de los orígenes separa a los hebreos de su religión nacional, a los ciudadanos romanos del culto imperial y une a hebreos y gentiles. El Islam separa a los egipcios del culto a sus reyes, a los persas de Zoroastro y une a árabes, persas y egipcios de manera nueva. Cuando aparece en la historia de Occidente, también el enamoramiento se nos presenta como una laceración, una separación. Todas las sociedades arcaicas tribales, pero también las agrícolas y las feudales, estaban basadas en estructuras de parentesco. Como lo demostró Lévi-Strauss el sistema de parentesco es un sistema de diferencias e intercambios. Una tribu, una fratria, un clan, cede una mujer a otro clan y recibe a cambio otra mujer. La pareja es el suceso que se constituye en las relaciones de esta estructura. La elección de la mujer es una transacción entre dos clanes y en general se hace directamente entre ellos, aunque pueda hacerse por individuos pero dentro de cierto clan y sólo así. En el mundo feudal se hace entre familias feudales y sólo entre ciertas familias. Pero con el debilitamiento del feudalismo y el desarrollo

de la burguesía, por ende, con la posibilidad de acumular riqueza, de tener éxito, con el desarrollo de la cultura y la adquisición de prestigio, estos lazos rígidos se aflojan y se abre la exploración de otros caminos. Entendámonos, las reglas del sistema de parentesco aún existen, infringirlas significa cumplir una transgresión y ser castigado. Pero así como antes no cabía escapar del sistema de parentesco, ahora sí es posible.

Las condiciones sobre las que se basan los movimientos colectivos son siempre éstas: por un lado tenemos un sistema de reglas, instituciones que siguen existiendo mientras que en la sociedad se han abierto paso las transformaciones, han surgido nuevas clases, nuevos poderes, nuevas posibilidades. Esto también es válido para el enamoramiento. En la sociedad feudal, en la que subsistía la estructura de las relaciones de parentesco, nace una nueva burguesía y una nueva intelectualidad, el enamoramiento surge como una chispa entre dos individuos que pertenecen a dos sistemas separados e incommunicables. Se buscan y se unen transgrediendo las reglas endogámicas del sistema de parentesco o de clase. Es el caso de Abelardo y Eloísa. Su enamoramiento es una transgresión que se afirma como ejemplaridad y derecho, como valor. Es verdad que la pasión de Abelardo y Eloísa era una pasión erótico-sexual, pero lo que hace de ella un enamoramiento no es el hecho de que fuera sexual, sino que esa sexualidad, ese amor, esa pasión, ese placer, se presentaba y se afirmaba como derecho a establecer relaciones en contraste con las reglas de parentesco y clase. Abelardo y Eloísa estaban casados, pero su enamoramiento es el que da legitimidad a ese matrimonio. Cuando Shakespeare, siglos después, represente el amor de Julieta y Romeo nos mostrará una situación análoga: dos familias enemigas entre las cuales el matrimonio está prohibido. En este caso el amor se

presenta también como transgresión, divide lo que estaba unido (Julieta a su familia, Romeo a la suya) y une lo que estaba dividido (dos enemigos). No existe movimiento sin una diferencia, no existe enamoramiento sin la transgresión de una diferencia. Cualquier diferencia y cualquier transgresión, no una determinada. En cada caso separa, y lo que se transgrede es diferente. Puede ser simplemente que el muchacho esté emotivamente unido a su madre (o a su padre) como en el mundo moderno y entonces la transgresión es totalmente interior: es la ruptura de la adolescencia con la familia de la infancia. Durante siglos el enamoramiento se presentó como ruptura de la pareja conyugal: adulterio. Pero el adulterio es sólo el caso particular de una regla general: la de que el enamoramiento puede existir sólo si separa lo que estaba unido y une lo que debía estar dividido. En términos del estructuralismo de Lévi-Strauss, se instaura otro sistema de diferencias e intercambios. A esta altura podemos comprender mejor los límites de lo escrito por Denis de Rougemont,⁵ quien ha dicho que el enamoramiento, en Occidente, se presenta siempre como amor prohibido, obstaculizado. En realidad, los obstáculos son deseados, queridos. Los amantes, sostiene, no se aman realmente, recaban placer de los seres lejanos, son felices sólo consumiéndose por lo imposible. Y es verdad efectivamente, que en la literatura se representa el amor obstaculizado o imposible (Dante, Petrarca, Shakespeare, Goethe, etc.), pero es probable que la explicación resida en lo siguiente: si no hay un obstáculo no puede haber movimiento y por lo tanto no puede haber enamoramiento. En otras palabras, sin la diferencia, sin el obstáculo, no hay ninguna necesidad de instaurar otro sistema de diferencias e

5. Denis de Rougemont, *L'amore e l'occidente*.

intercambios, es decir, de fundar otra institución. En la ficción literaria el obstáculo es un artificio para construir una historia de amor dotada de sentido. El arte, para representar esta situación, construye obstáculos imaginarios, las familias enemigas de Shakespeare, el matrimonio de Isolda, el nacimiento del nuevo hijo en las *Afinidades Electivas* de Goethe, la muerte de Beatriz en Dante, etcétera.

Veremos ahora que esta ficción artística sirve para introducir otro elemento esencial de los movimientos y, por consiguiente, del enamoramiento —el dilema— y aun más profundamente, para introducir el problema de la perpetuación del estado naciente. De momento podemos contentarnos con esto. En conclusión, lo que cuenta no es un tipo de barrera especial sino la existencia de una barrera. Si en un momento estuvo representada por la estructura de parentesco, luego podrá estar constituida por un anterior matrimonio, una fe política, una diferencia cultural o lingüística o de edad, o directamente por una diferencia sexual, como en el caso del amor homosexual. El enamoramiento por lo tanto siempre consiste en construir algo nuevo a partir de dos estructuras separadas.

Ahora retrocedamos. Antes de enamorarse, ¿qué relación existía entre el individuo y su familia, su clase, su iglesia, su cónyuge, su grupo étnico o lingüístico, con todo lo que el enamoramiento romperá? Podemos suponer que en un primer momento existió una relación agradable o por lo menos aceptable, considerada normal, legítima. En verdad que en todas las relaciones humanas, de cualquier tipo, hay siempre un margen más o menos amplio de insatisfacción y desilusión; existe siempre la ambivalencia. Dentro de su familia, el niño ama a su padre y a su madre, a sus hermanos y ama también a la familia como una unidad. La familia es un objeto colectivo de amor, pero es también un lugar de tensiones y frustraciones, de

resentimiento y agresividad. Objeto de amor pero también de agresividad, o sea, ambivalente. Freud colocó la ambivalencia en la base de su psicología; el complejo de Edipo es la manifestación de la ambivalencia hacia el padre y la madre amados, pero por cierto, también odiados, aun cuando este rencor y este odio no se manifiesten abiertamente. Si bien existe la ambivalencia, la imagen del padre, la madre y la familia siguen siendo positivas, porque nuestro deseo (quizá deberíamos decir la necesidad) es conservar lo más puro posible, incontaminado (no ambivalente) nuestro objeto de amor. La imagen que el niño se hace de la madre, del padre, la imagen que el adulto se hace de su iglesia, su partido, es una imagen lo más perfecta posible. Hace todo lo posible para que a sus ojos siga siendo perfecta. Para lograrlo, por un lado aprende a tomar la agresión sobre sí mismo, a elaborarla como sentido de culpa (depresión) y por el otro a explicar la imperfección que observa atribuyéndosela al enemigo. El papá es colérico porque trabaja mucho, la patria o el partido o la iglesia son imperfectos porque dentro o fuera existen enemigos, malvados (elaboraciones persecutorias). Gracias a estas elaboraciones el objeto de amor conserva lo más posible los caracteres de un objeto de amor ideal. Este es el estado que consideramos normal. Pero cuando alrededor de nosotros las cosas cambian, cuando nosotros mismos cambiamos (por ejemplo en la adolescencia), cuando encontramos otras posibilidades, otras realidades, cuando nuestras relaciones con nuestros objetos de amor empeoran, nos resulta cada vez más difícil conservar esta imagen ideal a través de la depresión y la proyección. En los períodos históricos que preceden a un movimiento, en todas las historias personales que preceden a un enamoramiento hay siempre una larga preparación debida a un lento cambio, a un deteriorarse de las relaciones con las cosas amadas. En este período

los dos viejos mecanismos, el depresivo y el persecutorio, siguen funcionando: protegemos nuestro ideal con todas nuestras fuerzas escondiendo el problema. La consecuencia es que el movimiento colectivo (el enamoramiento) golpea siempre de improviso. Era tan gentil y afectuosa, dice el marido (o la mujer) abandonado, era tan feliz conmigo. En realidad ella ya estaba buscando una alternativa, pero la rechazaba de manera obsesiva. Se esforzaba de manera consciente por seguir amando a su marido, hacía todos los esfuerzos por seguir considerándolo perfecto, amable, pero a fin de lograrlo estaba, al mismo tiempo, más deprimida y taciturna. Debía tomar sobre sí cada vez más agresividad, con un continuo y creciente autosacrificio. El ideal —el dios— se revela capaz de vivir sólo si se alimenta de sacrificios crecientes. Antes —para continuar con la metáfora— pedía sólo los primeros frutos, luego la cosecha, luego la misma simiente, finalmente la autodestrucción. Es la *sobrecarga depresiva* que precede a todos los movimientos y al enamoramiento. Frente a la autodestrucción también el miedo se atenúa y las otras cosas, vividas como una seducción que debe evitarse, se ven bajo una luz diferente. ¿Acaso no hay vida también en ellas? ¿Su diversidad es tan malvada como se dice? El proceso actúa hasta un *umbral* más allá del cual el eros desborda las estructuras e invade los territorios prohibidos, la violencia tomada sobre sí mismo durante tanto tiempo desborda a su vez, incontenible, e invade las reglas que la mantenían prisionera y las destruye: es el *estado naciente*. Entonces las dos fuerzas se liberan. Una, el eros, oprime violentamente con su fuerza los nuevos objetos que, de inmediato, transforma en ideales; la otra, la violencia, rompe los límites soportados y aceptados. Es una experiencia de liberación, de plenitud de vida,

de felicidad. Se abre lo posible y aparece el objeto puro del eros, el objeto no ambivalente en el que coinciden deber y placer, en el que se extingue toda alienación.

CAPÍTULO CUATRO

El enamoramiento es separar lo que estaba unido y unir lo que estaba dividido; pero unirlo de una manera particular, porque esta unión se presenta como alternativa orgánica de una relación estructurada. La nueva estructura desafía a la antigua radicalmente, la degrada a algo que carece de valor. Paralelamente funda la nueva comunidad sobre la base de un valor y un derecho absolutos y reorganiza alrededor de este derecho otra cosa. Esta reorganización no se produce en un instante; es un proceso. Lo que sí se produce en un instante es la aparición del *objeto puro del eros*. Este se nos aparece como revelación. Pero el enamoramiento no es ese instante, el enamoramiento es un proceso en el cual el objeto puro del eros aparecido en un instante, se pierde, luego reaparece, vuelve a perderse y vuelve a aparecer más rico, más concreto y se nos impone. Cuando nos enamoramos, durante mucho tiempo nos seguimos diciendo a nosotros mismos que no lo estamos. Pasado el momento en que se reveló el acontecimiento extraordinario volvemos a la vida cotidiana y pensamos que ha sido algo efímero. Pero ante nuestro asombro nos vuelve a la mente y crea

un deseo, un ansia que sólo se calma sintiendo la voz o volviendo a ver a esa persona. Pero luego vuelve a desaparecer y nos decimos que era una exaltación y que no nos importa en absoluto. Y tal vez sea cierto, porque al comienzo no puede distinguirse si un enamoramiento lo es de verdad, si es una reestructuración radical del mundo social en el que nos insertamos y que es una parte orgánica de nosotros. Pero si ese deseo vuelve a aparecer, y reaparece otra vez y *se nos impone*, entonces estamos enamorados. El enamoramiento es un proceso en el cual la otra persona, la que hemos encontrado y nos ha respondido, se nos presenta como objeto pleno de deseo. Y este hecho nos impone la reorganización de todo, nos hace repensar todo y en primer lugar nuestro pasado. En realidad no es un repensar, es un rehacer. En efecto, es un *renacimiento*. El estado naciente (del enamoramiento o de los movimientos) tiene la extraordinaria propiedad de rehacer el pasado. En la vida cotidiana no podemos rehacer el pasado. Nuestro pasado existe con sus desilusiones, sus nostalgias, sus amarguras. Cuando con la memoria volvemos al pasado tratamos de curar las heridas que han quedado abiertas. ¿Por qué no me ha sido dado aquello que necesito? ¿Por qué tantas fatigas, tanto sufrimiento y luego tanta falta de reconocimiento? ¿Por qué aquel que tanto he querido no me ama y debo reaccionar con rencor, con odio para quitármelo de la mente? Nuestro pasado presiona la conciencia. Nos defendemos con el olvido, con la distracción, con la traslación que lo hace inconsciente. Pero, como decía Freud, el inconsciente es inmortal. Nietzsche atribuye la infelicidad humana al espíritu de venganza y la venganza es el odio del pasado, lo que no se puede modificar. «Que el tiempo no pueda caminar hacia atrás es su tormento —dice Zaratustra—; “lo que fue” así se llama la roca que la voluntad no puede remover.» Pero Zaratustra justamen-

te promete esta liberación a través del superhombre. «¡Redimir a los que han pasado y transformar el “así fue” en así quise que fuera, sólo esto puede ser la redención para mí!» Esto que Nietzsche promete con el superhombre es exactamente lo que sucede en el estado naciente: es la historización. Las personas enamoradas (y a menudo ambos a la vez) vuelven a recorrer el pasado y se dan cuenta que lo que ha sido fue así porque en su momento hicieron elecciones, lo quisieron ellos y ahora ya no lo desean más. El pasado no se oculta ni se niega, es desvalorizado. Es verdad que he amado a mi marido y lo he odiado, pero ya no lo odio, me equivoqué pero puedo cambiar. El pasado aparece como *prehistoria* y la verdadera historia empieza ahora. Termina así el resentimiento, el rencor, el deseo de venganza; no se puede odiar lo que no tiene valor, lo que no cuenta. A menudo esta experiencia provoca en los enamorados una angustia, una preocupación. La persona amada habla delante de mí de su pasado, de sus amores, de la persona con la que se casó o con la que vive. Primero habla con rencor, desahogándose y luego, poco a poco, casi con ternura. «El —dice— fue malo conmigo, pero me ama y yo lo quiero, no deseo hacerlo sufrir, quisiera que fuese feliz.» Estas palabras indican un distanciamiento que se produce porque ya no hay tensión, ni miedo, ni venganza, pero pueden interpretarse como un amor que continúa y a veces suscita celos. La persona enamorada a menudo puede continuar viviendo con su marido (o su mujer) si éste no pone obstáculos, sin rencor, con afecto. Su pasado ha adquirido otro significado a la luz de su nuevo amor. En el fondo puede seguir queriendo al marido o a la mujer justamente porque está enamorado. La alegría de ese amor lo vuelve gentil, dulce, bueno. En general es la otra persona enamorada la que no acepta esto, que no lo cree, que quiere a la persona amada totalmente para sí, y pues-

to que cada uno quiere esta exclusividad y esta certeza, llegan a lastimarse más de lo que cada uno quisiera.

La alegría de un nuevo amor genera también otra ilusión. Esta lleva al enamorado a creer que aquellos a quienes deja detrás pueden aceptar serena y pacíficamente su nuevo amor. Como ya no odia ni sufre más dice seamos amigos y es sincero. Quisiera contarle sobre su nuevo amor, tan lejano ve el pasado, de tal manera ha terminado el resentimiento. La *nueva comunidad* que está formando puede aceptar las cosas pasadas, las antiguas amistades y las viejas relaciones transformándolas. Existen personas que, antes de enamorarse, no podían soportar más a los propios padres o bien a los propios hijos. Una vez enamorados descubren una profunda ternura por ellos, su amor feliz les induce a un redescubrimiento y, puesto que no tienen más resentimiento ni dudas con el pasado, creen que los demás harán lo mismo. Pero nunca es así. Aunque la relación estuviera deteriorada, aunque se hubiera envenenado y llegado casi a ser odio, el enamoramiento tiene el efecto de provocar en la persona abandonada un deseo terrible: es como si la hiciera enamorar de quien ya no lo necesita y no sufre más por su causa. Lo que ya no interesaba en la trivialidad de la vida cotidiana vuelve a ser algo esencial. Esto es comprensible sólo si tenemos presente que vive en las instituciones, en las estructuras sociales, y está penetrada por ellas. La pérdida de la persona desvaloriza todo lo que es, sus valores, la imagen de sí misma, su autoestima. La persona que está enamorada no se da cuenta de la terrible ofensa que infiere a la existente y que ésta no puede perdonar. Por eso donde se esperaba encontrar comprensión se encuentra el no, la desesperación, el grito. Su amor había hecho aparecer un universo bueno, en el que la vida es alegre, los colores vivos y las cosas bellas. El eros que ha encon-

trado su objeto rechaza lo negativo, el no ser, hacia el fondo, como una sombra. Todo lo que al inicio de la filosofía griega se le reveló a Parménides es una experiencia elemental del estado naciente: *el ser es y el no ser no es*. Pero para el mundo exterior, para la estructura social dañada por el movimiento, todo esto es una pérdida, es una privación de ser y entonces reacciona (ésta es la *reacción* que acompaña siempre los movimientos) diciendo no, oponiéndose. El padre desilusionado grita o se encierra en el mutismo. El marido, que traicionaba de continuo, descubre el valor de la fidelidad. La mujer embrutecida, descuidada, trata desesperadamente, embelleciéndose, descubriéndose intereses, de reconquistar al marido. Hasta las personas que construyeron la relación conyugal en la tolerancia sexual se vuelven rígidas frente al enamoramiento y lo viven como una ofensa mortal. En consecuencia, lo obstaculizan retirándole el consenso, creándole problemas insolubles. El marido que no puede hacer nada más dice: «Está bien vete, pero los hijos no, los hijos se quedan conmigo.» La mujer dice: «Está bien, vete con ella pero no pienses que lo acepto, me encontrarás muerta.» Y de esta manera lo que era todo alegría, esas personas, ese marido o esa mujer, esos hijos que recibían valores propios del amor naciente, desmienten la imagen radiante de un mundo que dice sí, porque dicen no y piden que elijan. Elige: o él o los hijos, o ella o mi muerte. Pero el amor no nació para perder los hijos, no nació para matar a alguien. El amor es la instauración de una nueva comunidad, una nueva convivencia feliz en la que, en la absoluta ingenuidad de su proyecto, deberían reconocerse todos. La reacción desmiente esta esperanza de armonía y pide que se elija: o esto o aquello. La historia del enamoramiento será la historia del rechazo a elegir y el aprender a elegir. En el estado naciente, de todas maneras, la demanda de elegir tiene caracte-

res de dilema. Es como pedirle a una madre a la que le han raptado dos hijos que elija a cuál de los dos se debe matar. No hay solución. El estado naciente encuentra siempre el dilema; todos los movimientos lo encuentran, cada enamoramiento encuentra el *dilema*. También en este caso, como antes dijimos de la transgresión, no importa qué dilema aparece. He dado dos ejemplos entre todos los posibles, pero no hay caso en que no se plantee el dilema. Cuando en las fábulas se dice «y luego vivieron felices y contentos» el silencio no sólo marca el regreso de lo cotidiano, el final de la tensión y, por lo tanto, del *pathos*. No, ese silencio suprime también la aparición del dilema. En compensación, el arte, a diferencia de las fábulas, presenta el dilema a través de la ficción del obstáculo insuperable, es decir, hace imposible el amor. El obstáculo que de continuo se arroja en el camino del amor es el significante del dilema. Tristán está dividido entre su afecto por el rey y el amor por Isolda, Isolda entre su afecto por el rey y el amor por Tristán. Es cierto que Julieta y Romeo quieren infringir las leyes inexorables de los parientes y del odio, pero no odian a sus padres. El amor tiende a separar la ley de la persona; quiere instaurar otras leyes, otras normas, no quiere suprimir las personas, quiere amarlas. Pero las leyes hablan a través de las personas, éstas encarnan las antiguas leyes y se oponen al nuevo derecho. No se puede infringir la ley sin pasar sobre las personas que la encarnan, éste es el dilema. Por eso aparece siempre y obliga al enamoramiento a perder su *inocencia*. Los que quieren liberar la sexualidad, el deseo y el erotismo excluyendo la existencia del dilema como si fuese un producto histórico, consecuencia de la ignorancia, el dominio de clase, una educación represiva, o de otras cosas, cometen una penosa mistificación y producen una ideología consolatoria. Es como el que hace el elogio de la revolución y luego la imagina como

una gran fiesta de la amistad y el amor. Esta es la luna de miel de la revolución, el estado naciente revolucionario. Pero luego el movimiento revolucionario encuentra obstáculos internos y externos, debe elegir. Y es de desear que no produzca una carnicería, un baño de sangre y terribles atrocidades, que no renueve la barbarie de Hitler, Stalin o de Pol Pot. Ignorar que la inocencia entusiasta se enfrentará con el dilema significa precipitarse en la irracionalidad y la violencia. La manera en que se enfrenta y resuelve (sería mejor decir se acerca) el dilema es, en cambio, la verdadera historia del enamoramiento y de su crearse proyectos e instituciones.

CAPÍTULO CINCO

El estado naciente es la revelación del ser que dice sí. No hay ningún motivo para la afirmación, ninguna garantía, pero lo hace. Quien se enamora, ha hecho antes tantas y tantas tentativas, trató de abrirse tantas y tantas veces, pero no era el momento para él o no encontró una respuesta. Aun cuando encuentre una respuesta no puede saber si es verdadera y total. No puede decirlo de sí mismo y menos del otro. El enamoramiento es abrirse a una existencia diferente sin ninguna garantía realizable. Es un canto altísimo que nunca está seguro de tener respuesta. Su grandeza es desesperadamente humana porque ofrece instantes de felicidad y eternidad, crea su deseo apremiante pero no puede ofrecer certezas. Y cuando llega la respuesta del otro, del amado, aparece como algo inmerecido, un don maravilloso que nunca pensó que llegaría a tener, que viene totalmente del otro, del amado, por elección de él. Los teólogos han elaborado una expresión para indicar este don: *gracia*. Y cuando el otro, el amado, dice que también él lo ama y hace el amor con él, siente el total abandono del otro, es feliz, el tiempo deja de existir, ese momento para él se vuelve

eterno. Y no lo olvidará jamás, nunca podrá olvidarlo. Si vuelve a sentirse amado, frente a cualquier dolor, a cualquier dificultad, le bastará recordarlo para soportar cualquier cosa. Encontrará en él su refugio, la fuente de todo deseo. Si en cambio un día el amado lo abandona, entonces ese recuerdo, justamente porque sigue siendo inmortal, será el motivo de su infelicidad porque cualquier otra cosa le resultará nula comparada con lo que ha perdido. Todo esto durará hasta que otro estado naciente rehaga el pasado. Conocemos este riesgo terrible, pero en el enamoramiento lo afrontamos. Y lo afrontamos después de habernos opuesto con todas nuestras fuerzas, después de haberlo rechazado tantas veces. El enamoramiento, ya lo hemos dicho, es un aparecer, un prevalecer. Decimos no porque sabemos qué significa decir sí y no tenemos ninguna garantía que la apertura al ser no sea la puerta a la desesperación. Decimos no, que era sólo una ilusión, pero luego la conciencia se vuelve límpida como un espejo y por una parte está el bien y por la otra la nada de la vida cotidiana. La conciencia descubre que no se puede elegir lo que no tiene valor, lo que no está bien, descubre que puede querer sólo el bien y que su vida empírica no vale nada con respecto a lo que se le presenta como bien, frente a lo que tiene valor de por sí. El hecho de desear este bien absoluto hace que en nosotros desaparezca todo miedo al futuro. Cada encuentro con el amado podría ser el último encuentro. Todo lo que deseamos es estar con él, aunque sea por última vez. La dimensión del amor que encuentra su objeto es *el presente*, el instante que vale toda la vida pasada y todas las cosas del mundo. Por eso en el amor, al lado de la felicidad siempre existe una nota de tristeza porque cuando «cerramos el tiempo» sabemos que al actuar así sacrificamos toda seguridad y todos nuestros recursos. Ese «cerrar el tiempo»

po» es felicidad, pero también renuncia a guiar las cosas, a ser fuerte, a todo poder y a todo orgullo.

Este arrojarse de parte del ser sin la certeza del futuro, este cerrar el tiempo, en el arte está representado como muerte. Sólo el amor que termina en la muerte constituye el artificio para contar todas las incetidumbres, las dudas, todo el deseo del alma enamorada y su terminar más allá del pasado y del futuro en ese presente eterno en el que cesa toda demanda. La muerte es, pues, el significante artístico del final del tiempo cuya experiencia cumple el alma enamorada. Es una ficción fascinadora que tiene el poder de evocar en nosotros todo el estremecimiento de la búsqueda de amor, que nos hace revivir el deseo, el ansia por el amado lejano hasta el punto que no hay más deseo sino sólo la paz de fundirse con él. Con su muerte Werther «cierra el tiempo» para él y para Carlota. En realidad, el enamoramiento como hecho existencial está construido por átomos de eternidad pero trasciende continuamente. En un amor recíproco el otro dice sí, y luego vuelve a decir sí. El tiempo no termina, el deseo se reproduce y encuentra de nuevo su objeto. El enamoramiento es un encontrar, un perder y un volver a encontrar. Por cierto no hay nada que garantice la continuidad de la reciprocidad, aunque existe siempre la experiencia de la «gracia» que da esta confianza. Y el enamoramiento es también confianza, confiarse, abandonarse por confianza al otro. Los enamorados no son celosos. Por cierto que en este campo existen muchas y muchas diferencias individuales, pero el enamoramiento tiende a producir confianza. El objeto de amor aparece como objeto no ambivalente, por lo tanto es un objeto bueno. La experiencia del enamoramiento es una experiencia de autenticidad, de transparencia, de verdad. Los enamorados pasan horas y horas contándose sus vidas, con detalles, porque quieren hacer participar al otro en la

totalidad de su ser y, por lo tanto, de su pasado. Y el otro escucha este pasado fascinador y a veces envidia a los que han encontrado su bien antes que él porque le parece que ha perdido un tiempo precioso de felicidad. Pero no se molesta. En el estado naciente vale la regla, incomprensible en la vida cotidiana, de que el pasado no cuenta, como en la parábola del obrero que, tomado a último momento, cobra todo el salario igual que aquel que empezó a trabajar por la mañana.

El enamoramiento tiende a la *fusión*, pero a la fusión de dos personas diferentes. Para que exista se necesita la diversidad y el enamoramiento es una voluntad, una fuerza para superar esta diversidad que, sin embargo, existe y debe existir. La persona amada interesa porque es diferente, porque es portadora de una propia inconfundible especificidad. Y esta especificidad, esta *unicidad* en el enamoramiento se exaspera. Queremos ser amados en cuanto seres únicos, extraordinarios, insustituibles, absolutamente nosotros mismos. Esto no puede ser alcanzado en las organizaciones donde todos somos sustituibles. No puede alcanzarse en la vida cotidiana de la familia porque en ella, si bien somos únicos e insustituibles, no somos extraordinarios; y aun siendo únicos no lo somos exclusivamente para nosotros mismos como fin. En cambio deseamos sentirnos así hasta lo último. No nos basta ser adorado por alguien que no tiene valor, por alguien que es reemplazable. Queremos ser vividos como únicos, extraordinarios, indispensables por el que es único, extraordinario e indispensable. Por eso el enamoramiento es monogámico y sólo puede ser monogámico, puesto que es pretensión de exclusividad del que es extraordinario y es reconocimiento de extraordinariedad del que es extraordinario, abandono al único capaz de dar placer, alegría y vida. Por eso soy absolutamente único y él es absolutamente único, no reemplazable por ningún otro ni por ninguna otra

cosa. Cada detalle, la voz, el cuerpo, el gesto, se convierten en los significantes de esta unicidad. Detalles que existen en él y sólo en él, en ninguna otra persona del mundo. Es extraordinariamente única y diferente y el asombro del amor es encontrar respuesta de este ser tan único y tan totalmente sí mismo como ningún otro. Nosotros, cada persona individual, somos diferentes de todas las otras y lo sabemos, pero sólo en el enamoramiento nuestra individualidad irreductible es aprehendida y apreciada de manera total. Un signo seguro e inconfundible del amor es esta apreciación de la especificidad y unicidad del otro. El aprecio que sentimos venir de él nos permite apreciarnos a nosotros mismos, dar sustancia de valor a nuestro yo. Este es el movimiento de individualización. Pero al mismo tiempo el enamoramiento pone en acción otro movimiento en cierto sentido opuesto al primero, el de la fusión. La fusión vuelve a producir una convergencia de las voluntades. La reciprocidad del amor significa que ambos quieren a la vez, lo que es importante para cada uno. La individualización distingue, da valor a las diferencias, hace de ellas valores absolutos, de modo que las preferencias del amado sean para el otro modelo ideal y ley, de modo que mis preferencias adquieran a mis ojos un valor ejemplar. La fusión presiona para que estas preferencias diferentes converjan para constituir una única voluntad. Pero justamente porque estas diferencias y preferencias se han convertido en importantes, tienden a prevalecer y chocan. El amor es también una lucha en la que cada uno busca valorizar la mejor parte de sí, la que siente como más suya, más verdadera, y desea que eso sea apreciado. Y en cambio el otro aprecia más otra cosa, y se la revela. Ya que el amor lo lleva a adoptar el punto de vista del amado, debe entonces rehacer la imagen que tiene de sí. El deseo de gustar al amado lo lleva a cambiar él mismo. De esta manera cada uno

impone sus puntos de vista al otro y se cambia a sí mismo para agrandar al otro. En todo esto no hay imposición sino un desciframiento continuo, un continuo descubrir. Todos los comportamientos del otro, sus gestos, sus miradas se convierten en símbolos a interpretar. A nuestra vez somos continuos productores de símbolos. El estado naciente es una proliferación de signos. En este proceso en que se ven envueltos el pasado y el presente también está comprometida la naturaleza. La lluvia o el sol, la forma de una nube, enriquecen su valor, se convierten en significantes de algo que está vinculado al amado y al amor, tienen un sentido, indican una dirección. Ya que existe el obstáculo, ya que el otro es diferente, ya que la respuesta nunca es absolutamente segura o por lo menos perfectamente proporcional a la pregunta, los sucesos, las cosas, las combinaciones más casuales se convierten en señales a interpretar, invitaciones, rechazos, presagios. Algunos lugares, en los que sucedió algo significativo, se convierten en sagrados.

El amor produce una geografía sacra del mundo. Ese lugar, esa casa, ese especial punto de observación sobre el mar o sobre los montes, se convierten en símbolos sagrados del amado o del amor. Se transforman en zonas sagradas, templos, porque han albergado un instante de eternidad de amor o un presagio. Y al igual que se sacraliza el espacio, se sacraliza el tiempo. Si el tiempo de la felicidad del estado naciente es el presente eterno, la conjunción de estos instantes de eternidad constituye un año litúrgico con sus recurrencias sacras. Son nudos de significado y valor, momentos de ejemplaridad, dolor, felicidad, o también sólo momentos significativos para el otro que se transforman en sagrados para nosotros. El enamoramiento, en su desarrollo, produce por lo tanto su sacralidad objetiva. Espacio hecho de puntos fuertes, tiempo discontinuo hecho de días significativos. Tiempo sagrado

y espacio sagrado como en las religiones. El enamoramiento vuelve a constituir la división entre sagrado y profano y posee fuertemente el sentido del sacrilegio. Aun al cabo de años o decenios los enamorados, ya separados, no podrán llegar a cierta fecha en el año sin sentirse turbados, no podrán volver a ciertos lugares sin verse invadidos por la nostalgia. Este espacio y este tiempo sagrado, porque es el lugar de la objetivación del presente eterno, de la detención del tiempo, son inmortales. Olvidados, sobreviven en el inconsciente. Sólo un nuevo estado naciente puede borrarlos para crear otro espacio y otro tiempo.

CAPÍTULO SEIS



La vida cotidiana se caracteriza por el desencanto: siempre hay que hacer tantas cosas... Algunas de ellas merecen ser realizadas, pero la gran mayoría nos son pedidas por otros. Lo que nos piden los demás es siempre urgente, siempre merece el primer lugar, y si no lo hacemos en seguida nos reprochan, nos regañan, nos castigan. El orden de las cosas no nos tiene a nosotros como centro, no tiene en nosotros su principio inspirador; es el resultado de las presiones que se ejercen sobre nosotros. Lo que deseamos de verdad no lo realizamos nunca y en cierto momento terminamos no sabiendo siquiera si lo queremos. En la vida cotidiana nuestro deseo se nos presenta en forma de fantasías, «qué bueno sería que...» Pero siempre sucede algo que nos lo impide. Nuestro compañero o compañera siempre tiene otra cosa que hacer, o bien no tiene ganas, o bien las tiene cuando nosotros no las tenemos o nos las pide en el momento más inoportuno. Si respondemos que no, que tenga paciencia, se ofende y a nosotros se nos pasan las ganas como se le pasan a él. Todo esto es el desencanto: la impresión que hay algo deseable, pero que se nos escapa

siempre porque constantemente hemos de hacer otra cosa. En la vida cotidiana terminamos por ser absorbidos por este continuo hacer otra cosa y para algún otro: nuestra vida se reduce a hacer algo de otro. Nunca nos sentimos comprendidos hasta el fondo, nunca se nos da una profunda satisfacción, nunca nuestros deseos y los de otros se encuentran por completo. Es un estado que siempre parece a punto de terminar; en efecto, parece imposible que siga de esa manera, tan estólido y rencoroso. En cambio, continúa durante meses, años; años opacos, en espera de no se sabe bien qué, de desasosiego continuo; años sin historia, sin felicidad verdadera, en los que «vamos tirando».

La profunda atracción que el enamoramiento suscita en cada uno de nosotros se debe a que introduce en esta opacidad una luz enceguecedora, un período total. El enamoramiento libera nuestro deseo, lo coloca en el centro de cada cosa. Deseamos, queremos absolutamente algo para nosotros. Todo lo que hacemos por la persona amada no es hacer otra cosa y para algún otro, es hacerlo por nosotros, para ser felices. Toda nuestra vida se dirige hacia una meta que tiene a la felicidad como premio. Nuestros deseos y los del amado se encuentran. El enamoramiento nos transporta a una esfera de vida superior donde se obtiene todo o se pierde todo. La vida cotidiana se caracteriza por tener que hacer siempre algo por tener que elegir entre cosas que interesan a otros, elección entre un desencanto más grande y otro más suave. En el enamoramiento se elige entre el todo y la nada. Es como si cada día obtuviéramos todo lo que en la vida cotidiana es impensable: un reino, el poder, la felicidad y la gloria. Pero este reino siempre puede perderse, en una única batalla. Y cada día debemos enfrentar la última batalla. La polaridad de la vida cotidiana se plantea entre la tranquilidad y el desasosiego; la del enamoramiento entre el éxtasis y el tormento. La vida cotidiana

na es un eterno purgatorio. En el enamoramiento existe sólo el paraíso o el infierno; estamos salvados o condenados.

Me doy cuenta que esta afirmación suscita dos tipos opuestos de objeciones. La primera es la siguiente: es verdad que en la vida cotidiana se producen estas incomprendiones y estas continuas frustraciones, pero se debe a que las relaciones sociales no han sido planteadas correctamente. Si dos cónyuges tienen de continuo la impresión de hacer algo que no les satisface, si consideran que no se comprenden a fondo, necesitan una terapia familiar o algo similar. Con la terapia (psicoanalítica, conductista, gestaltista, lacaniana, reichiana, católica, budista o marxista) estas incomprendiones, estos conflictos desaparecen. Tras este enfoque terapéutico que está tan difundido en la actualidad hay una idea de la normalidad ideal que se basa totalmente en lo imaginario. No quiero negar valor a las terapias individuales, sociales o políticas; sirven para crear una situación de menor sufrimiento con respecto a una de mayor sufrimiento, para mejorar las condiciones sociales y hacer progresar la sociedad, pero no modifican en absoluto la estructura esencial de la vida cotidiana. Dos cónyuges psicoanalizados estarán más de acuerdo, se insultarán menos, pero no por esto experimentarán una continua plenitud de vida.

La segunda objeción se refiere a la descripción del enamoramiento como tensión entre éxtasis y tormento. El amor verdadero —se dice— es un estado de felicidad continua, de permanente comprensión, de perfecto acuerdo, donde los pequeños desacuerdos se producen naturalmente. De otro modo no es amor verdadero. El amor verdadero, añade alguien, se alcanza poco a poco, con paciencia y sabiduría. Por ejemplo, así piensa Fromm, que ofrece a todos su receta para ser felices, «el arte de amar». En realidad, detrás de

estas afirmaciones no hay más que el mito de la fábula: «Y luego vivieron felices y contentos», la ilusión de una cotidianeidad, más bien de una perennidad de serenidad y alegría que nadie ha experimentado nunca.

He hablado de dos objeciones, en realidad la objeción es una sola. Tanto los terapeutas de la familia como los terapeutas del amor piensan sólo en ese «vivir felices y contentos» de la fábula que prometen a diestra y siniestra como si fuera la cosa más fácil de realizar. Todos los psicólogos, sociólogos, asistentes sociales, diferentes tipos de terapeutas en el fondo no hacen más que prometer lo siguiente: la felicidad perfecta y continua. Al hacerlo actúan como los médicos charlatanes que ofrecían las botellitas del elixir de la larga vida o de la eterna juventud en las plazas. Pero si la eterna juventud es biológicamente imposible, en un sentido no biológico, lo mismo debe decirse de la felicidad-tranquilidad continua del «vivieron felices y contentos». En el plano de la experiencia existencial es un sinsentido.

Por lo tanto, se trata de un mito, muy difundido y renovado de continuo por todos nosotros sin darnos cuenta. Podríamos preguntarnos ahora: ¿cómo se originó este mito? Hemos descrito la vida cotidiana como tranquilidad y desencanto, y el enamoramiento como éxtasis y tormento. Cada una de estas dos parejas dialécticas tiene una vertiente positiva y otra negativa. El mito nace tomando el polo positivo sólo y luego los dos polos positivos juntos (contentos y felices) sin el negativo (desencanto y tormento). Y hasta se comprende cómo puede nacer. El deseo de felicidad, la felicidad que se accede en el estado naciente del enamoramiento, está siempre vivo en nosotros como nostalgia. En la vida cotidiana, en el mundo del desencanto, deseamos una vida más plena y exultante, algo que sea verdadero y auténtico, deseamos la felicidad del estado naciente y su éxtasis. Recordamos

que también era tormento, pero lo queremos olvidar. E imaginamos poder volver a encontrar la eternidad del amor en su máximo esplendor y su pureza.

Por otra parte, en el enamoramiento, cuando todo en nosotros es pasión, felicidad pero a la vez tormento, estremecimiento, deseo, queremos prolongar el estado feliz, deseamos que se detenga, que se convierta en serenidad, tranquilidad, que no se vea amenazado por todo aquello que lo acompaña siempre. Hay personas que no soportan la tensión del enamoramiento, quisieran contenerla en seguida, hacerla de pronto cotidiana, doméstica, controlable. Y así del enamoramiento surge el deseo de paz, de tranquilidad, de serenidad.

La verdad es que el que vive la vida cotidiana no puede alcanzar la intensidad espasmódica del deseo y la voluntad que produce la felicidad. Para lograrlo debe romper con la vida cotidiana, atravesar el río prohibido de la trasgresión. Y esto no es algo que pueda decidirse voluntariamente. El enamoramiento «aparece» cuando lentamente han madurado las condiciones estructurales; el enamoramiento es un «acontecimiento» que se impone. Igualmente, cuando estamos enamorados no podemos alcanzar el estado de tranquilidad serena. Nuestro amor no está en nuestras manos, nos trasciende, nos arrastra y nos obliga a cambiar. Para lograr transformar esto en serenidad cotidiana es necesario destruirlo. Y, repito, muchas personas, hombres y mujeres, no logran la paz hasta que no han trasformado al ser esplendoroso de su amor en algo controlable, circunscrito, definido; hasta que no han hecho de él un animal doméstico. El precio es el final del enamoramiento y la desaparición del éxtasis; lo que les queda es la trivialidad cotidiana, la tranquila serenidad continuamente interrumpida por el aburrimiento, el rencor, el «desencanto».

Al modo que cotidianamente deseamos lo extraor-

dinario y viceversa. Estos dos deseos, ambos irrealizables, se suman para constituir ese «vivieron felices y contentos» que ha reemplazado, en nuestra época, el mito del elixir de la eterna juventud y el de la piedra filosofal.

CAPÍTULO SIETE

¿Es posible amar a dos personas al mismo tiempo? Por cierto. ¿Amar a una y enamorarse de otra? Por cierto. ¿Estar enamorado de dos? No. Cada uno de nosotros ama a varias personas, amamos a nuestra madre y a nuestro padre, a nuestra compañera y a nuestros hijos. Ninguno de estos amores excluye al otro, ninguno de estos amores le quita algo al otro. Asimismo, un hombre puede amar a dos mujeres y una mujer a dos maridos. Todos podemos, mientras amamos a la primera, enamorarnos de otra persona. Más bien podemos decir que ésta es la regla. En cambio, es imposible enamorarse de dos personas diferentes. A primera vista esta limitación parece absurda. De continuo se oye decir: «estoy enamorada de los dos», o bien «no sé de cuál estoy más enamorada». Estas expresiones se oyen en dos casos diferentes: Uno es el que podemos llamar de preparación para el enamoramiento. Como hemos dicho antes, el que está a punto de enamorarse busca a alguien que en cierto modo le responda y muchas veces tiene la impresión de haberlo encontrado, es decir, que muchas veces empieza a enamorarse. Y como puede suceder

que encuentre a varias personas, empieza a enamorarse varias veces y con superposiciones. Por eso puede decir «estoy enamorado de las dos». Todo resulta aún más fácil cuando dos personas diferentes se enamoran al mismo tiempo de él. Ya que está disponible para el amor y encuentra una respuesta positiva en ambas, se crea un grupo formado por tres personas. Supongamos ahora que las dos personas que lo aman son amigas íntimas o hermanas. Juntos forman un grupo unido del cual él es el centro. Situaciones de este tipo no son nada infrecuentes. En los movimientos colectivos a menudo encontramos grupos de mujeres que adoran al mismo jefe. ¿Acaso Freud no dijo que la masa está formada por individuos identificados uno con el otro y, al mismo tiempo, identificados con el jefe? A través de pasajes aparentemente continuos hemos salido del enamoramiento entre dos personas al grupo, del movimiento colectivo de a dos al movimiento colectivo de grupo. En realidad el pasaje es discontinuo. Examinemos un grupo que tenga como centro al jefe adorado por sus mujeres. ¿Podemos decir que está enamorado de cada una de ellas? No. Cada una de ellas, como cada uno de sus seguidores, es reemplazable. En un movimiento colectivo de grupo ninguno es indispensable, y todos sustituibles, lo cual también es válido para el grupo formado por tres personas. Aun con tres personas, si se va una, lo colectivo permanece. Sólo en el caso de la pareja, cuando uno la abandona la colectividad desaparece. Sólo en la pareja el individuo en su absoluta especificidad y unicidad es indispensable y no puede ser reemplazado por ningún otro. Sólo en la pareja el individuo es la condición objetiva de la existencia de lo colectivo. Lo colectivo se realiza a través de lo individual y no puede prescindir de ello. Por eso el movimiento colectivo de a dos, el enamoramiento, tiene algo de absolutamente específico, diferente en relación con

los demás movimientos. Expresiones como «estoy enamorada de ambos» indican por eso un estado de indeterminación o de transición que puede llevar a una estructura colectiva, o a un enamoramiento, o bien a nada. En cuanto al enamoramiento con respecto al jefe, éste a veces es una idealización a la distancia, pero también puede ser un enamoramiento unilateral. En efecto, muchas personas pueden estar enamoradas realmente de la misma persona sin que ésta en realidad esté enamorada de ellas. En torno a los jefes carismáticos se constituye una convergencia de este tipo, al igual que alrededor de una actriz célebre, o simplemente fascinante. Es el enamoramiento unilateral.

Volvamos ahora al problema del que hemos partido. Dijimos que no se puede amar al mismo tiempo a varias personas y enamorarse de otra. En este caso el nuevo enamoramiento es el punto de partida de una reestructuración de nuestros afectos. Las personas que aman entran a formar parte de nosotros mismos, de nuestra realidad global, de esa individualidad que queremos nos reconozcan y amen en el enamoramiento. Este siempre se produce entre dos personas que tienen una historia personal, un sistema de afectos y preferencias. El enamoramiento, en cuanto superación de una barrera, siempre constituye una reestructuración de este sistema de afectos. Se abandona algo que antes era esencial, se lo considera privado de valor, en cambio otra cosa se conserva y debe integrarse en el nuevo amor. Por ejemplo, si se enamoran dos personas casadas y con hijos, en su sistema de afectos cada una de ellas separa al cónyuge de los hijos. Del cónyuge puede y quiere prescindir, con respecto a él quiere cambiar completamente el tipo de comportamiento. No ocurre lo mismo con respecto a los hijos. Ellos pueden integrarse en el nuevo amor. El cónyuge deja de formar parte del núcleo constitutivo del sí que pide ser reconocido y los hijos entran

a formar parte de él. Pero el encuentro se produce entre dos personas aisladas; los hijos no participan de ese encuentro. El encuentro se establece en el nivel del individuo en su aislamiento. La demanda y la respuesta se constituyen antes de la aparición de los hijos. Cada uno busca amor para sí y no para los hijos. El proceder del enamoramiento consiste justamente en *integrar en la relación también las partes que un primer momento quedaron excluidas*, y por lo tanto, también a los hijos. Pero el que está enamorado sigue enamorado de la otra persona, no de sus hijos. A estos hijos se los ama por cuanto los ama el compañero, no por sí mismos. Y también puede ser que constituyan un obstáculo, a veces insuperable, para el desarrollo del enamoramiento. Por ejemplo, porque se oponen, o bien porque constituyen un instrumento de presión y chantaje por parte de las dos familias y desencadenan el dilema. En todos los casos, el enamoramiento es siempre el encuentro de dos individuos aislados cada uno de los cuales lleva en sí o consigo un sistema de relaciones del cual quiere conservar una parte y reestructurar otra. Cuando se representa el enamoramiento como un encuentro de dos individualidades aisladas, sin impedimentos ni lazos, que buscan la soledad absoluta, se comete una falsificación. En realidad buscan el encuentro absoluto de sus individualidades pero, al mismo tiempo, la integración del entorno inmediato de su persona. No una cosa o la otra, sino ambas. El deseo de aislamiento total, continuo, definitivo, es la expresión de un problema, la tentativa de sustraerse al peso que lo existente ejerce sobre el enamoramiento. Cuando el peso de la realidad circundante se hace demasiado grave, cuando la dificultad de integrar esta parte de sí constituida por los afectos existentes se vuelve imposible, el enamoramiento tiende a separarse del mundo para convertirse en un área liberada y liberadora en la que

encontrar refugio y paz y de la que partir luego, nuevamente, para enfrentar el mundo. Si los dos enamorados se encuentran en la misma situación, prevalece entonces el deseo de huir, de sustraerse completamente a las presiones, de cimentar la convivencia de manera estable para luego reconquistar lo que han perdido. Si en cambio el problema existe para uno solo, él será quien conciba el enamoramiento como refugio, área liberada y liberadora en la cual sustraerse a las presiones de la contingencia. Pero este proyecto entra en conflicto con el deseo del otro de realizar el propio amor en el mundo, de manera concreta, integrando lo que puede integrar y descartando lo que debe descartar. Para el primero el amor se transforma en un momento de evasión pura, unas vacaciones del mundo, en el puerto, la isla feliz en la que desembarcar y refugiarse, el jardín de rosas en medio del desierto de la existencia. Para el otro, esta fantasía es una renuncia porque él quiere transformar el mundo en un jardín. Es un ejemplo de cómo el enamoramiento entre dos personas produce dos proyectos de vida extraordinaria diferentes. Proyectos, en este caso, incompatibles y uno de los dos debe ser abandonado, o bien ambos, por lo cual el enamoramiento se extingue, lacerado por la contradicción.

Hemos dicho que se puede amar a una persona y enamorarse de otra, pero que no se puede estar enamorado de una persona y enamorarse de otra. El enamoramiento es un proceso de reestructuración de todas las relaciones en torno a un individuo. El nuevo enamoramiento indica la dirección absoluta en la cual moverse. Dos enamoramientos son imposibles porque significan moverse con toda la fuerza de nuestro ánimo hacia dos objetivos absolutos pero diferentes.

¿Qué sucede entonces cuando dos personas enamoradas tienen un hijo? Examinemos el caso en que uno de los dos no lo desee, por lo cual, cuando nace, vive

el amor del otro por un niño como verdadera traición, como un abandono. En la leyenda islámica persa, Iblis (Satán) se rebela a Dios porque éste, después de haber creado al hombre, le pide al arcángel de la luz que lo ame. Pero Iblis responde que no puede porque sólo lo ama a él, Dios, y no puede aceptar su amor por el hombre. Por eso prefiere incurrir en su cólera, perderlo, pero no compartirlo con el otro. Cuando ambos enamorados quieren el hijo, éste nace deseado y se convierte en un nuevo polo de amor. Y bien, aun en esta situación el enamoramiento termina. Es difícil admitirlo. Sin embargo, existe una sabiduría popular y antigua que dice que un hijo consolida el amor, pone remedio a un amor en peligro. Amor, no enamoramiento. En efecto, el hijo se convierte en el objeto de amor de ambos. Se enamoran al mismo tiempo de él. Su relación en adelante depende de la existencia de un tercero, no ya sólo de ellos dos. La pretensión egoísta y absoluta de su personalidad individual da paso no a las pretensiones también individualistas de la otra personalidad individual, sino a favor de una tercera. Ya ninguno es absolutamente esencial para el otro, ninguno es ya el dios del otro. Ambos se pliegan a la adoración de un dios naciente externo a ellos. Y si entre ellos nace un disentimiento, una desatención, cada uno puede encontrar refugio en el hijo. Sobre todo la madre, que lo ha llevado en ella, que lo nutre, que constituye, al menos en los primeros meses, el objeto absoluto del niño. En realidad el nacimiento de un hijo es, para la madre, casi siempre un verdadero enamoramiento. Todo su interés, sus preocupaciones, todas sus ansias se dirigen al niño. La nueva exclusividad es incompatible con la vieja. Antes que el complejo de Edipo, lo que domina la escena familiar es el complejo de Layo, la envidia del padre por el hijo o, mejor, por la pareja madre-hijo que reemplaza, como pareja absoluta, a la que forman él

y ella. El nacimiento del hijo, el amor por el hijo, por eso, fortalece la unión, estabiliza el amor, pero acaba con el enamoramiento. El enamoramiento, paradójicamente, puede continuar si una fuerza externa los separa, quizá los celos por el hijo, enamoramiento unilateral y por lo tanto infeliz.

Nuestra cultura oculta la discontinuidad representada por el nacimiento del hijo. En general cada uno se da cuenta con sorpresa que el otro lo descuida o que ya no tiene ese impulso y ese deseo total que manifestaba antes. En realidad todo ha cambiado. A una estructura intrínsecamente inestable como el enamoramiento le sucede una estructura potencialmente permanente. Aunque termine el enamoramiento, aun si desaparece el amor y los dos se separan, lo colectivo sobrevive en las dos parejas madre-hijo y padre-hijo.

CAPÍTULO OCHO

«Dios pues expulsó al hombre y colocó al Oriente del jardín del Edén al querubín con la espada flamígera para impedir el acceso al árbol de la vida.» Así dice el Génesis. En el estado naciente el hombre arranca la espada flamígera de la mano del querubín y entra en el jardín del Edén. Pero no puede permanecer en él, no puede hacer de él su casa y su tierra. El *estado naciente* es, por definición, transitorio. No es un estar, es un ir, un ir hacia; y el llegar es haber estado yendo. Cuando todo funciona bien, el enamorarse termina en el amor; el movimiento, cuando triunfa, produce una institución. Pero la relación que hay entre enamoramiento y amor, entre estado naciente e institución es el tipo de relación que hay entre despegar, volar y llegar, entre estar en el cielo por encima de las nubes y haber apoyado otra vez los pies en el suelo sólidamente. Otra imagen es la de la flor y el fruto. Cuando existe el fruto la flor desaparece. Y no tiene sentido preguntarse si la flor es mejor que el fruto o viceversa, como no tiene sentido preguntarse si es mejor el estado naciente o la institución. Sin el uno no existe el otro y viceversa; la vida está hecha

de ambos. Tampoco tiene sentido confundirlos porque son diferentes. El modo de sentir, pensar o vivir en el *estado naciente* es diferente del de la vida cotidiana-institucional. No se trata sólo de pensamientos diferentes, sino justamente de una diversidad de modos de pensar, de un *sistema categorial diferente*.

Empecemos por un punto cualquiera. En la vida cotidiana los fines que nos proponemos, las cosas que buscamos obtener, todos, tienen en cuenta los medios de que disponemos. No nos proponemos cosas irrealizables. Por otra parte, nuestros deseos son ilimitados: si se nos apareciera el hada de las fábulas y nos pidiera que enumeráramos tres cosas que deseamos, nos quedaríamos perplejos y se nos ocurriría una lista curiosa: ¿Ser riquísimos? ¿No tener enfermedades? ¿Pero sólo nosotros o también los seres queridos? ¿Ser eternamente jóvenes? ¿Pero sólo nosotros o también los demás? Podríamos pedir la «felicidad», pero la felicidad no es una cosa; el problema es identificar «cosas» que nos dan la felicidad. Bien, una persona enamorada sabría muy bien qué pedir: «Que él me ame.» Y si le quedan otros dos deseos agregaría: «Que yo siga amándolo y él continúe amándose.» Esta persona tiene un deseo bien preciso, limitado. Pero al proponerse ese fin no tiene en cuenta los medios de que dispone. Ninguno se enamora diciendo: «Puesto que yo tengo los medios para hacerlo enamorarse decido enamorarme de él.» Primero se enamora, desea el amor del otro y luego busca los medios de obtenerlo, para hacerse amar por él. Otra diferencia con la vida cotidiana es que en ésta no hay una estricta diferencia entre *necesidades esenciales* y *necesidades no esenciales*. En el estado naciente sí. Todo lo que sirve para llegar al amado y hacerse amar por él es esencial; el resto no cuenta en absoluto. Es muy agradable comer bien si le agrada al amado, pero si estamos solos no nos importa en absoluto.

Para encontrarlo, para estar con él, estamos dispuestos a los viajes más fatigosos, a no comer y no dormir, y no nos agota, más bien somos felices. Todas las cosas que en la vida cotidiana nos resultan insoportables las hacemos sin darnos cuenta.

En la vida cotidiana vale el principio del intercambio calculable: si te doy una cosa quiero algo a cambio y debe ser del mismo valor. En el estado naciente en cambio vale la regla del *comunismo*: cada uno da según sus posibilidades y cada uno recibe según sus necesidades. No hay ninguna contabilidad entre lo que doy y lo que recibo. Cada uno le hace dádivas al otro: las cosas que le parecen bellas, algo que hable de sí, que se lo recuerde al amado. Pero también cosas que le agradan al otro, que el otro ha nombrado o conservado. A menudo el don es acto imprevisto, un gesto espontáneo que simboliza la donación de sí, la propia disponibilidad total. Pero el don no espera otro don, no espera ser recambiado. Al hacer un don la cuenta se iguala de inmediato: basta que el otro lo aprecie, que esté contento. La alegría del otro vale más que cualquier objeto. De esta manera entre los dos hay un darse dones, pero sin intercambio. Cada uno da sobre la base de sus exigencias y cada uno recibe sobre la base de sus necesidades. Cuando se desencadena una contabilidad de los dones, un «yo te he dado y tú no», es que el enamoramiento está a punto de terminar. Cuando cada uno exige contabilidad del dar y tener, es que ha terminado por completo.

En conexión con el comunismo existe la experiencia de la *igualdad*, una igualdad que no tiene nada que ver con la falta de diferencias. En efecto cada uno es totalmente deseado en cuanto individualidad única e inconfundible. La igualdad que significa igualdad absoluta de derechos, derecho de cada uno a pedir. En el enamoramiento no hay derechos preconstituidos. En una palabra, igualdad de poder. Ya que la reali-

zación del deseo depende totalmente del otro, cada uno tiene sobre el otro un inmenso poder, directamente un poder total. Pero, a menos que nos encontremos frente a un enamoramiento unilateral, este poder es simétrico. Cada uno está a merced del amado.

Otra dimensión del estado naciente es la de la *verdad* y la *autenticidad*. El enamoramiento es una búsqueda de la propia y más profunda autenticidad, tratar de ser uno mismo hasta el fondo. Esto se obtiene gracias a la otra persona, al diálogo con ella, al encuentro en el que cada uno busca en el otro el reconocimiento, la aceptación, la comprensión, la aprobación y la redención de lo que ha sido y realmente es. Rehacer el pasado, de lo que ya hemos hablado, hace a este pasado no peligroso; todos pueden hablar de él, y al hacerlo, contárselo al otro, se libera de él. Pero para liberarse, para «estar redimido del pasado» debe decir la verdad; sólo «la verdad nos hace libres». Por eso cada uno se redime diciéndole al otro toda la verdad, mostrándose a sí mismo totalmente transparente al hablarle de él al otro. En la vida cotidiana no hay ninguna experiencia de este tipo. Podemos decirle la verdad a un extraño, pero el decirlo no nos ayuda en lo más mínimo porque él no tiene ningún poder sobre nosotros. Sólo diciéndole la verdad al que dispensa el bien podemos ser redimidos de lo que hemos sido y cambiar, o sea, ser como debemos ser para realizar nuestro máximo bienestar. En el psicoanálisis el paciente dice la verdad porque, gracias a la transferencia, reproduce en parte el proceso que se actúa espontáneamente en el enamoramiento. Pero la fuerza del estado naciente hace pedazos, en pocas horas o en pocos instantes, barreras inconscientes que, en el psicoanálisis, a veces resisten durante años. Y es posible porque termina el miedo al pasado. Los dos enamorados realizan una confesión recíproca

y cada uno tiene el poder de absolver al otro de su pasado.

No debemos maravillarnos si de continuo encontramos en nuestro análisis referencias religiosas. En realidad, la dinámica profunda del estado naciente hasta hoy sólo se expresa en el lenguaje de la metafísica y de la religión. En gran medida nuestro trabajo consiste en remitir la teología a la tierra, en volver a conducir a relaciones humanas todo lo que hasta hoy se ha descrito acerca de las relaciones con la divinidad. La confesión y la absolución por eso son dos componentes esenciales de la experiencia del estado naciente. «¿En qué piensas?» es una pregunta espontánea del enamorado. En el fondo quiere decir «¿Piensas en mí?». Pero no basta con un sí. Quiere saber del otro, de su vida, de sus pensamientos más ocultos, quiere la total transparencia del otro en su riqueza y su concreción, para poder insertarse como objeto auténtico de amor, pero también como intérprete, consolación, guía. Por eso no basta con que el otro responda «en ti», debe también indicar el camino real, concreto, individual de ese recorrido. El «en ti» es siempre el punto de partida y el punto de llegada; pero a través de la riqueza de lo concreto real es transfigurado y transustanciado. Otra palabra religiosa: mutación de sustancia. El mismo hecho, hasta ahora trivial o insignificante sin más, una vez dicho y contado, aceptado e inserto en el discurso de amor, surge de él transfigurado, valorizado. Hasta un defecto, una debilidad, un sufrimiento, una enfermedad; el enamorado ama hasta las heridas de la amada, ama los órganos internos del cuerpo: su hígado, sus pulmones y los órganos internos de su ánimo, su infancia, sus sentimientos hacia la madre o el padre, su amor por una muñeca. Y ya que el enamoramiento es también resistir el amor, alejarse de él, un querer separarse, aun este no querer debe ser dicho, confesado, superado y absuelto.

Demos otro paso hacia adelante. Sólo el objeto de nuestro amor tiene valor por sí, las demás cosas no. Esta distinción hace que lo que tiene valor de por sí y lo que no tiene valor de por sí es el fundamento del *pensamiento metafísico*. Por eso podemos decir que en el estado naciente se produce la aparición del modo de pensar metafísico. Este modo de pensar nos lleva a plantear una distinción absoluta entre lo que tiene valor de por sí y por lo tanto es real, y lo que es contingente. Es una separación que atraviesa todas las cosas y a nosotros mismos. En cuanto estamos en relación con la realidad nos transfiguramos, somos portadores de valores y derechos absolutos. En cuanto estamos en relación con la realidad no valemos nada, no somos nada de nada. Pero ya que el enamoramiento es un proceso, hay un continuo pasar de cosas, objetos y experiencias de un plano al otro, una continua transición metafísica: de lo contingente a lo real, y de lo real a lo contingente. Por un lado, pues, transfiguración (o transustanciación) y por otro degradación. Tenemos en la mano un dije y deseamos regalárselo a quien amamos. Lo acepta, le gusta. Lo lleva con él. Se convierte en parte de él, un pedazo de nosotros en él. Supongamos ahora que hemos peleado y estamos angustiados. Pero al encontrarlo vemos que lleva nuestro dije. En ese momento el objeto cambia de naturaleza: es totalmente la boca y el cuerpo del amado que nos dice «aún te amo». El ser que dice sí se incorpora al objeto. Este puede ser algo de nosotros que no gusta al amado, cierto tipo de vestido, un accesorio. Nos lo dice y de golpe el valor de ese objeto se degrada, aun siendo precioso no vale nada.

Volvamos ahora a nuestro punto de partida. Este conjunto de modos de pensar y sentir que hemos descrito (instante-éteridad, felicidad, fines absolutos, autolimitación de las necesidades, igualdad, comunis-

mo, autenticidad y verdad, realidad y contingencia, etcétera) son propiedades estructurales, permanentes del estado naciente. Por eso en ese nivel pensamos, sentimos, valoramos de manera diferente, radicalmente diferente. Lo extraordinario no es algo que se comprende, que depende del mundo externo, somos nosotros los que hemos cambiado y por eso vemos otro cielo y otra tierra, otro tipo de hombres, otro tipo de naturaleza. El estado naciente es una tentativa de rehacer el mundo a partir de ese diferente modo de pensar y de vivir; de realizar en el mundo esa experiencia de solidaridad absoluta y de final de toda alienación e inutilidad. Parte de lo deseable en sí, que no se da nunca de manera cabal en el mundo. Es la tentativa de realizar en el mundo lo máximo de esa solidaridad absoluta de la que se tuvo la experiencia. Es por eso una exploración de lo posible a partir de lo imposible, de realizar el estado paradisiaco en la tierra. Por esta razón dije al comienzo que en el estado naciente el hombre arranca al querubín la espada flamígera y entra en el jardín del Edén. Por cierto, no puede hacer de él su morada estable; el enamoramiento no dura siempre, lo extraordinario convive siempre con lo común y se vuelve ordinario. Pero aquél es el jardín del Edén: todos lo conocemos, hemos estado en él, lo hemos perdido, todos sabemos reconocerlo.

CAPÍTULO NUEVE

«Amor, que al corazón gentil embelesado se une», «amor, que a nada amado amar perdona», escribe Dante. ¿A qué se refiere la primera frase? Hemos visto que el que se enamora está predispuesto a enamorarse, cuando existen ciertas precondiciones, cuando se ha producido una cierta elaboración, cuando ya se han hecho tentativas, pruebas. El que se enamora ya ha intentado o probado enamorarse varias veces. La propensión a enamorarse, en el lenguaje del *stil novo*, se indica con la palabra «gentileza». Y también en esto hay un elemento de verdad, porque la tensión que lleva el estado naciente puede tener muchas salidas. Está el que se convierte, el que entra en un grupo político y el que se enamora. El enamoramiento de alguna manera ya está prefigurado por la cultura y por una disposición de ánimo. La palabra misma, enamoramiento, es un producto cultural, el resultado de una elaboración y una definición de un cierto tipo de experiencia. En el mundo griego y romano la gente vivía, por cierto, estados nacientes de a dos, pero no hablaba de enamoramiento. En el Islam existe una poesía amorosa mística muy rica, pero falta una lite-

ratura del tipo de aquella que en el medievo cristiano definirá la «figura reconocida» del enamoramiento. Esta disposición de ánimo para buscar una solución en el estado naciente de a dos —la «gentileza» de Dante— también puede ser combatida, inhibida por otros filones culturales, por otras ideologías.

La segunda expresión, «que a nada amado amar perdona» contiene en cambio una verdad y un equívoco. En efecto, la tentativa de enamoramiento falla casi siempre. Aun cuando uno se enamora, muy a menudo no es correspondido o no es correspondido con la misma intensidad o del mismo modo. Pero también hay un elemento de verdad: dos personas que están realmente predispuestas a enamorarse, al encontrarse, tienen muchas probabilidades de enamorarse una de la otra, de «reconocerse». La explicación de este fenómeno debe buscarse sobre la base de lo que hemos dicho en el capítulo anterior. El estado naciente es un modo de pensar, ver, sentir y vivir completamente diferente. Las personas que se encuentran en esta situación, en este estado, se comprenden profundamente una a la otra. Aun siendo muy diferentes en sus historias personales, tienen en común esta identidad de colocarse con relación al mundo. Este es el motivo por el que en los grandes movimientos colectivos, millares y millares de personas diferentes por edad y clase social se «reconocen» y forman una unidad colectiva, un nosotros. Lo mismo sucede en el enamoramiento. El estado naciente crea de manera instantánea el *reconocimiento*, la *comprensión* en un plano intuitivo y profundo. Un famoso místico medieval, Raimon Lull, escribe: «El amante y el amado son realidades diferentes (y sin embargo) concordantes sin oposición alguna ni ninguna diferencia de esencia.»⁶

6. Raimon Lull, *El libro del amante y del amado*.

Esta «esencia» es *la estructura categorial del estado naciente*. De la misma deriva, por lo tanto, una experiencia muy particular, la de ser completamente diferentes y aun así tener una fortísima y misteriosa afinidad espiritual que no existe al principio sino que se va constituyendo durante el mismo encuentro. Primero hablaban dos lenguas diferentes, ahora hablan la misma. Con el estado naciente la estructura profunda de su modo de pensar, la que va más allá de sus personas empíricas, se ha transformado en la misma. El hecho que el estado naciente tenga la misma estructura categorial hace que dos personas que hablen lenguas diferentes como el francés y el alemán, y conozcan muy poco la lengua del otro, puedan enamorarse y comprenderse. En la tradición religiosa esto se indica como el milagro de las lenguas, la polilalia.

Pero en la frase de Dante hay algo más. El estado naciente tiene el poder de despertar en los otros sus mismas propiedades. Cuando una persona se enamora de otra siempre suscita en ésta un despertar, una emoción. Quien ama tiende a arrastrar al amado a su amor. Si el otro también está dispuesto al enamoramiento, puede nacer un encuentro y directamente un enamoramiento, pero puede suceder que la otra persona tenga ya algo que le interesa y entonces la poesía de amor del enamorado despierta su amor, es verdad, pero hacia otro. Se siente transportada a un plano superior de sentimientos, pero el destinatario de estos sentimientos no es el que los ha evocado.

Estas diferentes posibilidades nos llevan a formular la pregunta crucial: ¿en el enamoramiento aman los dos de la misma manera o hay quien ama más y quien menos? El enamoramiento es una transformación interior individual que va en busca de su objeto. En todos los comienzos de enamoramiento uno solo es el enamorado. La mayor parte de estas tentativas iniciales terminan casi en seguida. Otras veces en cambio

el proceso continúa y entonces podemos tener dos casos. En el primero la elección ha sido justa, también la otra persona estaba disponible para el enamoramiento. Por eso se desarrolla el estado naciente de a dos, es el enamoramiento recíproco. Pero hay muchísimos casos en los que la otra persona sólo tiene un deseo de amor, o de aventura, o bien se siente atraída eróticamente o intelectualmente por la primera. Por eso no se enamora. Esto no significa que rechace el amor del otro y hasta puede sentirse halagada. Pero no cambia interiormente, no entra en estado naciente, participa del estado naciente del otro. Es probable que ella misma se crea enamorada. Pero lo está por reflejo, porque acepta y participa de los símbolos del otro, que habla el lenguaje del enamoramiento. Al verlos juntos sólo una mirada atenta se daría cuenta que uno está enamorado profundamente y el otro menos. Este tipo de enamoramientos desequilibrados son muy frecuentes y hasta pueden durar mucho; también pueden llevar a un matrimonio. Poco a poco entre los dos se establece un profundo afecto. Pero si el enamoramiento encuentra dificultades muy graves, por ejemplo si uno de los dos ya está casado, o tiene hijos o debe alejarse por largo tiempo, se revela la diversidad. En el fondo la persona que ha sido «arrastrada» al enamoramiento puede prescindir del otro, mientras que el que está verdaderamente enamorado no puede hacer lo mismo. La primera sabe que tiene alternativas, la otra no, y por lo tanto plantea con tranquilidad sus condiciones: «Estoy aquí, te quiero, resuelve tus problemas y vuelve. Pero hasta que los hayas resuelto no te dejes ver.» La persona arrastrada al enamoramiento siente los problemas como problemas del otro, no como dramas comunes. Sustancialmente le dice: arréglate. En el enamoramiento bilateral, en cambio, cada uno tiende a invadir el territo-

rio del otro, a considerarlo como un problema del «nosotros» y que sólo el «nosotros» puede resolver.

Veamos ahora otro caso de enamoramiento desequilibrado. Los hombres no son todos iguales, entre ellos hay diferencias profundas de sensibilidad, inteligencia, cultura y creatividad. Cuando una persona creativa se enamora se vuelve más creativa, aumenta su capacidad de enriquecer la vida con la producción de lo imaginario. Construye entonces fantásticos laberintos, ciudades encantadas, y las habita como si fueran reales. Los artistas, los poetas, los científicos, viven en el universo imaginario creado por ellos y, al enamorarse, tienden a transportar a quien aman a ese mundo propio. Su fascinación es grande, pero a menudo también es grande la desilusión que provocan. La mayor parte de las personas quiere realizaciones concretas y por eso, frente a esta producción fantástica, tiene la impresión de algo irreal, o, sencillamente, de algo falso. Hay diferencias que el enamoramiento no logra colmar: lo complejo puede comprender lo simple, pero lo simple no puede comprender lo complejo, le parece falsedad y locura. Dostoievski podía comprender a la muchacha de la que se enamoró en su viaje a Italia, pero ella no podía comprenderlo a él en absoluto. Al leer el *Werther* de Goethe nos damos cuenta que entre Werther-Goethe y la simple Carlota hay un abismo. En Virginia Woolf se siente constantemente la soledad del genio que no puede ser comprendido.

Tengamos presente que el enamoramiento produce en la persona más simple una transformación que la acerca a los poetas. El lenguaje del estado naciente, en efecto, es el lenguaje de la mística, la teología y la poesía. Si dos personas están enamoradas en grados diferentes, la que está verdaderamente enamorada tiende a crear universos imaginarios, poéticos. La que ama menos tiene demandas precisas, concretas.

Pero el estado naciente es en sí una exploración de lo posible a partir de lo imposible; no es una comprobación pedante de lo que se debe y puede hacerse. El que está menos enamorado reprochará al que está enamorado vivir en un mundo irreal, en el que todo es juego, fantasía. Donde hay una producción desbordante de símbolos, metáforas, dones, el que está menos enamorado, a causa de su aridez, siente el artificio. En el enamoramiento desequilibrado el que ama menos será siempre el que reproche al otro tener poca sensibilidad, ser egoísta, vivir de fantasías o ser ambiguo. Y en cambio, siempre el que está más enamorado plantea, incesantemente, a través de mil veladuras, la pregunta esencial: «¿me amas?». Y es el que ofrece los dones.

CAPÍTULO DIEZ

Hemos dicho que se enamora quien está dispuesto a enamorarse, quien está disponible. ¿Quiere decir entonces que nos enamoramos cuando sentimos el deseo de enamorarnos? No. No hay ninguna relación entre el deseo de un amor y el enamorarse verdaderamente. Hay personas que llevan en sí este deseo durante años y años, que van al encuentro de otras personas buscando a la única que puede ser amada por ella y amarla; pero nunca la encuentran. Culpan de ello a la mala suerte, al tipo de ambiente que frecuentan, o al hecho de tener gustos difíciles. Muy a menudo tienen la impresión de encontrarla; experimentan una emoción, un deseo, un ansia de volver a verla, pero es como un relámpago y desaparece. Casi siempre tienen la impresión de encontrar a una persona que no se interesa de verdad en ellos, sienten en torno a ellos aridez y desinterés, desean apasionadamente ser amados, esperan encontrar la persona que responderá sí pero nadie responde, les parece que lo piden desesperadamente. Pero, ¿lo piden en realidad? Bien puede dudarse porque si por casualidad alguien responde, comprenden que hay algo que no marcha

bien. Puede ser una característica física, o el hecho de ser demasiado viejo o demasiado joven, demasiado ingenuo o demasiado sofisticado, demasiado entusiasta o demasiado frío. En realidad, no están predispuestos a enamorarse aunque lo deseen. El enamoramiento que desean, aun ardentemente, no es una necesidad de romper por completo con el pasado, una necesidad de volver a discutir su vida, un arrojarse al riesgo de lo totalmente nuevo.

Nadie se enamora si, aunque sea parcialmente, está satisfecho de lo que tiene y de lo que es. El enamoramiento surge de la sobrecarga depresiva y esto es una imposibilidad de encontrar algo que tenga valor en la existencia cotidiana. El «síntoma» de la predisposición al enamoramiento no es el deseo consciente de enamorarse, de enriquecer lo existente sino el sentido profundo de no ser o de no tener nada que valga y la vergüenza de no tenerlo. Este es el primer signo de la preparación al enamoramiento: el sentido de la nulidad y la vergüenza de la propia nulidad. Por eso el enamoramiento es más frecuente en los jóvenes, porque son profundamente inseguros, no tienen la certidumbre de valer y a menudo se avergüenzan de sí mismos. Y lo mismo vale en otras edades de la vida cuando se pierde algo de nuestro ser; al final de la juventud, o bien cuando se acerca la vejez. Es un perder irreparablemente algo de sí, el quedarse desvalorizado, degradado, al confrontarse con lo que se ha sido. No es la nostalgia de un amor que nos hace enamorarnos, sino el convencimiento de no tener nada que perder convirtiéndonos en lo que nos convierte; es la perspectiva de tener la nada por delante. Sólo entonces se constituye dentro de nosotros la disposición a lo diferente y al riesgo, la propensión a arrojarse en el todo o nada que aquellos que de alguna manera están satisfechos de su propio ser no pueden experimentar.

¿Qué otro signo, síntoma de la predisposición a enamorarse, podemos encontrar? A veces todo empieza con una desilusión profunda, radical, sobre nosotros mismos o lo que hemos amado. Puede ser una enfermedad grave, el hecho de haber sido descuidados largo tiempo, o un cúmulo de tantas y tantas desilusiones que siempre hemos negado. Entonces reaccionamos ensombreciéndonos, cerrándonos en nosotros mismos. Pero puede suceder que miremos alrededor y nos demos cuenta que los demás son felices: ésa es la señal. En general no percibimos, fuerte, visceralmente, la felicidad de los demás; pero cuando estamos predispuestos al enamoramiento nos vemos arrastrados a sentirla a nuestro alrededor de manera casi dolorosa, y a envidiarla. Tal vez la palabra envidia sea inadecuada: es más bien el sentido de una falta reservada a nosotros, un sentirnos excluidos de un mundo de intensos deseos e intensas satisfacciones. Estos deseos intensos y estas satisfacciones intensas que percibimos en los otros son, en efecto, nuestros deseos y nuestra renovada capacidad de vivir intensamente. En esa fase no los consideramos nuestros sino de los otros. El mundo, de esa manera, se hace más intenso y, al mismo tiempo, más doloroso, porque el sujeto se siente excluido de una vida más plena que vive y conoce, a pesar de él, a través de los demás: los felices. A él, en ese estado, sólo le ha sido concedido el deber y la renuncia; sólo aceptando el deber cotidiano como un imperativo que no se discute logra mantener juntos los grumos del propio yo amargado. La propensión al enamoramiento, por lo tanto, no se revela en el desear enamorarse, sino en el percibir la intensidad vital del mundo y su felicidad, y en el sentirse excluido y envidiar esa felicidad con la seguridad de que es inaccesible.

Y a veces en esa opacidad de lo cotidiano hecho de deberes, donde se mueve el «caballero inexisten-

te» de Calvino, siente como un presagio. A veces es un presagio de ruina, el sentido de una inminente catástrofe que se va formando dentro de él y se percibe objetivamente: una laceración del mundo, un miedo oscuro y una atracción hacia esa oscuridad. A veces le sucede, si está cansado o excitado, verse dominado por un sentido del destino: está por suceder algo grandioso y terrible; su lenguaje se vuelve inspirado. Es un instante y luego todo vuelve a ser como antes. Otras veces es un canto que le surge espontáneamente o un deseo de poesía que cuenta a alguien como si esperara una respuesta. En algunas personas aparecen también verdaderas y exactas visiones o fantasías densas de significados oscuros o exultantes. Son todas manifestaciones episódicas e inciertas de lo «extraordinario», señales de una trascendencia del sí, de ese sí que no vale nada, como si fuera un otro yo que espera manifestarse y ser reconocido, pero que se presenta como proveniente del exterior, objetivado. El enamoramiento no es desear a una persona bella e interesante; es un rehacer el campo social, un ver el mundo con ojos nuevos. En la preparación del enamoramiento el nuevo mundo empieza a aparecer unas veces lejano socialmente (los felices), a veces lejano en el tiempo (algo que debe suceder). No es aún la manifestación del ser: es ya una jerarquización, una distinción entre lo que es importante y tiene valor y lo que no lo tiene y el sentirse privado de ellos, el presagio de algo.

Quien desea el enamoramiento para enriquecer su existencia, para agregarle algo maravilloso, por esa misma razón no puede enamorarse. Sólo quien está perdiendo su existencia se acerca a la puerta que separa lo real de lo contingente. Esto es válido para cualquier estado naciente; por lo tanto, vale para todo movimiento. En este período la «respuesta» también puede no llegar de otra persona, puede no desembocar

en el enamoramiento. Si el sujeto que está preparado al cambio de estado se encuentra en un sistema social en el que está a punto de estallar un movimiento colectivo se reconocerá en él. No se enamorará de una persona, entrará en el estado naciente de un grupo.

Por lo tanto, aunque lo desee intensamente no puede enamorarse. Pero si lo desea, ¿puede hacer que alguien se enamore de él? Sí. Esto es posible porque siempre hay alguien dispuesto a arrojarse en el todo o nada de una vida nueva. Entonces puede presentársele una persona para demostrarle que todo es posible y representar a sus ojos la puerta a través de la cual encontrará la libertad y la alegría más plenas. Es posible hacer que alguien se enamore, en el momento adecuado, si una persona se le presenta mostrándole que lo comprende en profundidad, si lo tranquiliza en su voluntad de renovación, si lo impulsa en esa dirección, lo alienta, se declara dispuesta a compartir con él el riesgo del futuro quedándose a su lado, hombro con hombro, de parte de él, de todas maneras y para siempre. Cualquier persona puede hacer enamorar a otra que espera la llamada si le hace oír la voz que lo llama por su nombre y le dice que su momento ha llegado. Si le dice que está allí para que reconozca el destino del que es portador, si busca las huellas en su rostro, en sus manos, en lo que ha hecho. Al hacerse portador de una certidumbre lo llama así para avanzar. Entonces se reconoce en esa persona y se enamora. Todo esto puede hacerse de manera engañosa. ¿Quién lo hace? ¿Quién desea enamorar a otro sin estar enamorado? En primer lugar, el tipo de persona de la que hemos hablado antes, personas que desean enamorarse para enriquecer su vida cotidiana. Buscan una respuesta, temen no tenerla y por eso, en la continua tentativa de «seducción», pueden obtenerla de quien tiene la necesidad interior de darla. Pero puede ser algo más mezquino, como

el deseo de éxito o también el deseo de poder. El amor es un enorme poder sobre el que ama y este enorme poder puede proporcionar placer porque halaga la vanidad, porque hace al otro esclavo, disponible, atento a cualquier señal y a cualquier deseo. Luego está quien lo hace por dinero, quien por otra cosa. ¿Qué sucede después, cuando el enamoramiento ya está encaminado, cuando existe el que ama y el que, amado, no ama porque nunca amó? Es el caso extremo del enamoramiento unilateral, despiadado por el engaño. Pero justamente por ser engaño en la mayor parte de los casos queda desenmascarado. El enamoramiento está constituido por pruebas, una sucesión de pruebas, y quien ha hecho enamorar al otro —porque quería enamorarse o por gusto del poder, o porque deseaba una persona totalmente disponible— muy pronto se cansa de esta sucesión de pruebas, aunque más no sea del sentirse preguntado de continuo ¿«me amas?» de maneras y formas a las que no sabe responder. En todos estos casos la prueba no resulta, el engaño es desenmascarado. Pero esto no quita nada al gran dolor, a la desesperada pérdida del que amaba de verdad. Aunque en el fondo el daño es menos grave cuanto más descarado, superficial, tosco fue el engaño; la esperanza está traspasada por la certidumbre de la nada: «Nunca me amó; en el fondo nunca estuvo enamorado, nunca existió nada.» La experiencia dolorosa se disuelve como una ilusión. Aun si a veces es difícil hacer la distinción, debemos mantener separada esta situación de la de un enamoramiento en el que uno amaba más y el otro menos, pero estaba convencido de sentirse enamorado. Entonces es diferente, porque la certidumbre del engaño no puede alcanzarse y la elección de la renuncia se cumple en la duda; la duda que, en el enamoramiento, es dilema. Volveremos sobre esto porque en este caso el desenlace es terrible: la petrificación.

CAPÍTULO ONCE

Cuando nos enamoramos de una persona, ¿se vuelve acaso perfecta a nuestros ojos? De todo lo dicho algunas cosas nos llevan a contestar que sí y otras que no. Sí, porque en ella encontramos lo sumamente deseable. Pero también no, porque no aceptamos todo su proyecto, nos defendemos y directamente luchamos contra él. A veces en lo que dice encontramos una verdad profunda, una verdad a la que jamás hubiéramos llegado solos. Es como si se abriera una nueva perspectiva sobre el mundo. Pero no siempre es así, porque otras veces no estamos de acuerdo y buscamos explicarle largamente nuestro punto de vista y convencerla. Ninguno de los dos enamorados es la perfección a los ojos del otro, ninguno es depositario de la verdad, pero cada uno a los ojos del otro es el paso para llegar a la verdad y ésta, en la experiencia del enamoramiento, es algo que existe y es accesible. Cuando la otra persona con una observación, un relato o un juicio nos muestra algo que no habíamos visto y no imaginábamos que existiese, es como si abriera la ventana desde la que mira el mundo y lo ve. Es su perspectiva, al igual que nosotros tenemos la nuestra. Pero no

es una opinión, un «punto de vista» como se dice en el lenguaje de la vida cotidiana; es justamente una *ventana sobre el ser*. Ella ve desde otro punto de vista lo que habíamos observado también nosotros sin ver ni comprender. Nuestras dos perspectivas miran a la misma realidad, la misma verdad que en gran parte es desconocida, pero que está delante de nosotros, aferrable, cognoscible. Lo que por otra parte existe en el enamoramiento, con respecto a la vida cotidiana, es la certidumbre de que la verdad es alcanzable y que cada problema, aunque todavía no la hayamos encontrado, tiene una solución. Por eso ninguno de los dos es perfecto, ninguno es infalible. Ninguno, tomado singularmente, es un absoluto a los ojos del otro. Pero su encuentro —y ver a cada uno desde la perspectiva del otro— lleva al máximo posible la capacidad de ver y comprender. Y esto lo acerca mucho a la verdad. El grupo, en el estado naciente —de pareja o de grupo— no es el absoluto, sino el camino hacia lo absoluto, la vía para acercarse, la ventana desde la que se entrevé el ser. Y ya que en el enamoramiento todos los otros quedan reducidos a una sola persona —la amada—, ésta se convierte en la «a través de la cual» se manifiesta la verdad; no es su depositaria o la custodia, es la puerta, a veces abierta, otras semicerrada o cerrada.

Esta apertura sobre la verdad de las cosas no depende de un grado excelso de inteligencia, de una extraordinariedad de la persona amada. Nosotros, en efecto, a veces vemos a través de una de sus debilidades o ingenuidades. Hay observaciones, juicios, valoraciones que si las hubiera hecho otro, no las tomaríamos en cuenta, las habríamos considerado superficiales o ingenuas o directamente equivocadas. Cuando las hace la persona amada tenemos primero la misma impresión, luego reflexionamos y les encontramos un valor. Desde su perspectiva, sobre la base de su experiencia lo que ve es verdad. Al actuar así le damos

valor a esa experiencia y a esa perspectiva y aprehendemos el mundo de su subjetividad. Ya que no es una subjetividad cualquiera (que no nos importa nada y a la que descartamos) la tomamos como algo de valor y nos damos cuenta que el mundo es «también» así. Este es el camino a través del cual se llega a esa comprensión en profundidad de la que hemos hablado; ya que cada uno ve reconocida su propia auténtica perspectiva subjetiva, siente apreciada en profundidad su propia, inconfundible y única subjetividad. En el enamoramiento lo absolutamente particular asume un valor universal; lo que ve ella tiene el mismo valor que lo que veo yo. Y de esto no deriva escepticismo sino certidumbre: ambas son dos perspectivas sobre el ser cuyo conocimiento se enriquece, no se anulan sino que se integran.

Esta propiedad que se revela en el enamoramiento continúa también en el amor perdiendo y adquiriendo algo. Tomemos el caso de los padres que tienen un hijo mongoloide. Saben que su hijo no es inteligente como los otros, que no puede hacer en la escuela lo que hacen los demás. No por eso lo aman menos. Aunque para amarlo no pueden usar el patrón de los otros; de hacerlo así sentirían algo limitado, incompleto, insuficiente, algo que no tiene valor. Si lo hicieran experimentarían un amor-compasión, un colmar lo que no existe. La experiencia de ellos es diferente. Captan y dan valor a la especificidad de su perspectiva. Si se espanta, se asombra o se maravilla de lo que para un niño «normal» sería insignificante, entran en esa maravilla y ven en ella una perspectiva auténtica sobre el mundo. ¡Podemos maravillarnos de lo que después hemos desaprendido a mirar con ojos maravillados! Los ojos del niño son entonces los ojos de una inocencia sobre el mundo que los otros no han tenido o han perdido, y el mundo se enriquece con esa mira-

da. Con su amor los padres son los custodios de una perspectiva diferente (y perdida) sobre el mundo.

El enamoramiento es, por eso, la apertura al ser de la perspectiva subjetiva, mientras su amor es su custodio. ¿Quiere decir que nos volvemos incapaces de juzgar? No. Los padres comprenden a su niño espantado o maravillado aunque no se espanten o maravillen. Saben y a pesar de saber, no desprecian sino que aman.

En la comparación de estas experiencias podemos encontrar la respuesta a un requerimiento teológico que aparece innumerables veces tanto en el Islam como en el cristianismo. ¿Puede Dios, que es infinito y omnisciente, amar al hombre que es finito y capaz de error? Desde el punto de vista del enamoramiento la respuesta sólo puede ser no. Los dos enamorados no pueden admitir que el otro, el amado, esté en un grado inferior a sí mismo; sólo puede ser superior porque es la puerta a través de la cual se llega a la verdad. Por eso Dios no puede enamorarse del hombre que es infinitamente inferior a él. El enamoramiento es también el camino a través del cual lo subjetivo adquiere un valor de por sí, y en el amor ésta es la experiencia dominante. En el amor cada uno conoce las debilidades del otro pero, aun considerándolas debilidades, las perdona o directamente las aprecia. Por ejemplo; las aprecia cuando son expresión de altruismo, generosidad, entusiasmo, todas cosas que pueden resultar dañinas en la vida cotidiana pero, que en la óptica de los valores, son virtudes. De esto se deduce que Dios puede amar al hombre (sobre todo si es virtuoso, o sea, desinteresado). Esta referencia teológico-religiosa se confirma en el caso de distinguir los dos momentos del enamoramiento y el amor aun reconociendo toda una serie de puentes y caminos que los vinculan y hacen del amor el desenlace del enamoramiento.

CAPÍTULO DOCE

Suele sostenerse que el enamoramiento es propio de los adolescentes, los jóvenes, e impropio de hombres maduros, mujeres casadas y con hijos, políticos austeros, obispos. Conviene a los divos del espectáculo y a los artistas porque éstos, en el fondo, conservan algo de la ligereza y la irresponsabilidad de la adolescencia. Pero no sólo el enamoramiento, también la pasión política, el entusiasmo por una fe, el lanzarse a cuerpo perdido en una aventura son todas cosas que suelen relacionarse con la juventud, como los cambios de humor, el rápido pasar del entusiasmo a la desesperación y luego otra vez al entusiasmo por cualquier cosa nueva. Crisis místicas y crisis políticas, denuncia de la hipocresía del mundo, afirmación de una justicia absoluta, esperanza en un mundo totalmente bueno y al mismo tiempo, desilusión profunda, amargura, desesperación. Casi todas las propiedades del estado naciente las encontramos concentradas en la adolescencia. Es éste un período de la vida en que es más frecuente el estado naciente. Puede comprenderse el porqué: la adolescencia es el momento del pasaje de la infancia y la familia infantil al mundo adulto con toda

su complejidad. Si el estado naciente es separar lo que estaba unido y unir lo que estaba separado, no hay ninguna edad como ésta para que se realice en mayor medida esta obra. Separar de la familia, del mundo de los valores, de las emociones y de las creencias infantiles y unir a otras personas a amar, pero también a los partidos, a los grupos, a la política, a la ciencia. La adolescencia es por eso la edad del continuo morir y renacer en otro, del continuo experimentar en las fronteras de lo posible. Por eso la adolescencia nos presenta rápidos enamoramientos, un continuo unir y separar en un sucederse de revelaciones y desilusiones.

Cuando se dice que el enamoramiento es propio de la adolescencia y la juventud, y no de otra edad de la vida, no nos limitamos a comprobar un hecho, se dice también que es inapropiado, que no está bien, que no debe ser. Y si, en cambio, sucede que el hombre maduro se enamora, que la mujer con hijos pierde la cabeza, se dice que actúan como «chiquillos», que hacen algo que no corresponde a su edad, su estado, sus deberes. Lo que en la adolescencia está permitido —separarse de la familia— ahora está prohibido. Actuar como jovencitos sin serlo significa equivale a separarse de una institución cuando no deberíamos hacerlo. El niño no puede o no debe seguir siendo niño con su padre, su madre y sus juguetes. El adulto en cambio ha «llegado»; ha alcanzado un *status*, una «posición», está en su «lugar» y debe permanecer en él, pero el estado naciente rompe la institución consolidada para crear una solidaridad alternativa. Cambia de lugar, empuja a otro lado, hace morir y renacer. Cualquiera sea la forma en que se presente, como enamoramiento, como grupo religioso, como grupo político, mientras sea «cosa de jóvenes» resulta tolerable, pero es temible si sucede en el adulto el primer y fundamental mecanismo de control es declararlo inapropiado, desa-

creditarlo diciendo justamente que es «cosa de niños», que el adulto se comporta como un chiquillo.

La institución tiene horror del estado naciente. Es lo único que teme porque es lo único que con su aparición conmociona los cimientos. Desde el punto de vista de la institución el estado naciente es, por definición, lo inesperado, pues su lógica es diferente de la de la vida cotidiana, es incomprensible, porque ataca las instituciones en nombre de sus mismos valores acusándolas de hipocresía, es el fanatismo; es lo que rehace el pasado y desanuda pactos y lazos, es lo monstruoso. Frente al estado naciente, aun el más pequeño, la institución se siente sacudida en sus certidumbres. Al reproducir el acontecimiento del cual nació la institución, y revelar en estado puro las fuerzas que la alimentan, el estado naciente crea una situación de riesgo mortal. Todos los mecanismos sociales, toda la sabiduría de la tradición tienen un solo fin: tratar de apagarlo, hacerlo imposible y sólo cuando esta tentativa sea imposible, la sociedad tratará de imponerle formas conocidas y reconocidas. El noviazgo, la separación, el divorcio, el modelo del amante, la venganza, el matrimonio, son todas salidas institucionales de ese particular tipo de estado naciente que es el enamoramiento. Pero todo esto sucede después; al comienzo no existen estos caminos. El enamoramiento ni siquiera es reconocido como tal. La sociedad reacciona frente al hecho que no debió suceder tratando de actuar como si no existiera, o más bien como si no hubiera existido, y lo primero que hace es amordazarlo, describirlo con las categorías de la vida cotidiana, que no le corresponden. Al actuar de esta manera lleva a los enamorados a definirse como lo que no son, como otra cosa que lo que son. Y si no se definen con sus términos la institución declara que esa experiencia es locura, algo privado de sentido, insensatez.

En primer lugar se burla. El hombre adulto enamo-

rado de una muchacha es grotesco, ridículo. Grotesco es sobre todo el llanto porque el llanto es propio de los niños, del que es impotente, no de la persona que tiene un *status* definido, un puesto en la sociedad. Alrededor de la persona enamorada se constituye una barrera de muecas y burlas. Hace algo no serio, ha perdido la seriedad. Lo que para él es una vivencia dramática, esencial, aun sus amigos más queridos lo consideran una frivolidad y una esupidéz, un acto infantil. «No hagas el niño», le dicen los amigos. Es un comportamiento infantil, regresivo, sentencia el psicólogo. O bien, se echa mano a otra interpretación diametralmente opuesta: es sexualidad pura, sexualidad reprimida, desahogo sexual. El enamoramiento es reducido a sexualidad porque ésta no tiene un objeto único, exclusivo, por eso es poco temible. Cuando luego aparece claro que la relación es fuerte, la cultura dice que el enamorado ve en el otro un absoluto de perfección, sin defectos, sin incertidumbres, atribuyéndole las propiedades del delirio. En realidad la relación de enamoramiento es un proceso, un hallar y un perder. El amado es constante y precario a la vez, único y diferente, ser empírico y ser ideal.

Al mismo tiempo la cultura se declara segura de que el amor no será recambiado. «Pobre ilusa», comentan las amigas o las madres o los padres, «al igual que ha dejado a la otra te dejará a ti.» Pero si el enamoramiento es bilateral, hay a mano otra deformación: están unidos, fascinados, viven en un universo aislado, los dos solos, encerrados en su egoísmo. En cambio el amor es un abrirse alegre al mundo que aparece bello y feliz, es un abrirse a los otros, sentidos como amigos. Después de haberlos descrito como unidos, contradictoriamente, los define como seudo enamorados, como no enamorados (en un capricho, un entusiasmo, un montaje romántico, etc.).

La cultura cotidiana trata siempre de imponer sus

dicotomías: o se quiere siempre o no se quiere nunca; o se es un absoluto o uno es como los demás; o están siempre unidos o siempre divididos, etc. Definiendo e interrogando de este modo, impulsa a los enamorados a definirse contradictoriamente, de manera enloquecida. Esto se vuelve dramático en el terreno ético. El enamoramiento es un acto de liberación, la libertad se vive no sólo en no depender de los vínculos sino como derecho de no tener que depender de las consecuencias de decisiones pasadas propias o de otros. En realidad, en el estado naciente, el pasado no se niega totalmente, se niega para ser superado en una nueva síntesis. Más bien muchas cosas del pasado adquieren un nuevo valor. En este punto la cultura institucional afirma categóricamente: un compromiso es un compromiso y un pacto, un pacto, y no puede infringirse por un capricho propio. Se comprueba que el enamoramiento no es capricho al descubrir que en los pactos hechos en el pasado había dos elementos, uno que se podía imponer con la voluntad y otro que tenía sentido sólo como espontaneidad. «¿Amarás a este hombre y lo asistirás en el bien como en el mal?», pregunta el pacto. Al decir que sí cada uno puede comprometerse a quererlo y a asistirlo. Pero no puede comprometerse a «estar enamorado, a amar apasionada, desesperadamente». El enamoramiento denuncia la parte oculta del pacto y dice: mantengo mis compromisos prácticos, pero nadie puede comprometerse respecto de los sentimientos. La autenticidad es más importante que la ficción, no puedo mentir. Cuando pacté no me comprometí a mentir. Por eso denuncia el pacto sobre la base de los principios subentendidos en el mismo, los valores superiores de los cuales cualquier comportamiento toma su valor. Y es tan cierto, que está dispuesto a pagar con la vida. Inexorablemente el choque se hace más violento y se desplaza a este nivel, hay un momento en que se lo co-

loca como término de todo o nada, de vida o muerte.

El que llega al enamoramiento viene de un mundo de reglas, certidumbres, caminos marcados, prohibiciones. Hasta ahora su vida se desarrollaba por costumbres. Actúa pero en el fondo no sabe por qué actúa, carece de una auténtica voluntad, actúa porque se lo dicen los otros, porque hay reglas y deberes. Cumple estos deberes de manera cada vez más fatigosa. Luego, a través de una transformación, comprende que se mentía a sí mismo, a los otros, que su vida era una continua falsificación de lo real. La institución pide que lo siga haciendo porque le interesa el comportamiento manifiesto. Para usar un lenguaje teológico propio de la religión protestante, a la institución le interesan las obras, no la fe. En el estado naciente, en cambio, las simples obras que no son queridas auténticamente no tienen valor, son falsedad, hipocresía. La institución, en cambio, no pide intenciones, sino actos, hechos, cosas; trata los sentimientos y los valores como objetos, como cosas. Cuando digo la institución, digo todos aquellos que no están en el estado naciente. La mujer, el marido; el novio o el amante abandonado piden que él (o ella) se queden a su lado. Saben muy bien que no pueden pedirle «enamórate de mí, ámame apasionadamente». Por ese motivo piden «renuncia al otro y quédate conmigo». Les interesa la presencia física, su ser ahí, su no tener al otro. Lo que siente, dolor, desesperación, no interesa. «Prefiero tenerte a mi lado desesperado, llorando toda la noche, antes que perderte.» En esencia, no me interesan ni tus sentimientos ni tu felicidad, me interesas tú como cosa. Es la *reificación* de la que habla Hegel, la fetichización de la que habla Marx.

Este es el rostro que la institución presenta al estado naciente, rostro terrible, inhumano, que no puede aprehender en sí misma. En efecto, la institución surge también ella del estado naciente. Veremos a

continuación cómo el amor, el pacto, el matrimonio, surgen del enamoramiento. En un cierto punto el estado naciente termina y su lugar es ocupado por la institución. En ese pasaje la institución declara que actúa completamente la experiencia del estado naciente. La misa es la reproducción del sacrificio de la cruz. El catecismo dice que lo es en realidad, realmente. Pero el que asiste a la misa puede revivir o no revivir esta experiencia. Un místico la revive, un distraído no porque piensa en otra cosa; el que no cree observa la misa como un espectáculo más o menos extraño, más o menos aburrido. La misa que en el estado naciente religioso del que nació era el revivir el sacrificio de la cruz (y que vuelve a serlo cuando ese estado naciente se reactiva), como institución asegura reactivarlo sin la participación de los hombres. Todas las celebraciones, las fiestas, las instituciones han nacido —y renacen— a través de los movimientos constituidos por hombres concretos, pero en cuanto institución no tienen necesidad del consenso de los hombres. Si no es revitalizada de continuo por el estado naciente la institución se hace inhumana, reduce los hombres a cosas. Y en esta forma es como el estado naciente la encuentra. Puesto que el estado naciente es su verdad —el enamoramiento es la verdad del amor— la descubre privada de verdad, puro poder, y como la institución no puede ver su verdad en el estado naciente —precario, fugaz, puro devenir— lo descubre como irracionalidad, locura, escándalo.

CAPÍTULO TRECE

¿Cómo se pasa del enamoramiento al amor? A través de una serie de pruebas. Pruebas que nos planteamos a nosotros mismos, que proponemos al otro, quien a su vez nos impone el sistema externo. Algunas de ellas son cruciales. Si se superan, el enamoramiento entra en el régimen de certidumbres cotidianas que llamamos amor, si no, aparece otra cosa: la renuncia, la petrificación o el desenamoramiento.

A veces, según se desarrollan los hechos, estas pruebas se olvidan. Si el enamoramiento se convierte en amor se nos aparecen como livianas, casi como un juego. El pasaje al amor, en nuestro recuerdo, se produce colmando poco a poco los espacios de lo cotidiano a través de la dedicación a ellos, del cuidado. El entusiasmo se apaga suavemente en una afectuosa dedicación al otro. En la realidad, en cambio, esta serenidad es siempre el producto de vicisitudes dramáticas cuyo resultado no se conoce hasta el último momento.

Pero las pruebas se olvidan también cuando el enamoramiento no avanza, o sea, cuando uno u otro o ambos no superan las pruebas que se plantean. En

ese caso no se recuerda haber planteado una prueba sino sólo que el otro no nos ha amado bastante, que en realidad el otro no nos amaba.

Cuando las pruebas se superan, proyectamos hacia atrás en nuestro recuerdo la continuidad del amor que vivimos. Cuando no se superan, proyectamos hacia atrás la continuidad del actual desamor.

El enamoramiento, en cambio, es una sucesión de pruebas. Antes que nada las que nos planteamos a nosotros mismos. Una experiencia típica del enamoramiento es la de poderse «saciar» del otro. Estar enamorado es también resistir al amor, no querer ceder al riesgo existencial de ponerse completamente en las manos del otro. Por eso buscamos a la persona amada, pero también deseamos prescindir de ella. A menudo, en los momentos de felicidad, nos decimos: «he obtenido lo máximo que puedo obtener, ahora puedo perderla y volver a ser como era llevando conmigo sólo el recuerdo; he obtenido lo que quería, ahora basta». Obtener el máximo posible y luego prescindir, en ello consiste la fantasía de la saciedad. En cierto sentido logramos abandonarnos totalmente sólo porque pensamos que es la última vez. De tal modo nos sometemos a la prueba porque, después de la separación, nos damos cuenta que el deseo vuelve y de que seguimos amando, deseando desesperadamente y tenemos necesidad de otra «última vez». La «última vez» se convierte de esta manera en un nuevo comienzo y en la necesidad de un nuevo comienzo. Nos volvemos a re-enamorar porque la persona amada se nos impone como el único objeto auténtico del eros. Es una lucha contra nosotros mismos que perdemos y debemos rendirnos. El hecho de tener que rendirse no impide que la lucha exista y que sea una lucha real. Nuestra separación, que es real, también tiene efectos reales sobre la persona amada porque ésta siente que queremos separarnos y como también ella

se pone a prueba, los dos momentos de alejamiento pueden coincidir. Le siguen períodos de distancia más largos en los que podemos realizar muchas acciones que luego para el otro serán motivo de celos o pruebas de no-amor.

Para poder alejarnos salimos a la búsqueda de motivos para hacerlo. En el comportamiento del otro buscamos todo lo que justifica nuestro alejamiento: signos de que en verdad no nos ama o que no nos ama como lo amamos nosotros, motivos para no creer que pueda amarnos en el futuro. El sentido de todas estas cosas es nuestro miedo a abandonarnos sin ninguna garantía de reciprocidad. El mismo hecho de que el amor del otro se nos aparezca como «gracia» inmerecida que podría no llegar justo en el momento en que más la deseábamos y no podemos prescindir de ella. Por eso queremos prescindir de esa gracia, o tratamos de transformarla en certidumbre de reciprocidad. En los actos del otro buscamos las pruebas de que nos ama, los examinamos como significantes de la reciprocidad de amor: «¿Necesita de mí como yo de él?» El comportamiento del otro es descifrado bajo esta luz para lo que es y lo que será. Antes que en la margarita el «me ama, no me ama» se busca en los comportamientos del otro: «si hace esto quiere decir que... si no hace esto quiere decir que...» Desde las cosas más simples como si llega adelantado o retrasado, hasta el hecho que mire o no mire a otra persona. Pero el significado nunca es límpido. Puede llegar tarde, agitado. ¿Y esto, qué significa? ¿Que se había olvidado de mí o bien que trató de llegar y por eso su atraso es una prueba de amor? Por otra parte, aunque la prueba sea negativa basta una explicación de su parte, una mirada, una caricia para hacerla olvidar, para volver a tener seguridad. La prueba es su sinceridad como sinceridad vivida.

He denominado a todas éstas, pruebas de verdad

No están construidas por nosotros para obtener cierto comportamiento: son pruebas dirigidas a nosotros mismos para saber si amamos o no, para saber la verdad. Pero hay otra clase de pruebas que son verdaderas y exactas preguntas hechas al otro en las que se le pide cambiar, hacer algo que no hubiera hecho. Son las *pruebas de reciprocidad*. En el enamoramiento reorganizamos alrededor de la persona amada todos nuestros afectos precedentes, nuestro trabajo, toda nuestra vida. Querer juntos las cosas que quiere cada uno auténticamente significa tener que cambiar, deber separarse de cosas que antes queríamos, a las que dábamos importancia. Lo que se integre en el nuevo amor y lo que se separe no está, en efecto, establecido *a priori*, es el producto de una continua exploración recíproca. Cada uno quiere integrar en su amor lo más posible y elaborar un proyecto que no coincide con el otro. Cada uno de nosotros pide al otro que reconozca su proyecto. «¿Me amas?» significa por lo tanto también: «¿Aceptas entrar de este modo en mi proyecto?» «Te amo», significa: «Modifico mi proyecto, voy a tu lado, acepto tu pedido, renuncio a algo que quería, quiero junto contigo lo que quieres.» Pero al mismo tiempo te pregunto: «¿Me amas?», y al hacerlo te pregunto: «¿Qué cambias, a qué renuncias?» El «¿Me amas?» siempre es pedir algo que quiero, una renuncia a algo que quieres. El «¿Me amas?» es el pedido de tomarme con toda mi concreción y mis límites y renunciar a los tuyos. El proyecto que cada uno hace para sí implica al otro: es un proyecto de vida también para el otro; es la propuesta de lo que se debe querer juntos. Pero hay cosas que no se quieren juntos, cosas incompatibles, algunas de menos peso que pueden ser renunciadas con facilidad, otras que pueden ser postergadas, otras esenciales. La búsqueda de lo que debe ser deseado por ambos implica un continuo hacer y rehacer pro-

yectos, un continuo buscar otros caminos. Pero también un continuo encontrar puntos a los que no se puede renunciar porque, si no se realizan, pierde sentido hasta el amor: son los *puntos sin regreso*. En los proyectos, hechos y rehechos, estos puntos esenciales se representan siempre como nudos sin resolver que el otro debe aceptar, hacer suyos, insertar estructuralmente en su proyecto porque de otra manera no hay lugar real para él en el mundo imaginario. Es una parte esencial de mí la que pide ser reconocida y aceptada, en cambio él la elude, quiere que yo renuncie, que me rinda a él perdiéndome yo misma, el sentido profundo de mi querer ser nuevo y diferente, vivo. Por ejemplo, dice que me ama, pero no me lleva con él en su vida, me mantiene al margen de su trabajo, cuando viaja no lo hace conmigo, quiere confinarme a la figura de la amante que se encuentra de vez en cuando, de la amante silenciosa que ama en la sombra. El sigue siendo él mismo, no pone en crisis sus relaciones, las conserva todas. Debo ser sólo su refugio secreto, debo reducir mi vida a un esperar que él venga, cuando quiere, de manera compatible con las reglas que se impone. No, esto no es aceptable, esto para mí es no vivir. Para otra mujer podría serlo, como lo fue para mí en el pasado, pero ahora no. Ahora quiero una vida plena. Ahora le pido cosas: «¿Puedo ir contigo?» Mi pregunta es una prueba. Si dice que no, quiere decir que me rechaza allí donde no puedo existir.

Por otra parte, para él, el problema es simétrico e inverso. El sistema de relaciones en el que se inscribe está construido sobre un equilibrio delicado, protegido, ajustado. Un choque brusco puede hacerlo explotar. Necesita tiempo para reorganizar lentamente las cosas, para cambiar de trabajo, para sistematizar económicamente a ciertas personas, para poder cuidar a los hijos de otro modo. En el nuevo amor encuentra

fuerza para rehacer su plan de existencia: es un refugio del que sale reforzado, seguro. Gracias a este amor encuentra fuerzas para modificarse él mismo y modificar la realidad. En efecto, ya ha empezado un nuevo trabajo, ha cambiado de ciudad y costumbres, han empezado las explicaciones; poco a poco estará disponible y libre, pero para hacerlo necesita certidumbres, amor. En cambio se le pide un acto decisivo, una ruptura brusca con el pasado, un arrojarlo totalmente en lo nuevo con el peligro de perder todo lo que ama y quiere reorganizar alrededor del nuevo centro de su vida, su nuevo amor. Pero, si pierde todo, también el centro queda vacío. A la cita sólo podrá aportar un sí mismo mutilado, incompleto, hecho de nostalgia y culpa. El es todo lo que es, y no puede abandonar todas las cosas sin dejar de ser lo que es.

Cada uno ha encontrado un punto sin regreso: cada uno le pide al otro que renuncie a algo esencial, algo que el nuevo amor que quiere ordenar a su alrededor toda la vida en su riqueza ha convertido en esencial. Cada uno pide al otro que renuncie a una parte esencial de sí, a aquello que lo hace plenamente capaz de amar; pide, en una palabra, que destruya su humanidad concreta, que se deshumanice.

En el lenguaje teológico, Dios pide a Abraham la prueba de la deshumanización: deberá matar a quien más ama, su hijo primogénito, Isaac. Es el dilema; la elección entre dos cosas entre las que no es posible una elección, porque cada una implica la deshumanización. El paso del enamoramiento al amor requiere siempre amar a alguno que te pide te conviertas en un criminal. Amar significa tener confianza en el que actúa de manera tal que objetivamente es absurdo amarlo. El paso del enamoramiento al amor requiere que cada uno obtenga la prueba de poder ser amado a pesar de que deshumanice. La prueba (de reciprocidad) es una lucha en la que cada uno pide al otro una

rendición incondicional, la pérdida de su humanidad concreta, la única que conoce. Es una lucha entre gente que se ama, pero siempre es una lucha a muerte. Las imágenes del amor no deben llamarnos a engaño. El que sufre la prueba resiste desesperadamente. Y el que la impone lo hace de verdad, y decide en su corazón que si el otro no la supera no será más su amado. Cada uno quiere ser amado a pesar de que aparezca como un monstruo y diga no, cada uno quiere ser amado a pesar de imponer pruebas monstruosas como condición para decir sí. Pero la prueba es siempre recíproca. En la imagen bíblica, Dios pone a prueba a Abraham, pero al mismo tiempo Abraham pone a prueba a su Dios; en efecto, ¿qué le ocurriría a Dios si Abraham matara a su hijo? Ya no sería un dios de amor, sino un dios cruel, sanguinario. También Moisés es puesto a prueba por su Dios cuando le pide que se arroje a las aguas del Mar Rojo, pero en ese momento también Dios es sometido a prueba porque no puede decir «arrójate» y luego dejar que las aguas aneguen a su pueblo. Un Dios que actuara de esa manera sería engañador, demoníaco.

La clave de la solución reside en que el punto sin regreso se pide pero no se exige; es un cheque que no se cobra. Abraham está por matar al hijo, pero Dios no exige el sacrificio. Ambos han superado la prueba y han tenido la demostración, pero ambos han cumplido una renuncia esencial, han encontrado y reconocido un límite insuperable. El amor se hace posible sólo cuando el punto sin regreso del otro es tomado como propio límite auténtico, querido como propio auténtico límite.

Cuando esto se produce tenemos *el pacto*. Cada uno sabe lo que el otro no le pedirá lo que no puede pedirle. Esta certidumbre, encontrada en la desesperación, constituye el punto firme de la confianza recíproca: *la institución de reciprocidad*. Sé que amo y

no puedo no amar, sé que tengo un límite que no puedo no tener y lo acepto.

El amor surge alrededor de una *institución*, un pacto, y éste aparece alrededor de un límite, en el reconocimiento de que no todo es posible, sino que existe lo imposible. Por eso el amor es siempre amor por lo que no se quiso, una alternativa de vida a la que nos habíamos opuesto.

El proceso descrito no se produce una sola vez, sino muchas veces; y cada vez encuentra la desesperación y termina en un pacto. Las nuevas certidumbres se convierten en el punto de partida para reorganizar la existencia cotidiana.

No hay reglas para saber si un enamoramiento se convierte en amor, si el dilema es insoluble o no. Los planes de vida pueden ser tan diferentes como para no admitir compromiso. Cada uno exige la deshumanización del otro: si la obtiene lo pierde y si no la obtiene es igual. Y esto es tanto más probable cuanto mayor es la diferencia, cuanto más perturbante es el enamoramiento. Perturbante, en efecto, significa que muchas cosas deben trastocarse, reorganizarse, rehacerse. El enamoramiento más intenso es el que pone en juego más existencia, más riqueza, más responsabilidad, más vida. El enamoramiento es una revolución: cuanto más complejo, articulado y rico es, más terrible es el desarrollo, más difícil, peligroso y riesgoso es el proceso. A menudo se enamoran dos personas, una de las cuales tiene una gran riqueza de existencia, la otra una gran posibilidad de cambio, porque tiene menos vínculos. Es el caso frecuente de una persona casada y otra no casada, de una adulta y una joven, de una (política o religiosamente) comprometida y otra no comprometida. Para la que tiene más vínculos, deberes, cosas para integrar y cambiar, el enamoramiento es más trastrocador. Pero la otra la ama justamente por esa complejidad que da peso y

sentido a su capacidad de cambiar, de proyectar una existencia nueva, a su deseo de poder. Justamente esta diversidad, esta naturaleza trastrocadora hace más difícil que se transforme en amor estable, en serena y duradera convivencia. Es más fácil que se produzca amor cuando las dos personas se encuentran en una situación más equilibrada, cada una con pocos vínculos (como los jóvenes o los adolescentes) o bien cuando ya han roto muchos vínculos. Pero, paradójicamente, también en este caso el enamoramiento es menos intenso porque su tarea revolucionaria es menor; a veces hasta no debe revolucionar casi nada. En esto el enamoramiento es perfectamente análogo a los grandes movimientos colectivos. Hay movimientos colectivos que comprometen en profundidad un sistema social, que lo hieren con guerras terribles sin que surja un nuevo y más estable poder. En cambio, hay movimientos que en poco tiempo terminan con la toma del poder. La reforma protestante fue un movimiento profundo, que envolvió a toda Europa, pero no fue ninguna toma de la Bastilla o del Palacio de Invierno. Un enamoramiento puede marcar, comprometer profundamente la existencia de una persona o de dos personas sin crear un amor. Y en cambio, un amor puede surgir sin un enamoramiento envolvente, sino de un encuentro sereno, del placer de estar juntos, del poder establecer con facilidad ese querer conjunto, lo que quiere cada uno y el pacto que lo institucionaliza.

El enamoramiento, como todo estado naciente, es una exploración de lo posible a partir de lo imposible, una tentativa que hace lo imaginario para imponerse sobre lo existente. Cuanto más grande es la tarea y más largo el viaje, menos probable es la llegada. Su historia, entonces, se reduce a la historia de ese viaje o sus avatares, de las luchas sostenidas, sin que exista un muelle, un puerto feliz.

CAPÍTULO CATORCE

En el enamoramiento, en general, no hay celos. Entonces, cuando aparecen, ¿qué significan? En el enamoramiento descubrimos algo que vale más que cualquier otra cosa; descubrimos amar y querer en su individualidad, en los detalles de su ser a otra persona. Sentirse correspondidos significa advertir que lo que somos, por pobre que lo consideremos en comparación con lo que son y valen los otros, tiene valor. Lo tiene porque se lo otorga la persona amada, la que encarna en sí todo potencial valor. Ninguno de nosotros imagina ser el más bello, ni el más inteligente del mundo. Ninguna de nuestras virtudes, medidas con el metro del mundo, nos hace preferibles a los otros. Frente a cualquier criterio de valor mundano lo que somos es siempre muy poca cosa. Pero nos queremos a nosotros mismos, nos apreciamos, porque sentimos que en profundidad *hay en nosotros un valor, una unicidad insustituible*. En el enamoramiento esa unicidad es reconocida. El amado, al amarnos, ama esa inconfundible unicidad nuestra. Aun cuando nos pida que cambiemos reconoce nuestra unicidad y el cambio que pide es sólo una nueva expan-

sión de esa unicidad, su florecimiento, pasar de la potencia al acto. Al igual que nosotros en el amado encontramos un detalle, la curva de la boca, el olor o el perfume que usa, la forma del seno, la curva de las caderas, las manos, el modo de mirar, cierto vestido, las cosas que le gustan, los libros que lee, también él encuentra en nosotros algo que simboliza lo más bello. Y esto nos hace felices. Si a nuestro amado le gustan también otras cosas: viajar o quedarse, contemplar o hablar, tratamos de que nos guste con él, de compartirlo con él. Los celos son la interrupción de este proceso, su vuelco hacia el exterior. Celoso es el que se da cuenta —con razón o sin ella, por ahora no importa— que la persona que ama encuentra en otro algo de la misma naturaleza que lo que encuentra en ella: un detalle o un gesto, una habilidad o una cualidad. Me divierte, me alegra, es hermoso, joven, o bien, es inteligente. Los celos se presentan como descubrimiento de que la persona que amamos se siente atraída, fascinada por algo que yo no tengo y que en cambio tiene otro. No son celos de una cosa, un animal o una profesión, sino sólo de otra persona que, a nuestros ojos, tiene algo que ejerce una fascinación irresistible sobre la que amamos, una atracción del tipo que ella ejerce sobre nosotros y que, si nos amase por completo, ejerceríamos sobre ella. Los celos significan descubrir que el amado depende para la realización de sus deseos de algo que otro posee y que nosotros no; que el otro, no nosotros, dispone de algo que tiene valor para él. Los celos se revelan también como debilidad de la persona amada con respecto a cosas que no deberían tener valor y que en cambio lo tienen para ella. Por ejemplo, le gustan los coches y le fascinan los pilotos. Yo, que no lo soy, yo que justamente a través del enamoramiento he descubierto que ser piloto no tiene valor (y no puede tenerlo porque yo no lo soy) siento la relación trastrocada. Esta

propensión de la persona amada hacia lo que yo no tengo, hacia algo que no debería tener valor, se lo quita a lo que soy y anula por completo mi valor. El enamoramiento es invadido por algo exterior, por un poder extraño que anula los criterios de valor. Por eso anula el enamoramiento como hecho bilateral. Por eso los celos no pueden existir en el enamoramiento bilateral porque no puede haber nada exterior capaz de ejercer una atracción de este tipo. El mundo externo es contingente y no puede prevalecer sobre lo real, lo efímero no puede prevalecer sobre el ser. Puede surgir como duda, como fisura que se ensancha en los momentos de alejamiento, sobre todo como justificación para nuestro deseo de alejamiento. «No vale la pena intentarlo, desea otra cosa, yo no tengo nada que darle.» Pero esta duda se resuelve muy pronto por el reconocimiento recíproco. En el estado naciente no puede haber ningún valor externo superior al del amado y la amada. En el amor bilateral los intereses del amado, su correr al encuentro de las cosas, su gentileza con las personas, su éxito, se vuelven cualidades que lo hacen amable, confirman su valor y por lo tanto también su sinceridad, su transparencia, su ser lo que es. Sólo adquieren un significado negativo cuando esa actividad, ese encuentro con otra persona, ese éxito, se convierten en un obstáculo para el encuentro de los planes de vida, en señales de una divergencia del proyecto. Pero aun en ese caso no son celos. Hay una tristeza porque nos sentimos descuidados, porque han desilusionado nuestras demandas, porque el futuro se nos aparece impracticable, porque debemos elegir un cambio. Pero estamos en el campo de las pruebas de las que hemos hablado antes, no de los celos.

Si en el enamoramiento aparecen los celos, entonces significa que uno de los dos, en realidad, no quiere enamorarse o no está enamorado. Si los celos son inmotivados —porque el otro está realmente enamo-

rado— entonces significan nuestro miedo, nuestro no querer amar, nuestro no querer creer, nuestro no querer abrirnos a la confianza del estado naciente. El amado en realidad, no encuentra nada de irresistible en el otro o en los otros; no tienen poder sobre él. Percibimos este poder porque no tenemos confianza en nuestro yo, no creemos en el valor de nuestra individualidad. Nosotros, no él, hacemos comparaciones con el mundo, no le aceptamos como criterio de valor lo que pertenece al no valor y a la contingencia. Hay personas tan inseguras de sí mismas, tan dolorosamente probadas por la vida que ya no pueden creer en su valor como individuos. Participan de las experiencias extraordinarias del estado naciente, pero no creen poder ser objeto de ellas. El carisma sólo existe en otras personas. En los celos sólo reconocen en los otros lo que no pueden reconocer en sí.

Pero existe el caso del enamoramiento unilateral, cuando existe el que ama de verdad y el que no ama. El que no ama entonces puede sentirse atraído por otro, por algo que tiene otro y que el que ama no tiene. En este caso, al comienzo, la persona enamorada no siente celos. Puesto que se encuentra en el estado naciente no puede comprender que otra persona tenga algo dotado de valor a los ojos de su amado: el mundo para él sigue siendo contingente. Siente que la persona amada es atraída por algo que carece de valor, que desea algo sin valor. Pero justamente porque no tiene valor no se preocupa mucho, tiende a descuidarla hasta el momento en que se plantea el único problema que cuenta: la persona que amo ¿me ama o no me ama? Si estas cosas son importantes para ella, si esa persona le es indispensable, si la prefiere a mí, entonces quiere decir que no me ama. Tendrá hacia mí, afecto, ternura, le gustará mi compañía, mi cuerpo o mi inteligencia, pero no me ama. La fuerza del estado naciente aún está totalmente viva; no

duda de las cualidades de su amor y por lo tanto de sí mismo; duda de la cualidad del amor del otro y debe elegir si continúa amándolo sin esperanza o trata de no amarlo: apartarse de él aunque sabe que lo ama aún y por lo tanto afrontar el terrible período de la pérdida del objeto de amor, el *suicidio psíquico*. Primero tratará de luchar, de conquistarlo con la fascinación, con todo cuidado y sumisión, cambiando él mismo de todas maneras pero cuando comprende que el otro no lo ama no puede más que empuñar la espada de la separación. La fuerza que le queda le permite cortarse las manos que se extienden hacia el amado, cegarse los ojos que lo buscaban por todas partes. De a poco, para no desear a quien ha amado, deberá encontrar en él razones para desenamorarse, deberá tratar de rehacer lo que ha vivido cubriendo de odio todo lo que ha sido. El odio será su tentativa de destruir el pasado, pero es un odio impotente. El pasado ahora se ha convertido en el «así fue» inaccesible a la voluntad. Con la elección del abandono las fuerzas extraordinarias del estado naciente dejan de operar de inmediato. Debió cumplir la culpa absoluta que consiste en destruir aquello que es el fundamento de todo valor, de toda esperanza. Entonces en él cesa todo deseo, y el yo, que perdió la dimensión ontológica, vuelve a ser impulsado al universo de las apariencias. Ya nada tiene valor ni sentido. Para actuar sólo puede copiar los gestos cotidianos de los otros como los ve, repetir lo que sabe, experimentar sentimientos que había aprendido, decir palabras desprovistas del contenido: es la *petrificación*. Un único sentimiento verdadero, profundo, y que tiene el doloroso carácter de la autenticidad es la *nostalgia* de una realidad perdida. Y para defenderse de la nostalgia se ve obligado a combatir con el pasado, a alimentar en sí el resentimiento y el odio. Había conocido el bien, el ser que dice sí; y entonces el mal era

sólo no ser. Ahora debe *construir el mal como ser*, el ser que dice no, el mal como potencia de lo negativo.

Y llegamos ahora al último problema. ¿Una persona que está enamorada de otra se verá más dolorosamente afectada si ésta le dice que está enamorada o bien que le gusta otro, o ninguno en particular pero que, sin embargo, lo prefiere? Con seguridad el segundo caso. En efecto, no debemos olvidar que la estructura categorial del estado naciente es la misma aunque el objeto de amor sea otro. Por eso la persona enamorada se ve llevada de inmediato a reconocerse en otra persona enamorada, aunque ésta la deje por otra. Comprende en profundidad su amor y aunque experimente dolor, la respeta. Su mismo enamoramiento la lleva a comprender, a tener simpatía, a querer su felicidad. El acontecimiento a través del cual la pierde tiene para ella los caracteres de la necesidad ontológica. Sabe que ya no hay en juego ninguna voluntad. Entonces pensará en el suicidio para liberarse a sí mismo y al amado de un peso intolerable. Si en cambio tiene otras personas queridas realizará la elección de vivir dándose en favor de aquellos a los que quiere. En la imposibilidad de dar vida a lo nuevo, de obtener algo para sí, tratará de darle algo de la vida que saboreó a ellos. Aun en ese momento está inserto en la energía extraordinaria del estado naciente, tiene en sí, aunque en la angustia de lo imposible, una fuerza oblativa extraordinaria. Quiere la felicidad del que está enamorado y se retira para dejársela; quiere la felicidad del que ama y se la entrega él mismo. La fuerza extraordinaria le permite el último acto heroico: *darle a otro el origen de su vida y su esperanza*. Luego la energía extraordinaria desaparecerá y se producirá la petrificación.

Veamos en cambio el otro caso, aquel en el que la persona amada, de improviso, dice: «Antes que hacer el amor contigo lo hago con el primero que pase.» Lo

afectado entonces es el fundamento mismo de su amor y de su valor. Entonces el alma es invadida por una tristeza infinita porque todo lo que tiene valor es negado, y todo lo que no tiene valor exaltado. Confrontados los dos mundos, el de la realidad, el del ser, y el de la apariencia, el amado elige el de la apariencia, desprecia e insulta el otro. Lo que era sagrado se vuelve contra lo sagrado y cumple el sacrilegio más infame. Ningún amor puede terminar de peor manera porque, después de las dolorosas fases de la petrificación y el odio, ya no podrá haber nostalgia de la persona, sino sólo del estado de amor como algo ensuciado por alguien que será indigno para siempre.

Los celos, el no lograr dar al amado algo que cualquier otro, en cambio, puede darle son tanto más probables cuanto mayor es la distancia entre las dos personas, cuanto más diferentes son sus mundos y costumbres. Pero hay casos en los que los celos aparecen porque en el enamoramiento mismo existe un límite que ninguno de los dos puede superar. Por ejemplo en el enamoramiento homosexual. La fenomenología del enamoramiento homosexual es en un todo idéntica a la del enamoramiento heterosexual. Las categorías del estado naciente, en efecto, son las mismas. Al leer un escrito de amor, por lo tanto, no puede saberse si es homosexual o heterosexual, porque la naturaleza del enamoramiento es idéntica. El reciente y hermoso ensayo de Roland Barthes,⁷ quien era homosexual, toma sus ejemplos y su lenguaje de la literatura universal sobre el amor y habla directamente a cualquier persona enamorada. En el enamo-

7. Roland Barthes, *Fragments d'un discours amoureux*, Ed. du Seuil, París, 1977.

ramiento homosexual hay algo sin embargo que hace más difícil el pasaje a la institución, es decir, al amor. Por un lado las resistencias de la sociedad, la cultura y el desprecio de éstas. El enamoramiento heterosexual es una figura a la que se reconoce movimiento. La cultura, al menos en ciertas situaciones, prevé instituciones para asegurar la transición al amor, por ejemplo, el noviazgo. No sucede así con la homosexualidad que es más duramente afectada por el desprecio y reducida aún más duramente a pura sexualidad animal. La presión cultural es tan fuerte que los mismos homosexuales tienen un gran pudor en hablar de enamoramiento y a menudo son ellos mismos los que, como mecanismo de defensa, exasperan el lenguaje de la vulgaridad. Pero el motivo más profundo que hace el enamoramiento homosexual más difícil, más espasmódico y en no pocos casos, más atormentado por los celos, es el hecho de que no puede convertirse en estable amor de pareja a través de un hijo. Es un enamoramiento que excluye *a priori* el generar un hijo. Cada uno de los dos enamorados puede tener un hijo con una persona del otro sexo. El homosexual siempre siente, en el fondo, ese peligro, esos celos. Recordemos que la homosexualidad, sobre todo en los jóvenes, es a menudo una experiencia breve. El que ama a un joven siente que su amado, un día, puede desear a una persona del otro sexo y sobre todo querer un hijo que él no puede darle. La presión de la cultura, el hecho de estar siempre acosado, en el fondo, por el otro sexo, el hecho de no poder dar un hijo, hace que el enamoramiento homosexual tienda a menudo a permanecer como tal, como enamoramiento, sin lograr convertirse en amor sereno, duradero. Por eso siempre tiene en sí algo de ansioso, de triste, capaz de inspirar —en algunos casos— una bellísima poesía.

CAPÍTULO QUINCE

Mucha gente cree estar enamorada cuando en realidad no lo está en absoluto. Puede tener un fuerte interés erótico por una persona, pensar continuamente en ella, pasar horas felices a su lado y al cabo de cierto tiempo, perder este interés porque en el fondo se siente satisfecho. O bien puede unirse a una persona y desearla intensamente porque los otros la admiran. La posibilidad de ser amada o más bien preferida, la halaga, le hace experimentar un deseo y una ebriedad que se llama amor. En otros casos el motor es una desilusión, un amor envenenado por los celos y el desasosiego que le induce buscar un sustituto, alguien con quien probar un nuevo amor. Otras veces es el deseo de poder, el éxito, el ser admirados y envidiados al lado de una persona rica o poderosa. En otros casos es el deseo de escapar del aburrimiento y la trivialidad: las vacaciones, al crear una ocasión diferente y extraordinaria de vida, predisponen a una experiencia extraordinaria, algo que, sin embargo, no puede ir más allá de ese espacio y ese tiempo. La persona admirada y adorada en las vacaciones cuando se la vuelve a ver en la vida cotidiana aparece falsa

y desvaída. El enamoramiento es una revolución de las bases estructurales cotidianas, no unas vacaciones de las mismas. Otras veces lo extraordinario aparece con la forma de alguien que viene de lejos y se queda poco tiempo. Como sabemos que se marchará, un poco como en el caso de las vacaciones, nos podemos «enamorar a término» aceptando que la experiencia no tendrá continuidad. Podríamos señalar otros ejemplos, pero en este caso sólo sirven para explicar por qué cierta gente se desenamora con tanta facilidad. En realidad nunca se había enamorado, había usado el lenguaje del amor-pasión, del estado naciente, para hacer más plena y entrañable una experiencia que de otra manera habría sido insípida. Estos «amores» tienen con el enamoramiento la misma relación que la fiesta con la revolución. La fiesta se caracteriza por los excesos, por el trastrocamiento de lo cotidiano, es transgresión, está traspasada por el sentido de lo excepcional y lo extraordinario. Pero lo que la distingue de una revolución es que no incide en las estructuras sociales. Todo lo que en la revolución es riesgo, aquí está previsto, calculado. La fiesta tiene un comienzo y un fin prefijados, tiene reglas probadas, todo lo que pasa en ella se desarrolla dentro de límites institucionales, es un «como si», no puede alterar las estructuras sociales. Una vez terminada la fiesta se terminó todo. Así oímos decir a la gente que se ha enamorado de tal y luego de tal otra persona, que se enamoró todos los meses, todos los años. En realidad el enamoramiento, como toda transformación radical en la vida, puede aparecer sólo una vez o nunca.

Esta proliferación de la palabra amor nos explica también por qué son tan frecuentes los enamoramientos en los que uno ama más que el otro. Casi siempre, en estos casos, el encuentro se produce entre una persona que se enamora verdaderamente, que entra de verdad en el estado naciente, mientras la otra se arro-

ja en la aventura por atracción erótica, admiración, venganza, desilusión, prestigio, celos, vacaciones, o por cualquier otro motivo, pero sin que existan las precondiciones del enamoramiento. Hemos dicho antes que el estado naciente tiene la propiedad de comunicar su entusiasmo y su lenguaje al exterior. La persona enamorada da a la otra su lenguaje y la arrastra a su estado. De tal manera refuerza en la otra la ilusión de estar enamorada. La persona realmente enamorada, que actúa con espontaneidad y de verdad, tiende a atribuir a la otra su mismo comportamiento espontáneo y totalmente sincero. Si la otra quiere entrar en el juego puede hacerlo. Basta con ser afectuosa, decir pequeñas mentiras. ¡Es tan fácil tranquilizar a la que está realmente enamorada! Justo por el hecho de ser menos espontánea, más controlada, justo por que guía y manipula las cosas, la persona que no está enamorada está en condiciones de captar todas las debilidades, las torpes tentativas de placer, la ingenuidad de la que ama. Esta persona no ve el enamoramiento con la mirada transfigurada por el amor, sino con los ojos fríos y lúcidos de lo cotidiano. Esos excesos de pasión, esa tensión desesperada, esa continua necesidad de asegurarse y al mismo tiempo esa increíble crueldad, a la persona que no ama le parecen exageraciones infantiles, pruebas de escasa madurez. El hecho que la otra reelabore continuamente el propio pasado, cambie explorando lo posible, le da la impresión de algo superficial, poco sólido. Sus crisis le parecen histerismos, su dilema de no saber qué quiere, debilidad de carácter.

Si la que ama es además un espíritu creativo sus creaciones de lo imaginario en las que continuamente la existencia se transforma en fantasías, en símbolos, en poesía, le dan la impresión de megalomanía y artificio. En una palabra, la que no ama encuentra que la persona de verdad enamorada es inconstante, du-

bitativa, ansiosa, crédula, exagerada, megalómana, y, en el fondo, salsa. Si la quiere le propondrá su proyecto de vida de manera lineal, ignorará las dudas, los dilemas y considerará las dudas y los dilemas de la otra como fantasmagorías morbosas. Si se irrita se lo reprochará y le pedirá que elija con claridad y que no pierda tiempo en charlas. Mientras tanto le oculta sus verdaderos pensamientos y dudas, actúa como si la otra persona no pudiera ser sensata y un buen día, cuando encuentra su compañía demasiado aburrida o demasiado dramática, busca pretextos para poderse lo reprochar, lo acusa de desatención, de no ser capaz de comprenderla. Sobre esta base, finalmente, le dice que no pueden continuar porque no se siente amada como desea mientras busca alguien que lo sepa amar «de verdad». Esta es la forma más frecuente de «desenamoramiento». La revelación de algo que nunca existió.

Aunque también hay casos en los que verdaderamente se da un enamoramiento bilateral. La persona que se desenamora es entonces la que, en silencio, había elaborado un proyecto propio y, siempre en silencio, planteó «pruebas» y consideró probadas las demandas del otro. Ya que todo se realizó *en silencio*, el otro nunca comprendió su alcance. Hasta tal extremo había superado el punto sin retorno y se había presentado como un criminal; amar a alguien así es perderse a sí mismo. Por silencio entiendo no sólo la naturaleza del proyecto, las dudas, no revelar los propios pensamientos, sino sobre todo no revelar la propia *desesperación* cuando se alcanza el punto sin retorno. El que ama, en efecto, se da cuenta que el amado ha encontrado el punto sin retorno de su desesperación, y entonces se detiene. Pero hay personas que viven sus propios sentimientos como una debilidad: revelar la propia angustia, la propia desesperación, significa para ellos ponerse a merced del otro.

Así, cuando se ven enfrentadas a un punto sin retorno, no hablan, no explican, no suplican, no se desesperan. El otro entonces no comprende y es natural. ¿Puede decirse que esta falta de confianza, este temor a manifestar las propias emociones es un signo de que esa persona no estaba en estado naciente? Es cierto que expresa una fuerte resistencia al abandono, una necesidad de certezas y seguridad que tiene poco que ver con el enamoramiento, pero también juegan experiencias personales, desilusiones y, a veces, la falta de ocasiones. Todos tratamos de defendernos del enamoramiento, pero en este caso la defensa está más acentuada y logra su fin. Por eso la prueba es dolorosa y sincera. El fallo de la prueba lleva a la petrificación, al odio, a la nostalgia. Sin embargo, la situación es diametralmente diferente de la descrita en el capítulo anterior. La otra persona, en efecto, sigue amándola. Cada vez que esta persona se siente totalmente vacía le llega el sonido de sus palabras y sus cartas, recibe su gentileza doliente, pero siempre al alcance, solícita, ansiosa. Siempre puede dar un paso atrás, aliviar su dolor. Vive la experiencia de la soledad, pero puede soportarla con más facilidad porque el otro sigue enamorado de ella, le da continuamente pruebas de amor —insuficientes, por cierto, porque ahora ya ha decidido qué quiere— siempre dulces. Ya no ama porque no tiene más confianza, pero le da placer sentirse amada y, sobre todo, le da placer sentir que tiene un poder sobre el otro. Un enorme poder con el que le obliga a aceptarlo como es, un poder con el cual al humillarlo, se libera de su pasado, se predispone a buscar otra cosa, a ver otras cosas, hasta un nuevo amor. El amor del otro, amor sincero y profundo y cada vez más desesperado, es usado para reforzarse a sí mismo hasta el punto en que ya no lo necesite. Esto es en esencia el verdadero «desenamoramiento». La tentativa de separación se cumple, las

pruebas se plantean durante bastante tiempo, se llega a la decisión solitaria de abandono. La separación de la persona amada se produce cuando ella está aún allí y enamorada. Sobre esa persona indefensa se ejerce el áspero poder de la venganza, tarea fácil porque el otro tiene una enorme capacidad de soportar. Cuando, desesperado, comprende y se separe, para él significará la total petrificación. El «desenamorado», en cambio será libre.

CAPÍTULO DIECISEIS

El enamoramiento, que es la aparición de lo extraordinario, puede terminar en la trivialidad. Recordemos que es al mismo tiempo, necesidad de fusión y de individualización; es buscar lo esencial para ambos, pero los dos proyectos individuales son diferentes, chocan. El enamoramiento se alimenta de esta tensión de lo diferente que debe hacerse único. El enamoramiento obliga a cambiar precisamente porque las dos personas son diferentes y quieren manifestar plenamente su personalidad, realizar lo que en profundidad sí desean y al mismo tiempo quieren hacerlo juntos. El enamoramiento es buscar el sentido del propio destino. En este encuentro-desencuentro de proyectos uno de los dos puede tener dentro de sí algo que otras veces ya trató de realizar y falló. Al retomarlos vuelven a despertarse en él las ansias, los mecanismos de defensa, los miedos que ya conoce. Quiere pero al mismo tiempo teme y trata de rodearse de todas las precauciones. Quiere la diversidad del otro porque es justamente la diversidad que lo atrae por cuanto le abre modos de vida nuevos, pero al mismo tiempo trata de limitarla para asegurarse. Esa

vitalidad que irrumpe le da miedo. La quiere, pero contenida. En todo enamoramiento el otro aparece siempre rico en una vida superabundante. En efecto, es la encarnación de la vida en su crearse, en su impulso, el camino hacia lo que nunca se ha sido y se desea ser. El amado es siempre una fuerza vital libre, imprevisible, polimorfa, como un estupendo animal salvaje extraordinariamente bello y extraordinariamente vivo, un animal cuya naturaleza no es ser dócil sino rebelde, no ser débil sino fuerte. La «gracia» de la que hemos hablado es el hecho milagroso de que semejante criatura se vuelva suave con nosotros y nos ame. El amado atrae, gusta precisamente por ser fuerza libre y liberadora, pero también imprevisible y temible. Y es así que, en el proceso de las «pruebas» que llevan al amor, el más temeroso de los dos plantea como pruebas límites, pequeñas renunciaciones tendentes todas a hacerlo dócil, seguro e inocuo. El otro, poco a poco, lo acepta. Tenía amigos y renuncia a salir con ellos, viajaba y se queda en casa, amaba su profesión y la descuida para dedicarse al amado. Para no perturbar al amado, insensiblemente, separa de sí todo lo que pueda perturbarlo. Son muchas pequeñas renunciaciones, ninguna grave, ninguna que supere el punto sin retorno. Renuncia por su voluntad, cambia su comportamiento de buena gana porque desea que su amado sea feliz, trata de ser como él lo quiere. Poco a poco se hace *doméstico*, disponible, siempre atento, siempre reconocido. Igual que el estupendo animal salvaje se reduce a un animal doméstico, las flores tropicales, arrancadas de su ambiente, se marchitan cuando se las coloca en un pequeño vaso junto a la ventana. Y el otro, que había pedido esa transformación porque quería sentirse tranquilo, porque tenía miedo de lo nuevo, termina por no encontrar en él lo que había buscado y hallado. La persona que tiene delante ya no es la de antes, aquella de la que se ha-

bía enamorado justamente por ser diferente y estar viva. Le había pedido que se moldeara sobre sus miedos y ahora se enfrenta con el resultado de sus miedos, su nada, y ya no lo ama. Es frecuente entre los hombres adultos, que cuando se enamoran de una muchacha joven se enamoren de su juventud, de su posibilidad, pero como la temen, le piden que renuncie al trabajo, a los amigos, a ser coqueta y brillante, y la convierten en un ser servicial y agotado y acaban descubriendo que desean a otra muchacha joven, la que han destruido. El ejemplo no está elegido al azar porque son sobre todo las mujeres las que sufren esta violencia y se adaptan a este papel. Deseadas mientras son libres, porque expresan la fuerza de la libertad, se ven luego encerradas entre las paredes del hogar, en los harenes, por infinitos límites, rodeadas por unos celos que son sólo miedo de querer lo que se quiere. Estas mujeres se ven obligadas a convertirse en lo trivial cotidiano, el lugar donde termina —por definición— no sólo el enamoramiento sino hasta el amor.

La necesidad de trivializar al otro, de quitarle la especificidad y la diversidad, de arrancarle las fuerzas vitales existe también en la mujer. En parte, lo ha aprendido del hombre a través de los siglos. Obligada a convertirse en animal doméstico, para defenderse no puede hacer otra cosa que imponerle al hombre su misma suerte. La inseguridad profunda le hace buscar seguridades fáciles, controlables y nada más fácil y controlable para quien ya no tiene impulso vital que repetir lo idéntico, lo ya conocido. Así ocurre que a menudo los dos, espantados por haber querido vivir intensamente, se inclinan con rapidez hacia el aburrimiento, el rencor y el desasosiego. Directamente van a su encuentro imaginando hallar, a través de mil garantías y límites ese «vivieron felices y contentos» que no existe, se decepcionan, pierden la ilusión y optan

por cultivar en la fantasía todo lo que tenían en sus manos y han destruido.

Esta es quizá la modalidad más frecuente en la que se apaga un enamoramiento. Pero existen otras: lo que es bello en lo extraordinario se vuelve insoportable en lo cotidiano. Muchas personas se enamoran de alguien apreciado socialmente, un cantante o un pianista, un púgil o un instructor de esquí, o un escritor. Tomemos el ejemplo del pianista. Lo extraordinario en este caso, reside en el éxito musical, en el mundo que rodea a esa actividad, el mundo del espectáculo, algo que socialmente es extraordinario. Pero vivir con un pianista es otra cosa. Y esto es válido para todas las profesiones de este tipo porque en la intimidad están hechas de disciplina, pruebas, de la continua búsqueda de un nivel, un resultado, una perfección. El público no ve toda esta búsqueda y esta rutina y al comienzo tampoco la ve el enamorado: está impresionado por el resultado y no piensa en ese trabajo humilde, oscuro, cuya necesidad deberá comprender y en la que deberá aprender a participar sin ser el protagonista. Por eso la desilusión es muy fácil. Pero éstos son fenómenos que se verifican aun frente a cualidades no profesionales. Algunos hombres, por ejemplo, se sienten atraídos por mujeres vivaces, emprendedoras, brillantes, activas y luego descubren que los perturban y los dominan. Otros se enamoran de mujeres maternas, solícitas, que se hacen cargo de ellos como de un niño, y luego se sienten controlados como niños. Muchas mujeres se sienten atraídas por hombres gentiles que luego resultan ser débiles, otras por hombres rudos que resultan brutales y obtusos. El exceso, tomado como extraordinario, acaba siendo después exceso a secas.

Examinemos ahora otro caso planteándonos una pregunta que muchos se hacen. ¿Es verdad que nos enamoramos más fácilmente del que opone resistencia, del que se hace desear? ¿Es verdad que si debemos elegir entre dos personas no elegimos a la que nos ama y sí en cambio nos enamoramos de la que nos rehúye? Es una idea muy difundida que en parte corresponde a la verdad, pero sólo en mínima parte. Su verdad reside en lo siguiente: el enamoramiento busca lo diferente y lo extraordinario. Una persona que está a punto de enamorarse profundamente, difícilmente se enamorará de otra que desde hace tiempo está enamorada de ella y la corteja; ya la conoce, ya exploró esa alternativa. Por eso el estado naciente como exploración de lo posible no puede reconocerse en ella porque ya forma parte del pasado, de la contingencia. Elegiré esta solución sólo si queda desilusionada de su búsqueda, si no ve recambio, sólo entonces volverá a su pasado refugiándose en la persona que ya la amaba, segura de encontrar en ella esa disponibilidad y esa comprensión que no encontró en la otra. Pero no se enamoró de la otra persona porque se fue sino sólo porque era nueva, diferente, desconocida, abierta a lo posible. Al volver a la persona que ya lo amaba renuncia a la exploración de lo posible y por lo tanto, esencialmente, al enamoramiento. Al actuar así no vuelve a enamorarse; puede creer que está enamorado, puede quererla, tal vez puede vivir con ella toda la vida, pero se trata de amor, no de enamoramiento. Si se convence de estar enamorado, después de cierto tiempo descubrirá que ya no lo está. En realidad descubre lo que ya era verdad antes y que había tratado de no saber.

Pasemos ahora al último caso de enamoramiento que se extingue. Es el caso en que alguien ha superado, tal vez sin darse cuenta, el punto sin retorno. Nadie sabe dónde se encuentra ese punto, el único signo

es una rebelión interna, la desesperación, el anticipo —a veces por pocas horas— de la petrificación. Pero puede suceder que el punto sin retorno se oculte, se aleje de la mente en un ímpetu de generosidad, o bien que el otro deje entender que, un día, cambiarán las cosas. Pensemos ahora en una mujer que trabaja, que ama su profesión mientras el hombre que ama le pide que la deje porque, debido a su trabajo, necesita desplazarse a otro sitio, donde no hay trabajo para ella. En un caso de este tipo la mujer puede renunciar esperando que luego le sea posible retomar su trabajo. Puede decirle que se trata sólo de un breve período y que luego todo cambiará. No importa cómo, el punto sin retorno ha sido superado, la mujer deja su trabajo, su carrera, sigue a su hombre y luego se da cuenta, de a poco, que ya no tiene intereses, ni fuerza vital, que desea cada vez más lo que ha dejado. Su enamoramiento se extingue.

A veces es la vida la que con sus sacudimientos hace aparecer como punto sin retorno cuanto había sido puesto entre paréntesis o postergado. Una mujer puede haber deseado profundamente un hijo y, para no destruir su amor, renunciado a él postergándolo para otro momento. Pero luego a su alrededor se suceden los acontecimientos: muere su padre, su madre, se da cuenta de que envejece y entonces, frente al poderío de lo negativo, su capacidad de crear la vida asume un nuevo valor. Tener un hijo significa desafiar a la muerte. Lo que antes había sido postergado se convierte en urgente, en un elemento esencial del proyecto. El pacto —del que surgió el amor— se replantea o, mientras tanto, vuelve a surgir el dilema y esta vez sin posibilidad de remisión. Su necesidad esencial pide ser comprendida y aceptada; si no se la escucha, el amor, lentamente, se apaga frente a la que ahora se ha convertido en una incomprensión intolerable, un injustificado egoísmo. Empieza el reexamen del pasado, el cálculo

de lo que se dio (tanto) y de lo que se recibió (nada), el amor muere en el resentimiento y desaparece hasta su recuerdo. En el curso de la vida la aparición de puntos sin retorno es mucho más frecuente de lo imaginable. Cosas que parecían secundarias se demuestran esenciales. En estos casos se produce algo así como un adormecimiento lento del amor. En realidad, considerándolo con más atención, encontramos en cambio el dilema que resurge y una subterránea desesperación.

CAPÍTULO DIECISIETE

¿Es posible que una persona siga enamorada de otra durante años, o durante toda la vida? Sí. ¿Es posible que *dos* personas sigan enamoradas durante años o durante toda la vida? Sí. A primera vista parece imposible, porque el enamoramiento es un estado de transición que, se desvanece, o se institucionaliza, o se extingue. Esta es, en efecto, la vivencia normal. Pero hay casos excepcionales en que el proyecto apunta a conservar el estado naciente, en que la persona sigue amando apasionadamente a la otra aunque ésta sea inaccesible o esté muerta. Justamente porque la otra persona ya no es asequible —pensemos en la separación de Abelardo y Eloísa, en la muerte de la Beatriz de Dante, en el matrimonio y luego la muerte de la Laura de Petrarca— y no ha habido rechazo, el enamoramiento puede continuar en la imaginación. Si existió rechazo esto no sucede: la conciencia se ve obligada a combatir contra el pasado, con su «así fue». Pero cuando la otra persona dijo sí, o simplemente no dijo nada, toda la capacidad creativa del amor puede dirigirse hacia ella, y como la fantasía no puede

ser desmentida por la realidad, el amor puede continuar en el plano de lo extraordinario.

Para comprender de qué se trata basta con pensar en uno de esos períodos en que dos personas enamoradas están lejos una de la otra no porque se han separado, sino por algún obstáculo externo que consideran insuperable. Cada una, entonces, vive en el corazón de la otra y el amor se convierte en una continua nostalgia del amado, un sufrimiento porque él no está, pero también una continua fuente de alegría inmensa en el recuerdo, en la espera o simplemente en pensar en el amor del amado. Entonces todo lo que suceda se vuelve contingente con respecto a este amor profundo que turba y enciende. La vida puede desarrollarse normalmente, y ser incluso una vida activa, generosa, pero su centro emotivo y ético está fuera de lo existente. El amor se convierte en lugar interior de la regeneración, una isla aislada de la contingencia, el jardín de las rosas en medio del desierto, donde el alma sacia su sed y puede volver al mundo. Todo esto se acerca bastante al misticismo. *La Divina Comedia*, en efecto, es un gran poema místico, donde la mujer amada se convierte en compañero y guía del viaje místico hacia Dios. En el misticismo puro desaparece esta figura de mediación y el amor se dirige directamente a Dios. Pero en realidad es frecuente que exista esta figura de mediación. La relación entre Santa Clara y San Francisco tiene todos los caracteres de un enamoramiento transferido (o sublimado) en la divinidad. Mawlavi Djalal en Din Rumi escribe el mayor poema místico del Islam, el Mathnawi, y la recopilación lírica del Diwan, después que Shams-e-Tabrizi, un hombre muy querido por él, desaparece o muere. En el Mathnawi nunca habla de este hombre sino sólo de Dios pero en muchas partes del poema se tiene la impresión de un amor tan concreto y envolvente como para confundir las figuras del Amigo humano y el

Amigo divino. El Diwan, en cambio, está dedicado a Sham-e-Tabrizi y es a través del Amigo amado que pasa a hablar de Dios.

El amor místico sigue siendo enamoramiento porque con el Amigo o el Amado divino no es posible pacto alguno de reciprocidad. Uno sólo puede amar, el otro sólo ser amado y su respuesta, que no puede garantizarse, sin embargo siempre es «gracia». A causa de esta asimetría total, esta insuperable distancia, el amor místico es siempre revelación del ser como amor, con respecto al cual, todo el resto es contingencia. Precisamente por esta distancia lo que nos impresiona en el amor místico es la presencia de un continuo e incesante sufrimiento que milagrosamente se transforma en alegría. «En ti —escribe Raimon Lull— reside mi salvación y mi sufrimiento: con cuanta más perfección me sano tanto más crece mi languidez y cuanto más me haces sufrir, tanta más salud me das.»⁸ Por otra parte Santa Teresa de Avila, hasta en la séptima morada, el último y más perfecto estado del misticismo, encuentra que «existe un gran deseo de sufrir, pero no hay por qué inquietarse, porque pide con tanto ardor que se cumpla en ella la voluntad de Dios como me siento satisfecha de todo lo que El dispone: si quiere que sufra, sea; si no lo quiere, no desesperemos por ello».⁹

El amor místico nos demuestra con claridad que el estado de enamoramiento no depende en absoluto de la propiedad del otro; es pura y simplemente nuestro modo de ver (pensar, sentir, percibir, imaginar, etc.), es decir, un sistema categorial interior de la estructura de nuestra mente. No vemos las cosas como son sino como las hacemos. El amor místico construye su ob-

8. Raimon Lull, *op. cit.*

9. Santa Teresa de Avila, *Castillo Interior*.

jeto a partir de las categorías del estado naciente y al no poder tomar a una persona que existe (transfigurada en la imaginación) construye su objeto puro e ideal. La cultura contemporánea dice que esto es un no-vivir. Así también me parece a mí, pero es necesario reconocer que en el curso de los milenios el misticismo ha sido una forma de vida bastante importante e intensa. El objeto, en efecto, para quien lo ama, no deja de ser real. Por otra parte, ¿también en el enamoramiento es «real» la persona amada? También en este caso el amado es producto de lo imaginario, pero sólo de una imaginación que se hace proyecto, que quiere modificar la realidad para realizarse, encarnarse en el mundo. Tarea imposible porque siempre existe una contingencia, una materia, un conjunto de hechos con los que ajustar las cuentas. Cada encarnación es una pérdida. Cada enamoramiento que dura mucho, por eso mismo, no puede construirse sino en lo imaginario, sólo puede durar en lo imaginario, pide a las dos personas que renuncien a querer ver aquí y ahora, en lo totalmente concreto, lo que deseamos por encima de cualquier otra cosa. Cuanto más se empeña el enamoramiento en realizar todo en lo concreto, en lo pragmático, en los hechos, tanto más condenado está a extinguirse. Es como ser coherentes hasta el final, decir que se renuncia a la experiencia extraordinaria, que no se la busca, que no se la quiere, o que se la quiere de esa manera. Y no sólo en el caso del enamoramiento, sino para todo proceso de estado naciente. La tentativa de querer todo y en seguida en lo concreto es el origen de las más terribles experiencias de fanatismo. Lo existente nunca encarna por completo lo real. Pretender que, en cierto punto, pueda realizarse el paraíso terrestre es fanatismo. Todo lo existente puede ser transfigurado, pero nunca se convierte en lo absoluto, lo perfecto, lo infalible, la totalidad. Es siempre el punto de intersección de la realidad con la

contingencia, el punto en el cual lo real se trasluce en lo contingente es la «revelación» de lo absoluto. El objeto amado sigue siendo empírico y transfigurado. El místico resuelve el problema anulando lo existente, reduciéndolo a pura contingencia y separa lo real poniéndolo como objeto de la intuición pura. En otras palabras, deja que las operaciones mentales del estado naciente operen construyendo su objeto. Pero a esta altura puede comprenderse que una persona o ambas personas enamoradas puedan avanzar mucho en esta dirección sustrayendo su amor a la prueba de la encarnación concreta, cotidiana. O sea que la revolución falla y el ideal se separa de lo existente convirtiéndose en el lugar de lo imaginario donde se produce el encuentro. Viven su vida concreta, pasan por las vicisitudes del mundo, combaten, construyen cosas, pero conservan la dimensión extraordinaria en su relación. Es algo poco frecuente, pero no rarísimo. Y tampoco es fácil revelarlo porque esta gente no habla de su amor. Porque un espacio imaginario la separa completamente de la contingencia, la hace objeto de una reserva, de un pudor total. No hay por qué pensar que este tipo de amor es puramente espiritual o «platónico»: puede ser extremadamente sensual y erótico. ¿Por qué es muy raro? Obviamente porque el enamoramiento nace como proyecto de reconstruir concretamente lo existente, reorganizar alrededor de la nueva persona toda la propia vida presente, pasada y futura y hacerlo de manera manifiesta y ejemplar. El proyecto es un proyecto de transformación concreta y por lo tanto a muchos se les aparece como un fallo. La adoptan sólo quienes se encuentran en condiciones particulares y, en general, después de haber explorado otros caminos que se han demostrado impracticables. Tampoco está dicho que este tipo de amor pueda durar. El proyecto de realizarlo en una convivencia concreta

y total reaparece, y le sigue otra tentativa, que a menudo lleva a la extinción.

Esta curiosa relación que puede constituirse entre real-imaginario y contingente-existente, nos permite valorar el diferente significado que tienen las fantasías en las relaciones sexuales. Muchas personas, cuando tienen relaciones sexuales, tienen la fantasía de hacer el amor con otra persona o con varias otras, o bien con la misma pero en otra situación. También en el enamoramiento la persona enamorada fantasea y puede fantasear relaciones que ha tenido con otros amantes. Estas fantasías tienen la propiedad de atribuir a la persona amada las cualidades de valor de lo que ha sido ya experimentado. Finalmente los otros amantes desaparecen y queda sólo el amado. También sucede que la persona enamorada imagine a la persona amada con algún otro, o estar en el lugar de otro con quien tuvo relaciones en el pasado. También en este caso el significado es apoderarse e integrar en sí todos los elementos de existencia que tienen valor. Los celos también significan dar un valor, y por eso imaginar que estamos en el lugar de la persona de la que se está celoso significa anularla como valor, suplantarla sin ambages. En la persona enamorada que tiene relaciones con otros, en cambio, el proceso es radicalmente diferente. Mientras que en el primer caso usa la fantasía para vaciarla y entregarla a la persona amada, en este caso las fantasías no se entregan al compañero/a sexual. En efecto, con cualquiera que tenga relaciones sigue imaginando que hace el amor con la persona que ama y como no fantasea, recaba una experiencia que luego revivirá fantásticamente con el amado. Se llega, pues, a la paradoja de poder hacer el amor con alguien que no se ama sin hacerlo nunca con él, y no hacerlo nunca con alguien que se ama o hacerlo sólo con él. En realidad, hay personas que al cambiar continuamente de amante siguen haciendo el

amor con la misma persona. Y no lo reconocen, no se lo dicen ni siquiera al psicoanalista o en las terapias de grupo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

¿El enamoramiento puede transformarse en un amor que conserva, durante años, la frescura de éste? Sí. Puede ocurrir cuando las dos personas logran llevar juntas una vida activa y nueva, aventurera e interesante, en la que descubren juntos cosas diferentes y luchan juntos contra dificultades exteriores. Dificultades no demasiado grandes, se entiende, porque todas las dificultades externas, en el enamoramiento, se reflejan internamente, como incompatibilidad de los proyectos. Pero hay dificultades que no dependen de la vida pasada de las dos personas enamoradas; en este caso se encuentran luchando *hombro con hombro por un proyecto común*. Esto hace que los dos proyectos se fusionen, hace menores las pruebas recíprocas porque el obstáculo se vive como exterior y no como interior (rechazo) y crea una solidaridad en la acción común, un querer juntos lo que interesa a cada uno y a ambos. El elemento aventurero, extraordinario, sin embargo, es importantísimo. El estado naciente es una revolución de la vida cotidiana, por eso logra despegarse cuando ha tenido éxito en revolucionarla, o sea cuando la vida puede tomar otra dirección, nueva, querida

e interesante. Las energías extraordinarias del estado naciente, en este caso, dan a los dos enamorados una fuerza grandísima para enfrentar lo ignoto y lo diferente, para superar juntos las dificultades.

Cuando enfrentan un viaje, una aventura, un nuevo trabajo lejano, sienten que encuentran la fuerza y la solidaridad en sí mismos y sólo en sí mismos. Este hecho objetivo confirma todo lo que han intuido: la fuerza de ellos surge de estar juntos, de su amor. Pero lo diferente, lo nuevo, lo extraordinario actúa de manera más sutil: al alejarse de lo cotidiano, al reducir el influjo del pasado que siempre pesa en la formación del proyecto. Para que esto suceda no es necesario que las personas enamoradas vayan a regiones desconocidas, pueden quedarse en su territorio, pero deben tener la ocasión de revisitarlo de manera completamente diferente; deben poder construir itinerarios nuevos y significativos para sí mismos. Si se ven obligados a repetir los pasos ya dados, a volver a encontrar de continuo lo ya vivido, el «así fue» termina por aplastar lo posible. No hay nada que destruya de manera más total el enamoramiento que la repetición de lo idéntico, la obligación de revivir experiencias ya experimentadas reencontrando los mismos obstáculos conocidos, imaginados, vividos. En lugar de la historización, rehacer el pasado; es el pasado el que reaparece y rehace el presente y el futuro. Pero también es verdad que lo nuevo para uno puede ser lo ya vivido para el otro, el regreso de lo idéntico. Si así sucede, los proyectos se hacen incompatibles y el enamoramiento termina.

¿Y si no hay una vida activa, diferente? En este caso sólo queda la alternativa del viaje interior, el viaje místico del que ya hablamos en el capítulo anterior. Pero esto es muy raro. En realidad todos buscan el viaje exterior activo, la acción, porque ésta satisface la ardiente exigencia de transformar la vida como lo re-

quiere el estado naciente. Hacer experiencias nuevas juntos: ésta es la clave de la prolongación del enamoramiento activo. Estas experiencias nuevas juntos pueden tener el carácter de la «vacación», de la interrupción de lo cotidiano. Pero, en general, la vacación no basta porque la cotidianeidad termina por imponerse sobre las breves interrupciones, que surgen como una suerte de fugas, de aventuras en lo imaginario. La mayor fuerza aparece cuando las experiencias nuevas hechas en común inciden realmente en el registro de la vida cotidiana, ponen en acción alternativas reales de existencia o quizás, aun teniendo el significado de «vacaciones», implican un descubrir, un buscar, un ver con ojos nuevos de a dos, un descifrar otra realidad; se convierten así en algo significativo, capaz de dejar una huella perdurable. El «viaje de novios» es una modalidad con la que las antiguas instituciones trataban de hacer frente a esta exigencia, la canalizaban, le ofrecían una respuesta preconcebida. El «viaje de novios» es el símbolo institucional de esta vacación de lo cotidiano, de esta aventura de vivir a fondo de a dos. También el viaje que a menudo se aconseja a dos cónyuges «cansados» es una tentativa de revitalizar, a través de una ocasión extraordinaria, la experiencia de lo extraordinario ahora sofocado y apagado por la trivialidad de lo cotidiano y del cúmulo de desilusiones.

¿Qué otra cosa es la trivialidad de lo cotidiano sino la quiebra de los procesos de transformación y revolución que el estado naciente se proponía? El enamoramiento es una exploración de lo posible, la persona de la que nos enamoramos constituye para nosotros la modalidad para modificar radicalmente la experiencia cotidiana. Ella misma, al enamorarse, se hace más vivaz, más fantasiosa, más capaz de proyectos, nos hace entrever una vida más rica, más divertida, más fascinante, hecha de emociones intensas, de cosas maravillosas, de continuos descubrimientos, y también

de riesgos. Lo cotidiano surge poco a poco como renuncia a todo esto. Por cierto, el cambio de dirección está dado por las grandes renunciaciones, los puntos sin retorno, pero el resto se hace de a poco, a través de pequeños compromisos, de seguir caminos acostumbrados, por pereza, comodidad, falta de fantasía, o miedo al riesgo. Aun cuando en un primer momento se produzca un gran vuelco, cuando los dos se van a vivir juntos, se divorcian, cambian de trabajo, luego se encuentran con los mil hechos conocidos y repetidos de la vida cotidiana, las mil operaciones obligadas que subordinan lo imaginario a lo existente, hasta que lo existente impone de nuevo su dictadura. A esta dictadura se pone remedio con vacaciones, fiestas, prácticas psicoterapéuticas, experiencias sexuales variadas. Pero en lo existente no hay nada que pueda trascenderlo como no sea la reafirmación de los derechos de lo imaginario sobre la realidad, su lucha contra lo existente, es decir, otro estado naciente. También una gran transformación se precipita a menudo en su nueva cotidianeidad, en su red inextricable de deberes. El enamoramiento, al volverse amor, al reconstruir un nuevo fundamento, cumple su tarea transformadora: quedan otro trabajo, otra casa, otros amigos, otros hijos. El que se divorcia y vuelve a casarse una, dos, tres veces, a menudo vuelve a encontrar una situación un poco diferente de la primera. Es cierto, en él y en la otra persona todo está escrito; pero no es por actos de voluntad que el mundo se vuelve luminoso y eternamente renaciente. Por eso el enamoramiento desaparece. Si, como nos hemos planteado al comienzo, debe continuar, es necesario que la vida extraordinaria siga de alguna manera en lo existente, que se realice como viaje extraordinario a través de lo existente. Viaje realizado juntos después de duras pruebas, hombro con hombro, descubrimiento y confrontación, continua reinterpretación del mundo, continuo reexa-

men del pasado histórico. Para algunos puede ser lucha, poesía, para otros simplemente capacidad de maravillarse continuamente de sí mismos y del mundo, buscando luego no lo que da seguridad o lo ya conocido, sino lo que es desafío, belleza, creación. El viaje a lo externo por lo tanto, es sólo la ocasión, el instrumento para un continuo viaje a lo interno; al igual que el viaje a lo interno es continuamente el estímulo para un viaje a lo externo. En estas situaciones el enamoramiento continúa, porque el estado naciente re-nace. Es un continuo re-ver, re-descubrir, re-novar, re-novarse buscando los desafíos y las ocasiones. Entonces hay un re-enamorarse de la misma persona. Algo semejante requiere que la iniciativa surja de ambas partes. Si uno de los dos es pasivo, espera que invente las cosas el otro, o no tiene el valor de proponerlas, o más simplemente no sabe aprovechar las ocasiones y busca la «ocasión», cualquier transformación cae con rapidez bajo la dictadura de lo cotidiano y del resentimiento. Por otra parte, si uno de los dos, por creativo que pueda ser, hace elecciones que circunscriben rigurosamente la experiencia dentro de caminos acostumbrados —cierto tipo de trabajo que lo absorbe, tener hijos, padres enfermos a los que cuidar de continuo, etc.—, todas las tentativas del otro por descubrir continuamente lo nuevo, fallan y provocan en él frustraciones. Finalmente chocan dos tipos de proyectos, y el rutinario tiene el privilegio de prevalecer siempre sobre el extraordinario. No creo que, de todo esto, pueda nacer una regla práctica sobre cómo comportarse, un arte de seguir enamorados. Todas estas reglas son siempre instrumentos de autoengaño, de falsificación. La vida crea el estado naciente, el encuentro, los proyectos, las pruebas, las ocasiones, y la vida las quita. Podemos movernos en este gran flujo como una pequeña canoa en medio de la tempestad. No provocamos el oleaje ni lo modificamos. Podemos atravesar

el mar, alegremente o con esfuerzo, o de ambas maneras, y llegar a la orilla, o bien no llegar, y sentir alegría por llegar o no llegar. Tal vez, más que un arte de amar o de estar enamorados, basta con saber de qué se trata, para hacer nuestra elección, conscientes cada vez de nuestra humanidad.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Este es un libro sobre el enamoramiento y no sobre el amor. Para comprender plenamente el enamoramiento, sin embargo, se necesita agregar algo sobre el amor, sobre esa vinculación más estable, duradera, a la cual tiende el enamoramiento en cuanto portador de proyecto. El estado naciente tiende a institucionalizarse y la institución consiste fundamentalmente en eso: en decir, sostener que *en el estado naciente está todo simbólicamente realizado y, al mismo tiempo, está prácticamente todo por realizar*. Con la Revolución de Octubre se instauró simbólicamente la liberación total, la sociedad sin clases, la humanidad de los iguales, tanto es así que el pleno del comité central ha de decidir por unanimidad y las elecciones se hacen para mostrar que no hay disenso. Pero, al mismo tiempo, lo que se realiza no es el comunismo, sino la dictadura del proletariado, una etapa hacia el comunismo que queda por realizar. También la institución, desdoblando los dos planos de lo simbólico y lo práctico, se autodefine como el acontecimiento de un acontecimiento. En la esencia de las instituciones existen las categorías del estado naciente; su actua-

ción práctica —realizada simbólicamente— sin embargo es postergada a un futuro cada vez más lejano, como el Día del Juicio Final en el cristianismo. Pero ya que en el plano simbólico el estado naciente se declara realizado, los símbolos y los ritos pretenden reactivarlo, hacerlo revivir. El año litúrgico no es sino esta evocación simbólica del tiempo divino de los orígenes y sus vicisitudes sagradas en las que los hombres son invitados a participar. Pero las instituciones no están sólo en los ritos, están en el ánimo de los hombres. Por eso, en parte, reactivan efectivamente los valores originarios, marcan el compás de estos significados y estos valores. Lo que hemos llamado vida cotidiana es por eso rica en momentos en los que se revela algo, reaparece, no como el eterno regreso de lo ya conocido sino como redescubrimiento de lo que es. Para establecer un puente entre el enamoramiento y estas cosas sin escribir otro libro, me valdré de un recurso hablando de una experiencia que he señalado a propósito del enamoramiento, la del don. Para simplificar reduciré los casos sólo a cuatro.

¿Cuando decimos que una relación no es auténtica? Cuando la otra persona es para nosotros un medio para obtener un resultado, para tener cosas. Cuando se interpone entre nosotros y las cosas que deseamos, y hemos de actuar por encima de ella para tenerlas, cuando tiene un poder sobre nosotros y debemos influir sobre ella pidiéndole o bien halagándola. Quisiéramos prescindir de ella, a cada momento quisiéramos no depender de ella. Y cuando podemos prescindir de ella, cuando ya no la necesitamos, la olvidamos; para nosotros deja de existir. Muchas de nuestras relaciones de trabajo, si no casi todas, son de este tipo. Los regalos y felicitaciones en este caso son, en el fondo, hipócritas porque buscan decir: «este regalo significa que te aprecio, que te quiero», mientras en realidad pensamos: «lo necesito, debo ganarlo». Y son

serviles porque ese regalo es el reconocimiento de un poder, aunque sea mínimo, sobre nosotros. Los regalos suben hacia los poderosos: el que más regalos y felicitaciones recibe es el más poderoso. Es una especie de diezmo que los débiles se imponen en favor de los poderosos. El conjunto de postales, billetes, telegramas, paquetes, son la instantánea de la geografía del poder en la sociedad. Si el poder cambia, todo cambia.

El año próximo muchos no recibirán nada. Habrá pasado su poder, se los habrá olvidado. Pero hoy el regalo significa: «quisiera poderte olvidar, ignorarte, borrar de mi vida, pero no puedo, y debo hacer todo lo contrario... pero un día ya no te necesitaré y te volveré a la nada de la que nunca debiste salir». Esta es una fuente de la inautenticidad de las festividades. Deberían ser algo y se convierten en otra cosa, deberían ser el momento del amor y se convierten en la celebración del homenaje servil, lo que crea desasosiego, malestar, impresión de inautenticidad. Quiere decir que las festividades son también otra cosa, si no no experimentaríamos desasosiego. Si nos resultan inauténticas quiere decir que sabemos, en el fondo, qué es lo auténtico, qué debería serlo.

Pero hay otra clase de regalos y de dones. Son los que les hacemos a las personas que realmente queremos, que sabemos que nos son queridas. Nuestros padres, nuestros hijos, el marido o la mujer, nuestros hermanos, algunos amigos, a veces hasta alguien que tiene poder sobre nosotros pero al que queremos y cuya existencia deseamos. Para aquellos a los que queremos el don no es un homenaje servil: es el testimonio de una relación que no se romperá. En este caso se dice verdaderamente: «te quiero, sigo queriéndote aunque no lo parezca, aunque no me haya mostrado como debía. No te he olvidado.» Porque en la realidad, olvidamos. Olvidamos durante meses, años. Olvi-

damos a los padres, olvidamos a nuestro marido o nuestra mujer, olvidamos a los hijos, olvidamos sobre todo a lo que está lejos y a veces hasta lo que está cerca. Las personas a las que queremos, en realidad, no son objeto de una relación continua; las encontramos cada tanto, como sucede con un amigo lejano. Y cuando están cerca, cuando viven con nosotros, se nos imponen porque están allí. No sentimos continuamente la necesidad de ellos, lo hacemos por costumbre, por deber, a veces lamentándonos. Y sin embargo, estamos unidos a ellos y lo sabemos si los perdemos, si corremos el riesgo de perderlos. Cuando se enferman, cuando no vuelven a casa, cuando pueden morir. Entonces nos asalta la angustia y descubrimos que son esenciales. Descubrimos que tienen un gran valor, un valor con respecto al cual todas las cosas pierden importancia y se convierten en —para usar una expresión filosófica— contingentes. Pero el valor de ellos, su ser esencial se nos manifiesta sólo en el momento en que podemos perderlos, como temor a perderlos. En esos momentos, el mundo se divide en dos: de un lado y del otro *del poder de lo negativo* que nos lo sustrae. Son esenciales para nosotros, no para el poder que nos lo sustrae. Para el secuestrador, para la enfermedad, para la muerte no tienen valor. El poderío de estas cosas se resuelve en el quitar: el no ser como potencia. En las recurrencias reconocemos a estas personas; el don es un testimonio de su ser esencial. Con respecto a ellos podemos hacer cualquier don: debemos hacer dones adecuados a ellos, algo que realmente les dé placer, algo que hable a su individualidad profunda, al núcleo esencial de su persona, algo que *enriquezca su sustancia de ser*. En este caso damos para nutrirlo, para reforzarlo, para hacerlo existir fuerte y feliz contra la sombra del no ser: no sólo la enfermedad y la muer-

te, sino también la indiferencia, el olvido, nuestro mismo olvido.

Después hay una tercera clase de dones, los dones del amar, como estar enamorados, como enamorarse.

¿Cómo hacemos para saber que estamos enamorados? Porque nos enamoramos de nuevo, porque nos re-enamoramos continuamente de la misma persona. Cuando estamos enamorados hay períodos en los cuales tenemos la impresión de que esa persona no nos importa. Queremos prescindir de ella, nos separamos y nos decimos a nosotros mismos: «era un entusiasmo, ahora pasó, no me importa nada ese infeliz o esa infeliz, nada; soy libre». A veces la encontramos y no nos dice nada, nos es indiferente y nos preguntamos con cólera qué encontrábamos en ella. Luego reaparece. Ese rostro indiferente se convierte en el único rostro, esa voz en la única voz; su ausencia se hace intolerable, su presencia es una alegría infinita. Todo lo que le es propio nos conmueve, todo en ella es nostalgia y satisfacción. Es el eros extraordinario, la voluntad que encuentra su objeto. La miramos y nos parece increíble tenerla allí, para nosotros, porque es increíble tener todo lo que deseamos: la plenitud del ser que dice sí. En este caso ya no existe lo negativo y su poderío: el ser amado colma la conciencia y la hace feliz. Luego, después de horas y días, vuelve a disolverse, como si hubiera sido una ilusión, y se rehacen nuestro yo y nuestro mundo cotidianos. ¿Estamos realmente enamorados? Pero lo extraordinario reaparece. Vuelve a aparecer siempre nuevo y siempre diferente, como objeto único de la voluntad, se nos impone. El ser prevalece sobre lo contingente, lo degrada; el amor es ese prevalecer, ninguna otra cosa. En este caso, ¿en qué se transforma el don?

Quisiéramos regalar todo y nos parece que nunca basta. Porque queremos regalar la mejor parte de nosotros, lo que más valor tiene para nosotros en la

esperanza de que sea así para ella o él, que sea bienvenido. Regalamos con esperanza de aparecernos a él (o a ella) así como él (o ella) se nos apareció a nosotros y para ser oídos por él (o ella) y tener paz. El don es un modo para unirnos simbólicamente con el ser en su prevalecer, su manifestarse, su nacer.

He hablado del enamoramiento en un sentido estricto, pero tal vez el amor, aun el más consolidado, se nos presente del mismo modo: como enamorarse, re-enamorarse de la misma persona. Quizá también se dé así el amor de la madre (o del padre) por su niño. El niño para la madre existe, está presente porque llora, tiene necesidades, porque puede estar siempre en peligro, porque se opone. Pero de cuando en cuando, durante el día, en la noche, cuando está lejos o cuando lo mira, le «aparece» como objeto pleno de deseo, como nostalgia, como infinita ternura, como complemento total de sí. La madre se enamora continuamente de su niño. Y no sólo cuando es pequeño, sino también cuando es grande, cuando es adulto. Cada tanto, en ciertos momentos, lo ve, lo mira con ojos asombrados y apasionados, reconocida por el hecho de que sea. El enamorado agradece al otro que exista. No es ver en la persona grande a su niño pequeño que ya no está. No, ve al grande así como había visto al niño, lo mira y se re-enamora de lo que él es hoy. Cada vez vuelve a descubrir la totalidad en lo que es. Es un renacer de la pasión, es siempre «como el primer día». A cualquier persona, aun a la más pobre, le ha sido dado este don que da fundamento de valor a la existencia, un fundamento absoluto en algo que tiene valor de por sí, y que se vuelve a encontrar. El que pierde la esperanza de volver a encontrarlo, muere.

Pero tal vez —digo tal vez porque toda la psicología

gía infantil corriente lo dice— toda la infancia esté basada en esta experiencia. El niño pide, se opone, se vuelve autónomo, pero, de pronto, quiere que lo tomen en brazos, lo acaricien, lo abracen; por la noche, para dormirse, quiere a alguien a su lado; un beso lo vuelve feliz y ávido. Quizá se enamore cada vez, cada vez —un vértigo de veces— tenga la experiencia asombrosa e increíble de la plenitud del ser que dice sí. Se separa de él para ser autónomo, pero cada vez vuelve a encontrarlo, encuentra la revelación y la confirma. Con este cemento construye la confianza de ser y la capacidad de vivir en el mundo.

En este último caso, el de la madre o el padre por el hijo, el don se presenta en ciertos aspectos como don de sí, como en el enamoramiento, y para otros como don que da consistencia de ser al niño. Pero también el niño ofrece dones: no las flores que lleva a la madre, no. Los dones del niño son sus palabras, las asombrosas construcciones lingüísticas que madura dentro de sí, y que en cierto momento dice. Con sus palabras construye una puerta, una casa, un castillo en el cual el adulto puede entrar porque es una casa para él. Una casa que, además, puede completar con el niño, un hacer algo juntos. Las palabras del niño son el primer canto de amor totalmente objetivado, como la verdadera gran poesía y, al mismo tiempo, un hacer en común, hombro con hombro.

En esta reseña el lector habrá encontrado lugar para otras cosas importantes de la vida. Pero en ella también el enamoramiento tiene su espacio peculiar respecto de todo lo que está en el tiempo y que en el tiempo se reafirma y vuelve.

CAPÍTULO VEINTE

Por cierto que este libro está destinado a dejar descontentas a tres categorías de personas: las que circulan en la órbita utilitario-pragmática, las que se mueven en el ámbito de sistemas ideológicos como el catolicismo, el Islam y el marxismo, y finalmente, las que en este período llevan adelante una crítica a la pareja heterosexual como, por ejemplo, muchas feministas.

Con respecto a las primeras, las que se mueven en una órbita pragmático-utilitaria, todo el discurso, en el fondo, es una insensatez, porque parte de la idea de que hay un estadio de lo social —el estado naciente es pues, de alguna manera, la institución— en el que se plantea la distinción metafísica entre realidad y contingencia. Esta es una distinción que reaparece continuamente en la filosofía: entre ideas y apariencia (Platón), entre forma y materia (Aristóteles), sustancia y accidente (Santo Tomás), razón y entendimiento (Hegel), clase para sí y clase en sí (Marx), voluntad de poder y fuerza reactiva (Nietzsche), etc. Esta distinción es extraña al pensamiento utilitarista. Tomemos como ejemplo de ese pensamiento su producto

más típico: la economía. Como ciencia, la economía es posible sólo si las cosas son compatibles e intercambiables, nada tiene que ver con los valores absolutos, sino sólo como intereses. Una buena parte de la sociología y la psicología son de origen utilitarista. En cuanto tales no tienen ningún instrumento para adueñarse de este tipo de fenómenos y, en consecuencia, terminan por negar la especificidad, la espontaneidad o simplemente la existencia. Este modo de pensar, sin embargo, no está limitado a los científicos sociales. En nuestra vida cotidiana razonamos en términos de utilidad, intereses, medios, ventajas y desventajas. Más bien podríamos decir que el utilitarismo es el modo de pensar de la vida cotidiana. Ya dijimos que ésta considera irracional el entusiasmo, el desinterés o la pasión, se defiende de ellos, no quiere que la perturben. Todo esto es lógico y comprensible, sólo que si queremos comprender el enamoramiento debemos tener presente que contradice el modo de pensar de la vida cotidiana. Por eso no puede ser explicado con sus categorías.

El discurso es más complejo cuando se trata del cristianismo, el Islam y el marxismo. Estos, en términos técnicos, son *civilizaciones culturales*, o sea, potencias institucionales también ellas surgidas de un movimiento (el cristianismo primitivo, el Islam de los orígenes) que ha producido un tipo de institución cuya propiedad es la de absorber los movimientos dándoles su lenguaje y sus símbolos. Por ejemplo, durante el cristianismo medieval todas las posibles revueltas y experiencias religiosas, todos los movimientos culturales acaban definiéndose en términos cristianos. Para manifestarse, para hacerse comprender, cada movimiento estaba obligado a tomar como punto fijo el núcleo fundamental del cristianismo: la pasión y muerte de Jesucristo, los sacramentos, el sacerdocio, la ortodoxia o la heterodoxia, etc. Una ci-

vilización cultural, en otras palabras, ofrece modelos con los que debe ser interpretada tanto la experiencia ordinaria como la extraordinaria, el resto está *privado de lenguaje*. Lo dicho para el cristianismo es válido para el Islam. En el área de difusión de esta civilización todos los movimientos usan el lenguaje islámico. También en el estado naciente de dos que caracteriza el enamoramiento, una civilización impone su lenguaje y sus instituciones. En el matrimonio cristiano, por ejemplo, no existe una distinción entre enamoramiento, amor, querer y sexualidad. El sacramento del matrimonio implica todas estas cosas juntas. Lo que tiende a asegurar es el querer (la alianza) y la sexualidad (la reproducción), el resto no tiene un valor particular. Esta concepción terminó por prevalecer hasta nuestros días. En algunas lenguas europeas, como el francés y el inglés, ni siquiera existe la expresión «enamoramiento». Usan la palabra «caer» (*tomber, fall*). En la lengua de oc obviamente existía (*adamare*) y fue suprimida junto con la herejía cátara. El cristianismo, en cambio, plantea una diferencia entre el amor por los hombres y el amor por Dios (adorar). El enamoramiento, como lo hemos descrito, a los ojos de un Padre de la Iglesia habría sido considerado una penosa aberración o simplemente un caso de idolatría. Otros ejemplos: la «gracia» para el cristiano es una intervención divina; en nuestro análisis, una experiencia humana. Todas las categorías teológicas que hemos usado son, para el cristiano, usos impropios y analógicos del término. Nuestra tesis es que son el lenguaje que la civilización cultural cristiana ha dado al estado naciente. En el caso del enamoramiento, a menudo es el único lenguaje que poseemos.

En muchos aspectos, el caso del marxismo es idéntico al del catolicismo y el Islam. También el marxismo nace de un movimiento, crece absorbiendo movimientos. En su centro está la experiencia del estado

naciente (fin de la alienación, comunismo, prehistoria-historia, etc.). También esto da su lenguaje a todos los movimientos de rebelión y los que no adoptan su lenguaje pierden la palabra. Pero para el marxismo el sujeto (el nosotros) es la clase. Y la clase sufre una transustanciación (en nuestros términos, el estado naciente) en el paso de la clase en *sí* a la clase *para sí*. Por eso para el marxismo no hay ningún posible movimiento colectivo si no es de clase, y cuando existe un movimiento colectivo que no es de clase, o que no se define como de clase, niega su existencia o su importancia, rechaza el considerarlo en la misma categoría que los primeros.

Los movimientos colectivos religiosos, desde el punto de vista marxista son por lo tanto las primeras rudimentarias tomas de conciencia de la propia condición de explotación y alienación, pero hasta que no se llega a la conciencia de clase y al internacionalismo proletario, siempre se trata de falsa conciencia, prehistoria. El enamoramiento, que nada tiene que ver con la clase y que hasta une personas que pertenecen a dos clases diferentes, pertenece a lo privado, a lo irracional, a aquello de lo que no hay ciencia ni debe haberla. Como tiene las propiedades del movimiento, pero no puede ser remitido a la clase, el tema del enamoramiento aparece como burgués o sencillamente reaccionario. No es que Marx, Lenin o Mao Zedong no se hayan enamorado; se enamoraron tanto o más que cualquiera de nosotros, pero esa dimensión de sus vidas está separada de la pública, se la considera privada, sin valor, a lo sumo, un tema para hablarías.

Consideremos ahora el feminismo. También éste es un movimiento y como todo movimiento occidental está basado en el estado naciente, con sus experiencias características (separación entre esencial e inessential, autenticidad, autoconciencia, historización —tiem-

po mítico, prehistoria, advenimiento del feminismo, liberación final de la mujer— comunismo igualdad, etcétera). Pero la línea de fractura se coloca entre mujer y varón. El «nosotros» del feminismo está constituido por mujeres y no por hombres. También el feminismo, como todo movimiento, separa lo que estaba unido y une lo que estaba separado: une a las mujeres y las separa de los hombres. En cambio el enamoramiento bisexual separa a un hombre y a una mujer de cualquier otra cosa (familia, parientes, clase, etc.) y los une. El movimiento feminista por lo tanto, sobre todo en sus fases de estado naciente, no podía dejar de considerar absurdo y demencial el enamoramiento. Pero ¿cómo puede considerarse objeto de valor absoluto algo que te hace esclava, algo que pertenece a los opresores históricos de la mujer, que tiene su manera de pensar, de sentir, sus gestos, todo? El feminismo ha dividido la pareja para crear el campo de la solidaridad feminista y ha atacado, «desmitificado» el enamoramiento porque, en la sociedad moderna, es a través del enamoramiento y de su lenguaje que se constituye y se legitima la pareja. El feminismo no tuvo una elaboración persecutoria, no transformó al hombre en algo para destruir o suprimir, como por ejemplo el marxismo, que declara qué quiere hacer con la burguesía. El feminismo es un movimiento ético que quiere transformar el mundo convenciendo a los individuos, no destruyéndolos. Por eso terminó por recuperar muchos aspectos del enamoramiento y por estudiarlo. Por otra parte, justamente por haber reconstruido una distancia entre los hombres y las mujeres, por haber hecho a las mujeres más autónomas, más concientes, más fuertes, recreó las condiciones de esa tensión entre cosas diferentes que constituye la esencia del enamoramiento. La madurez femenina, además, enseñó a la mujer a defenderse de la servidumbre moral que puede producirse en el ena-

moramiento, a querer una paridad real y no sólo declarada melodramáticamente, a dar menos importancia a cosas como la virginidad; derrumbó la retórica del enamoramiento y muchas de sus falsedades. Quizá sea precisamente la madurez feminista la precondición cultural para poder examinar a fondo el fenómeno sacándolo de la esfera de lo inefable o del desprecio.

Examinemos ahora las cosas desde otro punto de vista: utilitarismo, cristianismo y marxismo son tres fuerzas históricas reales que actúan en nuestra sociedad, siendo los sistemas conceptuales con los que se interpreta y ve el mundo. Cada una de ellas, para usar una expresión de Foucault,¹⁰ constituye un *episteme*, un conjunto de reglas impuestas en una determinada área histórica, las únicas que permiten pensar y sobre todo hablar de algo. Sólo conformando el propio discurso con las estructuras de la práctica discursiva —observa Foucault— el sujeto puede acceder al discurso, tomar la palabra. El único discurso «serio» de cada época es el de la *episteme* dominante. En la nuestra, por lo tanto, el saber sobre el enamoramiento se produce sólo en el sistema utilitarista, en el cristiano, o en el marxista. Y sucede lo siguiente: los tres lo reducen a otra cosa. No se tiene pues un verdadero y justo saber científico, religioso o ideológico. En esos planos no existe, no puede ser hablado. ¿Cuál es entonces el lenguaje que se concede al enamoramiento? El de la gran poesía o el de la literatura menor, del correo del corazón de las historias vividas, las historietas. Planteado en el terreno científico, religioso e ideológico, el estado naciente tiene sólo dos lugares lingüísticos a su disposición: uno sublime, inefable, o bien, con un salto abismal, el vulgar, popular del ri-

10. M. Foucault, *Las palabras y las cosas*.

dículo y del desprecio. Esta imposibilidad de acceder a la palabra adecuada no afecta sólo a las personas cultas es un hecho que repercute en la vida de todos. Al faltar la lengua nadie tiene la posibilidad de pensar, reflexionar, de hablar acerca de lo que siente, de comunicarse con los otros. Confinada en lo inefable o lo despreciable, la persona enamorada se siente extraña a la cultura concreta en la que vive, tiene la impresión de que su experiencia es totalmente personal y no colectiva. Al utilizar definiciones, fórmulas, explicaciones cada vez más distorsionadoras o inadecuadas, siempre dirigidas a otro fin (ideológico, político o religioso), cuanto más claridad quiere tener sobre sí misma más confusión crea, cuanto más trata de resolver sus problemas más los complica, cuanto más consejos busca de los expertos más se confunde. Utilizando una expresión gastada pero muy usada, podríamos decir que la cultura oficial, sea política, científica o religiosa, «reprime» el estado naciente de dos, haciendo de ello algo de lo que no se puede hablar de manera apropiada. En esta perspectiva también el psicoanálisis, en todas sus formas, al dar importancia a la sexualidad y al reducir todas las experiencias a transformaciones de la sexualidad, realiza una acción de remoción. Con respecto al siglo pasado, el proceso de remoción se ha invertido. En el siglo XIX, el lenguaje del amor romántico servía como instrumento de remoción de la sexualidad; hoy sucede lo contrario: la sexualidad, el hablar de sexualidad, las prácticas sexuales, sirven para reprimir, hacer inconscientes otros deseos, otras formas en las cuales se manifiesta el Eros. El conformismo y la remoción existen como antes, sólo han cambiado de signo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

¿El enamoramiento es un comportamiento antisocial? ¿No es refugiarse en lo particular, evitando los compromisos públicos y políticos? Esta es una típica idea de la cultura represiva de la que hemos hablado, una idea difundida, repetida y que sin embargo no tiene el mínimo fundamento científico, el mínimo de pruebas a su favor. En todos los grandes movimientos políticos encontramos, tanto entre los militantes como entre los líderes, personas que han participado en el movimiento amándose. En la gran efervescencia colectiva de liberación nacional del siglo pasado, en Europa, el término «romántico» servía para indicar una orientación política y literaria y una manera de enamoramiento. Pero aun después de este período seguimos encontrando parejas. Por ejemplo en un ambiente mazziniano-anarquista: basta pensar en Anita y Giuseppe Garibaldi. En el movimiento marxista las cosas suceden exactamente de la misma manera.

Estos hechos por sí solos demuestran que la tesis del amor egoísta, que excluye el compromiso político, es una falsificación. Por otra parte, precisamente hablando de las condiciones en las que puede prolongar-

se un enamoramiento (o un amor puede conservar la frescura del enamoramiento), hemos dicho que las condiciones ideales son las de la vida activa, venturosa, de la lucha hombro con hombro. Con los instrumentos conceptuales de los que disponemos, podemos profundizar un poco el tema.

El enamoramiento, como cualquier otro movimiento, nace, en el nivel del individuo, de una sobrecarga depresiva. La sobrecarga depresiva se debe al crecimiento de la ambivalencia hacia un objeto, individual o colectivo, antes aceptado y amado y que luego, poco a poco, se muestra desilusionador, injusto, incompatible con el desarrollo de las fuerzas históricas y vitales (en términos marxistas, las fuerzas productivas). En esta situación los individuos exploran las alternativas. No sólo alternativas individuales (otra persona) sino esencialmente alternativas colectivas (otro modo de vivir). Lo que hemos descrito como preparación para el enamoramiento es prepararse para otro modo de ver, sentir, pensar, actuar, estar juntos. A esta altura la persona que busca una vida más intensa, una verdadera solidaridad, puede encontrar otra que se halla en la misma situación y entonces ambos experimentan un estado naciente de dos. Pero si las condiciones históricas estructurales están a punto, si hay condiciones generales de conflicto étnico, religioso, nacional o de clase, si la necesidad de una nueva solidaridad y una nueva justicia están difundidas en millares de personas, entonces aparece un estado naciente de grupo, un movimiento colectivo político o religioso o de clase, y el individuo se reconoce en él. Es verdad que si no existen las condiciones históricas adecuadas para un movimiento colectivo, todo esto no sucede. Pero también si no existen las condiciones histórico-individuales adecuadas para un enamoramiento éste no se produce. O sea que existen precondiciones para el enamoramiento y otras para los diferentes procesos

colectivos, o bien para los dos. En este caso el individuo se enamora, el otro también se enamora de él y juntos entran en el movimiento, constituyen una célula elemental del mismo. La pareja enamorada puede muy bien entrar en un movimiento: entra en él como una unidad.

Pero hay algo más. Como las categorías del estado naciente (realidad-contingencia, autenticidad, igualdad, prehistoria-acontecimiento, comunismo, necesidades esenciales, etc.) son en su mayoría las mismas tanto en el estado naciente de dos que en el de los movimientos colectivos, es muy fácil el reconocimiento del movimiento más pequeño en el más grande. O sea, la pareja enamorada «se reconoce» en el movimiento y tiende a fundirse con él. Puede nacer, en ese momento, un problema de *exclusividad*. El estado naciente de dos lleva a la formación de una pareja que participa apasionadamente en el movimiento pero que, a pesar de esto, sigue cerrada eróticamente. Va en busca de amistad, solidaridad, un fin general, pero en su interior no admite otros enamorados. De su lado el movimiento colectivo lleva a la formación de un grupo que tiende a convertirse en exclusivo. En este proceso puede sufrir una evolución ideológica en la que el «comunismo» se extiende al sexo. Idea ésta que también puede partir de los mismos miembros de la pareja que sienten el deseo de hacer participar a los otros en su felicidad, o bien más simplemente no quieren hacer sufrir a alguien. Tenemos un ejemplo de esta situación en el libro *¿Qué hacer?* de Cherniçeski. De cualquier manera que se desarrollen las cosas, en cierto punto los dos proyectos alternativos se desencuentran y este desencuentro se presenta, una vez más, como dilema. La evolución del proceso depende de dónde se colocan los puntos sin retorno. En algunos grupos el amor exclusivo de pareja se considera un obstáculo para el pleno des-

pliegue del comunismo total. En otros movimientos colectivos, en cambio, se lo recibe como punto sin retorno y se lo acepta como derecho de los individuos. A modo de ejemplo, durante la reforma protestante el amor de pareja fue aceptado por el luteranismo y por el calvinismo. En cambio entre los anabaptistas de Münster se impuso la comunidad entre los sexos. En la mayor parte de las comunas anarquistas italianas y andaluzas se aceptó la pareja, en ciertos grupos del nihilismo ruso no, etc.

El hecho que con frecuencia personas de la misma religión, de la misma ideología (entre hermanos, entre patriotas, entre compañeros) se enamoren ¿no quiere decir que nos enamoramos de los que son más similares a nosotros, que comparten nuestras mismas ideas e ideales? ¿Y esto no está en contraste con lo que se afirmó antes, es decir, que el enamoramiento requiere siempre de una diferencia, una transgresión? Para dar una respuesta exacta hay que distinguir netamente dos casos: aquel en el cual los hermanos, los compañeros, los amigos se constituyen en movimiento y el otro, en cambio, donde estas palabras indican la pertenencia a un partido, una iglesia, una asociación. En el caso del movimiento, antes de su aparición no existen los patriotas, los hermanos o los compañeros. Estos son el producto de la fusión del movimiento. Gente separada precedentemente, que pensaba de manera diferente, que había tenido experiencias distintas, se «reconoce» en el estado naciente del movimiento y descubre una solidaridad que antes no experimentaba. Repitémoslo, antes del movimiento, en efecto, no existía esta solidaridad, este entusiasmo, esta comunidad de ideas. Antes, la gente, aunque tenía ciertas condiciones en común, era diferente y estaba separada. El proceso de fusión se produce con el movimiento y como resultado del proceso —no como su causa— vemos que comparten los mismos valores e ideales y el mismo

proyecto. No es la semejanza que ya existía antes la que produce el reconocimiento, es la semejanza del estado naciente. Pensemos en el reciente movimiento islámico en Irán que, en el curso de pocos meses, derrocó al sha. En los últimos años existían numerosos grupos de oposición, grupos liberales, marxistas, terroristas, religiosos. Sólo en el movimiento encontraron una solidaridad común y una común pertenencia. En ese momento minimizan lo que los divide, no confieren importancia a las diferencias del pasado, tienen ideales comunes y pareciera que siempre los han tenido. En realidad los produjo el movimiento. Las diferencias existían y el movimiento las eliminó o las redujo. Dentro del estado naciente del movimiento, por lo tanto, en general, no nos enamoramos porque las diferencias sean anuladas por el grupo. Queda entonces el caso de la vida cotidiana. En un partido o en una iglesia existe una probabilidad de enamorarse mayor que fuera de ellos. Por cierto, sólo porque hay una mayor ocasión de estar juntos, de tener relaciones, de conocerse. Lo mismo puede decirse de una empresa, un grupo deportivo, un barrio. En todos estos casos el tener intereses en común, valores comunes, constituye un factor de aproximación. Más allá de ciertas diferencias no podemos enamorarnos. No podemos enamorarnos del que no conocemos, del que no habla con nosotros.

Estas son, pues, nuestras conclusiones. Si dos personas que buscan una solidaridad diferente se encuentran cuando está por eclosionar un gran movimiento colectivo, se enamoran, y este enamoramiento se encauza en el movimiento reconociéndose en su ideología y sus valores. En este caso la pareja entra en el movimiento como una unidad. El estado naciente del movimiento no la afecta. Por eso el enamoramiento es más frecuente en el comienzo de los grandes movimientos y a menudo los precede. En cambio, cuando

las personas entran en el movimiento separadas, entonces tienden a identificarse con el grupo o con el jefe y no se enamoran de manera exclusiva una de la otra. El enamoramiento vuelve a tener importancia en la fase de declinación del movimiento, la experiencia del estado naciente sobrevive como nostalgia, deseo profundo, ansia de un mundo ideal que no puede volver a encontrarse en la acción colectiva. En este caso, lo que se pierde en el nivel colectivo puede redescubrirse en el enamoramiento de dos, con todos sus valores políticos, religiosos o ideológicos. Las dos personas enamoradas sienten entonces que son el núcleo mínimo de un movimiento más grande. Para usar la expresión de una canción de Ivan della Mea, «tú y yo formamos una liga». Liga en este sentido, es liga socialista; el enamoramiento se vive como la unidad de un movimiento mayor, el movimiento socialista.

¿De dónde deriva, entonces, la idea difundida que el enamoramiento es un momento egoísta y de clausura?

De la institución política, ideológica o religiosa que pretende tener un control total sobre los individuos.

Muchos grupos e instituciones, nacidos de movimientos, piden a cada individuo una dedicación total al grupo. Pensemos en las órdenes monásticas católicas. Al comienzo, muchas surgen de movimientos constituidos tanto por varones como por mujeres. Pero luego —al darse una orden, o sea al convertirse en institución—, separan a los hombres de las mujeres y establecen un régimen de absoluta obediencia a los superiores. Lo mismo sucede en los grupos revolucionarios o políticos donde se instaura una férrea disciplina. Para estos grupos exclusivos, que quieren la dedicación absoluta y la obediencia total de cada persona, la pareja constituye un impedimento, un límite, una privación del poder total del grupo. El *grupo totalitario* se siente *privado* de la resistencia de cada

individuo que conserva un área inaccesible a su poder. Esta área, sustraída del poder totalitario del grupo, se llama *lo privado*. Desde el punto de vista del grupo ese límite, esa privación, ese «privado» es una limitación, una pérdida. Por eso lo combate y lo declara egoísta e indigno. Este es el origen del juicio negativo que, sobre todo los grupos marxistas, dan del enamoramiento. La operación ideológica se completa relacionando lo privado (como privación del grupo) con la «propiedad privada», o sea con la propiedad sustraída al monopolio político del Estado o el partido. Es obvio que no se trata de la misma cosa, pero como es una sustracción a las pretensiones monopólicas del poder, los dos fenómenos son ideológicamente asimilados. Cuanto más totalitario es el sistema ideológico, religioso o político, mayor hostilidad manifiesta hacia quien quiere sustraerse a su poder. Por eso es hostil también hacia la pareja enamorada en cuanto es la más pequeña unidad social capaz de desafiarlo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

¿Es posible, por propia voluntad, desenamorarse? No. ¿Es posible, por propia voluntad, evitar enamorarse? Sí. ¿Qué puede hacer la propia voluntad frente al enamoramiento ya existente? Decidir cortar, no ver a la persona amada, alejarse de ella. Estos son actos que puede realizar. Y como la persona amada está presente pareciera no haber nada más fácil. El enamoramiento confiere una fuerza extraordinaria que nos permite decir no. Pero esta fuerza cesa instantáneamente cuando hemos realizado el acto irreparable por el cual perdemos nuestro amor: entonces aparecen la petrificación y la nostalgia.

En cambio existe un saber dirigido a evitar el enamoramiento. Es un saber difundido en todas las instituciones porque todas ellas tienen el problema de impedir el enamoramiento o de contener sus efectos, al menos en ciertos niveles. Todas las instituciones, ya surjan o se revitalicen a través de movimientos colectivos, tienen siempre en su centro algo que consideran más importante que cualquier individuo. Sea el partido, el movimiento, la clase, la patria, la iglesia o Dios, ese algo —por definición— es superior a

cualquier hombre o mujer concreto. El saber de la institución desvaloriza la deificación de cualquier persona y el que pertenece a ella aprende este saber. Durante dos mil años la iglesia católica educó a sus sacerdotes en la preferencia de los afectos celestiales a los terrestres, evitando las tentaciones, confesando también los pecados de deseo, interviniendo en el momento con su autoridad. Para evitar el enamoramiento —escribía Stendhal—¹¹ hay que actuar en seguida, en los primerísimos momentos; después puede ser demasiado tarde. El que no quiere enamorarse debe quebrar en seguida el primer núcleo de atracción: si le gusta una persona debe irse con otra, si ve que mira dos veces seguidas una casa debe cambiar de ciudad, si se da cuenta que experimenta placer en ser admirado debe hacer algo para provocar desprecio. Un manual para no enamorarse se asemejaría muchísimo a un libro de ascesis en el que hasta la sexualidad se utiliza con el fin de evitar «la caída». Pero ¿por qué tanto esfuerzo? ¿Qué hay en el enamoramiento de tan atractivo —considerando todos los daños que implica— como para constituir semejante tentación? Después de todo lo que hemos dicho podemos dar una respuesta. No es el enamoramiento lo que constituye la tentación de Occidente, es el estado naciente. Nos sentimos atraídos por el enamoramiento porque hemos aprendido a sentirnos atraídos por el estado naciente. Este aprendizaje se realiza, justamente, a través de las instituciones que —como hemos visto— lo representan simbólicamente como realizado y prácticamente por realizar. Las principales instituciones de Occidente, desde las religiosas a las políticas, tanto las antiguas como las modernas, están todas basadas en las categorías del estado naciente. Nos sentimos

11. Stendhal, *Del amor*.

atraídos por el estado naciente porque es el sueño de Occidente. Los antiguos misterios precristianos contaban la muerte y el renacimiento de Dios, el cristianismo tiene sus fiestas fundamentales en Navidad y en la Pascua de Resurrección. Al final de los tiempos promete la resurrección de la carne y la Nueva Jerusalén. El Islam que, en este sentido, es completamente occidental, enseña a esperar el último día. El marxismo habla de revolución, renovación, final de la historia. Para indicar un período que tenga valor, usamos expresiones como renacimiento, resurgimiento, renovación. En las brumas del presente esperamos un nuevo día, una vida nueva, una nueva primavera, una redención, un rescate, un desquite, una rebelión. Lo que nos atrae es siempre el tiempo divino de los orígenes, colocado en el pasado como en los mitos religiosos, en el futuro como en el marxismo, o en el presente como en el enamoramiento. Esta es la tradición cultural de Occidente. Pero lo que en Occidente es el sueño último, en Oriente, y en particular en la cultura hinduista y budista, es el íncubo que debe evitarse. «El nacimiento es dolor, la enfermedad dolor, la vejez dolor, la muerte dolor, estar unido al que no se ama es dolor, estar separado del que se ama es dolor.» Así habla Siddharta Gautama, el iluminado, el Buda, interpretando un pensamiento que ya estaba presente en los textos hinduistas. Renacer significa volver al infierno de la vida, encontrar inevitablemente el dolor. El estado naciente, desde este punto de vista, es la mayor de las ilusiones. No se puede entrar en el jardín del edén y encerrarse en él: sólo puede entrarse en él para ser expulsado, continua, perennemente: es un sucederse de encarnaciones (el *samsara*) sin esperanza. Por eso, encarnarse es una condena, desear renacer una locura. La verdadera esperanza no reside en esperar un último, definitivo, renacer feliz, sino en renunciar a él, en impedirlo. No nos dejemos engañar

por las imágenes de la metempsicosis: un sucederse de encarnaciones en otros seres, animales, plantas, objetos y luego otra vez hombres. El ciclo del renacimiento puede muy bien aplicarse a la vida del individuo: continuamente muere y renace, sufre pero espera siempre renacer a una nueva vida feliz. En cambio, sólo encuentra el dolor. Todo este incesante de-sear, buscar y no encontrar, deriva del modo en que pensamos el mundo, de nuestras categorías: antes que nada la de ser. Que exista un yo, un alma, un mundo, un dios, una clase, es decir, un ser no ambivalente de amor y fuente continua de vida. El pensamiento oriental rechaza radicalmente la experiencia originaria, inmediata, del estado naciente: «el ser es, y el no ser no es». Al rechazar este problema inicial rechaza todo el pensamiento metafísico occidental del que deriva nuestra religión, nuestra filosofía y nuestra política. El ideal de un absoluto objetivo que se revela al alma racional movida por el Eros —la razón de los griegos— para el pensamiento hinduista-budista es la base de una insensata esperanza: la de una vida perennemente feliz y, por lo tanto, perennemente condenada al fracaso. Si se pasa del lenguaje filosófico al psicológico, puede decirse que el pensamiento oriental elaboró otra solución para la sobrecarga depresiva en la que se origina el estado naciente (y por lo tanto también el enamoramiento). Más que buscar un único objeto no ambivalente de amor que sacie la sed, trata de superar la sed; antes que la felicidad total y entusiasta, busca la superación al mismo tiempo de la felicidad y del dolor: el Nirvana es esa beatitud privada de pasión. Por eso, en el lugar del enamoramiento existirá un *arte erótico*, gracias al cual obtener placer de sí mismo y de otras personas, pero sin depender de esa única inconfundible otra persona, diferente de todas las otras e insustituible, perdida la cual se pierde todo. El saber erótico aprovecha también las inclinaciones

individuales, las preferencias que cada uno tiene, pero rechaza de manera total unirse a un individuo único. Históricamente este saber erótico está constituido en los harenes, en el comunismo sexual de los grupos religiosos o en la prostitución religiosa. Ese tipo de erotismo nunca tuvo la pretensión de colocarse en la base de la pareja conyugal y, por lo tanto, de la familia. La familia, en la India como en China, era el producto del encuentro entre los sistemas de parentesco y por eso la elección individual contaba poco o nada. El *ars erotica* podía servir para obtener placer de una relación que, por sí misma, no tenía ninguna razón particular para dar más satisfacciones que otra. En las clases gentiles en las que se formó, por otra parte, era práctica común tener concubinas. La sexualidad por lo tanto estaba separada del matrimonio, separada de la pasión, separada hasta de la alianza con una persona sola. En Occidente, en cambio, la evolución fue totalmente contraria: el Eros pasional englobó en sí la sexualidad, la alianza, el matrimonio, hasta la procreación. Sólo Occidente —más bien Europa— trató de realizar la monogamia, la planteó como ideal. Sólo en Europa se ha pretendido, en cierto momento, confiar al estado naciente del enamoramiento la estabilidad de la pareja, de la familia y aun los criterios de perpetuación de la especie. En efecto, ¿qué quiere decir, que la elección del cónyuge, del compañero con el que se quiere tener un hijo, se confíe al enamoramiento? Quiere decir que se quiere tener el hijo con aquella que a nuestros ojos aparece como una persona absolutamente extraordinaria, con una persona que, a pesar de todos sus defectos, aparece como la preferible, en sentido absoluto, entre todas las otras, una persona por la cual se está dispuesto a una lucha total contra todo el resto. El increíble individualismo de Occidente, su concepto de la persona humana como algo absolutamente único y

dotado de valor, se ha edificado con lentitud a través de la experiencia que dos personas —cada una extraordinaria a los ojos de la otra— tienen de poner al mundo lo que hay de extraordinario en ambos. Todo esto falta en la tradición oriental: la sexualidad encontró el espacio de su extraordinariedad en el *ars erotica*, pero separada de la pasión por un individuo, único e insustituible. Por eso no hay enamoramiento, ni celos patológicos, ni opresión, ni petrificación, ni nostalgia. Sobre todo la nostalgia, esa enfermedad occidental que hace conservar en el corazón la imagen maravillosa de un posible, ya de alguna manera vivido y entrevisto, y que tal vez —no se sabe el día ni la hora— abra las puertas de la época feliz, el alba radiante de un nuevo día.

A partir de la posguerra ha habido un intercambio entre Oriente y Occidente. Por un lado, sobre todo a través del marxismo, la «esperanza» de Occidente entró como componente sistemática del pensamiento político y del modo de pensar de los países orientales. Por el otro, la duda oriental con respecto a los absolutos religiosos, políticos y personales occidentales se abrió camino también entre nosotros. En particular en el plano de la pareja, se ha criticado cada vez más el principio de la exclusividad monogámica. También en Occidente se difunden formas participativas-colectivas y experiencias gnóstico-orientales que aseguran el alcance de un estado espiritual y erótico a través de caminos diferentes de los del enamoramiento individual. La misma ciencia moderna ha alcanzado un grado tan alto de relativismo como para rechazar por completo el concepto de cosa en sí, más allá de las apariencias señaladas por los instrumentos. Tal vez el enamoramiento como «figura reconocida» de movimiento está declinando. Si así son las cosas, este mismo libro puede ser un síntoma de la transformación. Hegel decía que el pensamiento, como la lechuga de

Minerva, levanta su vuelo al atardecer, o sea, descubre el significado de un fenómeno social y de una institución sólo en el momento de su declinación, justamente su crepúsculo. Es muy difícil hacer previsiones en un campo como éste. Por cierto, en la historia de Occidente los movimientos fueron la base de las ideologías totalizadoras, el fervor fanático y la intolerancia. El análisis crítico de los movimientos y la génesis de las ideologías constituye un programa necesario, un pasaje obligado para evitar catástrofes futuras. Si este análisis sirviera para impedir nuevos fanatismos cumpliría, por cierto, su tarea histórica. Y como el enamoramiento en el fondo tiene la misma naturaleza que los movimientos, también debe ser analizado, estudiado, comprendido. Deben explorarse otros caminos, deben inventarse otras instituciones. Es probable que el estado naciente continúe, como enamoramiento puro que es, y, finalmente, cambie sólo su elaboración cultural, su relación con otras formas sociales. Digo esto, porque en general una tradición cultural no desaparece sino que renace con otras formas. Las civilizaciones perduran milenios, siempre.

**Editorial Gedisa ofrece
los siguientes títulos sobre el**
**EL ENAMORAMIENTO, EL AMOR
Y LA PAREJA**
**perteneciente a sus diferentes
colecciones y series**

El mundo del amor, explotado hasta la saciedad por la literatura rosa y los ensayos cursis, puede ser recuperado como un ámbito de conocimiento en esta época en la que se redescubre al yo después de un largo período de colectivismo. Estos libros estudian los cauces del sentimiento, las relaciones entre ambos sexos y los necesarios efectos sociales de la afectividad.

- FRANCESCO ALBERONI** *Enamoramiento y amor*
- GILBERT TORDJMAN** *La aventura de vivir
en pareja*
- GILBERT TORDJMAN** *La violencia, el sexo
y el amor*
- ANNE TRISTAN** *La alcoba de Barba Azul*
- GILBERT TORDJMAN** *Conquistar la felicidad*
- FRANCESCO ALBERONI** *La amistad*
- ROLLO MAY** *Amor y voluntad*
- ALAIN FINKIELKRAUT** *La sabiduría del amor*

**Editorial Gedisa ofrece
los siguientes títulos sobre el**

**TEMA
LA SEXUALIDAD: EL NIÑO, LA MUJER, LA
HOMOSEXUALIDAD**

**perteneciente a sus diferentes
colecciones y series**

Estos libros ofrecen al lector no especializado consejos y orientaciones comunes y útiles para el logro de una vida sexual plena y satisfactoria, siguiendo las más recientes aportaciones de la sexología aplicada y la psicología.

- | | |
|---|---|
| NAT LEHRMAN | <i>Para comprender las técnicas sexuales de Masters y Johnson</i> |
| NICOLE DALLAYRAC | <i>Los juegos sexuales de los niños</i> |
| S.I.E.C.U.S. | <i>Guía sexual moderna</i> |
| GEORGE WEINBERG | <i>La homosexualidad sin prejuicios</i> |
| GILBERT TORDJMAN | <i>La frigidez femenina y cómo tratarla</i> |
| GILBERT TORDJMAN | <i>La violencia, el sexo y el amor</i> |
| ANTON-ANDREAS GUHA | <i>Sexualidad y pornografía</i> |
| BILL ADLER | <i>Nuestros hijos opinan sobre la educación sexual</i> |
| ALEX COMFORT | <i>Los fabricantes de angustia</i> |
| SUZANNE HORER | <i>La sexualidad de las mujeres</i> |
| GABRIEL LAURY | <i>Cómo vivir su sexualidad</i> |
| STEPHEN HEATH | <i>La revolución sexual</i> |
| EVELYN BILLINGS Y
ANN WESTMORE | <i>Método Billings</i> |
| FRANCESCO ALBERONI | <i>El erotismo</i> |

Editorial Gedisa ofrece
los siguientes títulos sobre el

TEMA
LA SOCIEDAD EN CUESTION
Cultura, Política, Economía, Ciencia, Arte
y Comunicación
perteneciente a sus diferentes
colecciones y series

Estos libros ensayan, aportando los mejores autores en cada materia, un enfoque crítico y constructivo de la sociedad contemporánea en todas y cada una de sus manifestaciones, permitiéndose al lector no especializado un acceso sin dificultades a temas e intereses que hasta ahora estaban vedados.

- | | |
|--------------------------------------|--|
| PAUL A. ROBINSON | <i>La izquierda freudiana</i> |
| GIOVANNI BERLINGUER | <i>Psiquiatría y poder</i> |
| JERRY MANDER | <i>Cuatro buenas razones
para eliminar la
televisión</i> |
| MANUEL VÁZQUEZ
MONTALBÁN | <i>La palabra libre en la
ciudad libre</i> |
| JOHN KENNETH
GALBRAITH | <i>Anales de un liberal
impenitente
Vol. 1:
Temas económicos</i> |
| RICHARD J. BARNET | <i>Años de penuria</i> |
| MARÍA-JOSÉ
RAGUÉ | <i>Proceso a la familia
española</i> |
| SAUL FRIEDLÄNDER | <i>¿Por qué el holocausto?</i> |
| J.-P. DUPUY
Y JEAN ROBERT | <i>La traición de la
opulencia</i> |
| ALEX COMFORT | <i>Los médicos fabricantes
de angustias</i> |
| FRANCESCO ALBERONI | <i>Las razones de bien
y del mal</i> |

TEMA
LA SOCIEDAD EN CUESTION
Cultura, Política, Economía, Ciencia, Arte
y Comunicación

- | | |
|---------------------------|--|
| FRANCESCO ALBERONI | <i>El árbol de la vida</i> |
| JEAN GIMPEL | <i>Contra el arte y los artistas</i> |
| MARGARET MEAD | <i>Cultura y compromiso</i> |
| HERBERT SCHILLER | <i>Los manipuladores de cerebros</i> |
| ELISEO VERÓN | <i>Construir el acontecimiento</i> |
| TRACY KIDER | <i>El alma de una nueva máquina</i> |
| MICHAEL LENNON
(COMP.) | <i>Pontificaciones.
Conversaciones con
Norman Mailer</i> |
| CHRISTOPHER LASCH | <i>Refugio en un mundo
despiadado</i> |
| GIANNI VATTIMO | <i>El fin de la modernidad</i> |
| M. KAKU Y J. TRAINER | <i>La energía nuclear</i> |
| CH. GREFEY OTROS | <i>El imperio de la
hamburguesa</i> |
| EDGAR MORIN | <i>Pensar Europa</i> |
| J. BERNARD COHEN | <i>Revolución en la ciencia</i> |
| FRED E. BAUMAN (COMP.) | <i>¿Capitalismo democrático?</i> |

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos
de Romanyà/Valls, S.A.
en el mes de junio de 1996

enamoramiento y amor

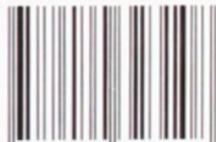
Francesco Alberoni

Francesco Alberoni, sociólogo, profesor universitario y periodista de renombre, concibe en este libro un proyecto audaz y esclarecedor sobre una experiencia que hasta ahora todos creíamos personal e infable: el enamoramiento. El autor lo entiende como un estado naciente que señala el inicio de un «movimiento de a dos», se revela como una fuerza avasalladora y singular que guarda semejanza con las grandes revoluciones. Un aspecto central de la obra es la gran diferencia de los sentimientos de hombres y mujeres que muchas veces permanecen misteriosos hasta en la mayor intimidad de las parejas.

gedisa
editorial

Código: 700701

ISBN 978-84-7432-310-8



9 788474 323108